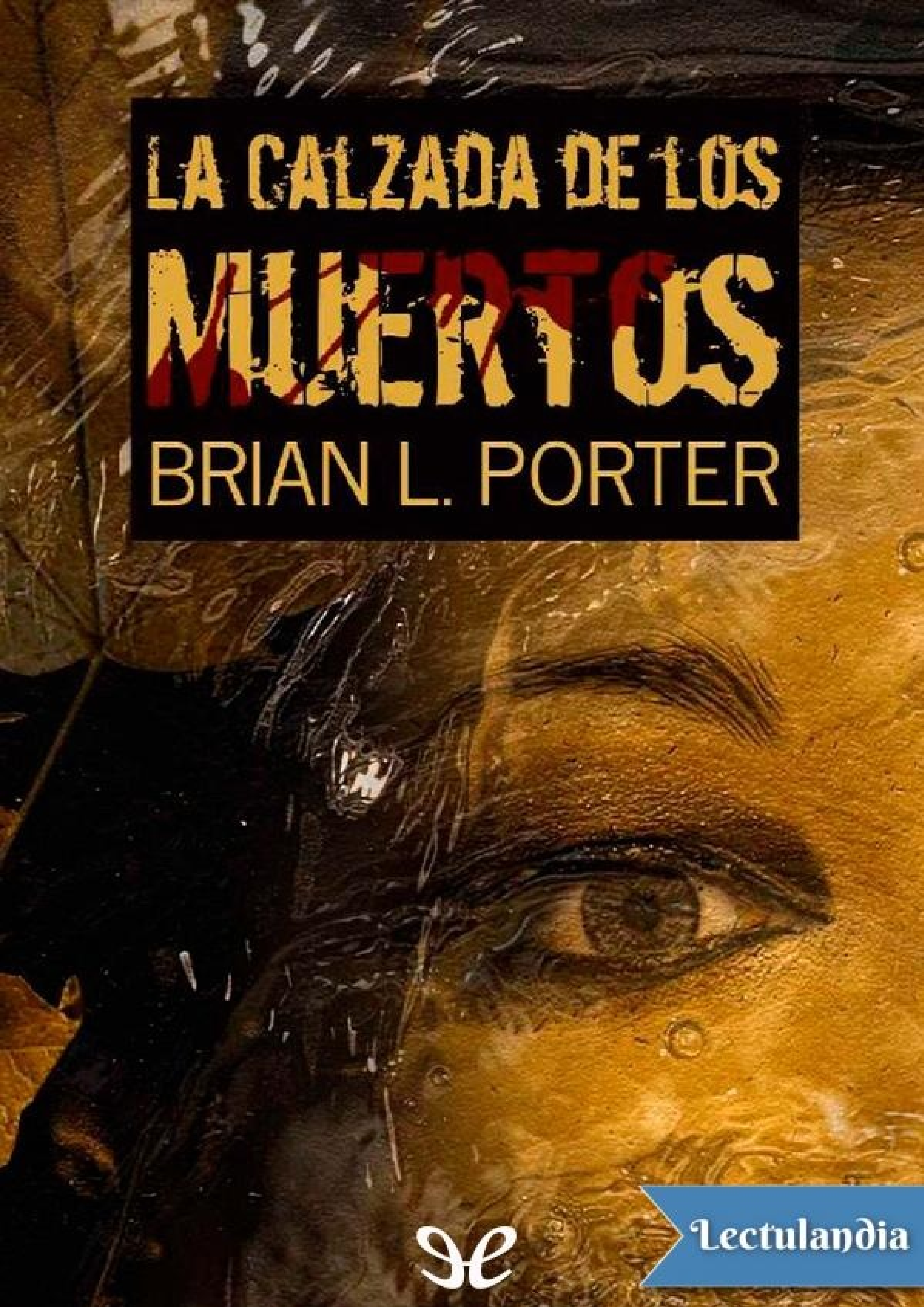


LA CALZADA DE LOS
MUERTOS
BRIAN L. PORTER
Lectulandia

En las ruinas de la antigua ciudad de Teotihuacán, el cuerpo mutilado de un joven aparece como mudo testigo de la obra de un asesino en serie. Luego de la trágica muerte de su hermano, el detective Juan Morales decide tomarse unas merecidas vacaciones. Sin embargo, aquel cadáver de un joven cuyo corazón ha sido arrancado en la Calzada de los Muertos, no es precisamente el tranquilo descanso que tenía en mente. En ese mismo lugar trabaja la inteligente y atractiva arqueóloga, Sophia Kanakarides, por quién Morales se siente fuertemente atraído. Mientras surgen más crímenes espantosos, Sophia pone su experiencia a disposición de la policía y, sin darse cuenta, cae en manos del asesino. Alucinante y de trama muy bien elaborada, La Calzada de los Muertos revive el escalofriante mundo de los asesinatos rituales y los sacrificios humanos.

Brian L. Porter

La calzada de los muertos

ePub r1.0
Titivillus 19-12-2020

Título original: *Avenue of the dead*
Brian L. Porter, 2017
Traducción: Gloria Cifuentes Dowling

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

Este libro está dedicado a la memoria de Enid Ann Porter (1914 – 2004); su amor y su apoyo nunca me fallaron. Para Leslie, mi difunto padre, y para mi esposa Juliet, quien suministra día a día lo necesario para nuestra vida juntos.

LA CALZADA DE LOS MUERTOS

Brian L. Porter

Agradecimientos

Nunca es fácil encontrar las palabras correctas para agradecer a aquellos que han ayudado a inspirar una historia o a convertir esa historia en un libro. Algunas veces el apoyo brindado es del tipo intangible y es casi imposible de cuantificar. Tales palabras de reconocimiento, en particular, se aplican en el caso de «Un diablo que conoces» y en «La Calzada de los Muertos», aunque haré todo lo posible por referirme como es debido a todos quienes corresponda.

Mis primeros agradecimientos son para un hombre maravilloso que conocí durante una visita a la costa oeste de México hace algunos años. Su nombre era Jesús, pero su apellido era, en ese entonces, casi impronunciable para mí y nunca tuve la ocasión de anotarlo. Ya era un anciano cuando lo conocí en la ciudad de Puerto Vallarta, en el estado de Jalisco, y resultó fundamental para despertar mi interés en la historia de México y de su gente. Se convirtió en una auténtica fuente del saber, pues parecía conocer la historia de todas las civilizaciones antiguas que, en distintas épocas, vivieron, prosperaron y finalmente desaparecieron dentro de los límites de su país. Estaba orgulloso de su tierra natal y de su familia, y solo ansiaba sentarse y platicarme de su vida, sus hijos, sus nietos y de la historia de México. Aprendí más de él en ese breve tiempo de lo que podría haber hecho en una biblioteca repleta de libros o en un curso universitario de historia.

También debo agradecer a Graeme S. Houston de la ahora desaparecida Editorial Mythica. Graeme fue el primero en ver el mérito del personaje de Juan Morales y resultó fundamental en la publicación de «Un diablo que conoces», donde Morales hace su primera aparición, inicialmente en la revista Capture Weekly y luego en un libro electrónico con derechos reservados. Desde entonces «Diablo» ha aparecido en mi colección *Murder, Mayhem and Mexico de Eternal Press*, la que, lamentablemente, ya no se encuentra disponible. Graeme se convirtió en la fuerza conductora tras mi decisión de traer de vuelta a Morales en La Calzada de los Muertos. Mi agradecimiento

también debe hacerse extensible a sus habilidades críticas y a sus correcciones.

La inspiración final para comenzar a escribir definitivamente La Calzada de los Muertos procede de una maravillosa serie de fotografías realizadas por una dama de nombre Sue Jones, a quién nunca he conocido, y que tomó en una reciente visita a México y en un recorrido por las ruinas de la ciudad de Teotihuacán. Fue una de esas fotos en particular la que me sugirió el título de esta historia, que hasta entonces no tenía nombre. Agradezco a mi difunto amigo Malcolm Davies por enviármelas, con la autorización de Sue.

Finalmente, todo mi reconocimiento va para Juliet, que me alienta en todo lo que hago. Gracias.

Nota del autor

Aunque Hidalgo del Parral, las ruinas de la ciudad de Teotihuacán y la mayoría de los lugares descritos en «Un diablo que conoces» y en «La Calzada de los Muertos» son reales, los personajes representados en el libro y los incidentes descritos son producto de la imaginación del autor. Por lo tanto, cualquier semejanza con personas, vivas o muertas, o sucesos reales, es solo coincidencia.

UN DIABLO QUE CONOCES

Hidalgo del Parral, México, marzo de 2005

—Pues bien, Juan, finalmente ha terminado —dijo el obispo mientras nos alejábamos de la tumba.

—Sí, monseñor, así es. Espero que en la muerte pueda encontrar la paz que no logró tener en estos últimos años —respondí.

El funeral no había tenido gran concurrencia, excepto por el obispo, que había celebrado el servicio, dos hermanas de la misericordia provenientes del seminario y yo.

No hubo una gran ceremonia que destacara el fallecimiento del padre Rodrigo, cuyo nombre había sido pronunciado con mucha reverencia por la gente de Parral, aquellos a quienes había servido tan bien y por tanto tiempo. Ahora, cuando la tarde se extendía ante mí con casi nada en qué ocuparme por el resto del día, mis pensamientos regresaron al recuerdo del hombre que había ayudado a tantos. Rodrigo, el sacerdote de gran corazón, nunca había abandonado a quien lo necesitara, ya fuera una persona sin hogar en busca de un lugar donde dormir o algún alimento, o bien un niño huérfano que necesitara de cuidados y una familia. De hecho, es probable que todos en Parral alguna vez hubiesen oído hablar de Rodrigo y de su labor caritativa, todo lo cual había terminado tan abruptamente unos pocos años atrás.

—¿Cree usted que ahora todos lo han olvidado? —pregunté.

—Somos criaturas volubles, somos humanos, Juan —replicó el obispo—. Todos en esta ciudad conocían las obras y las buenas acciones de Rodrigo, pero el tiempo a veces borra incluso los recuerdos más profundos. Lo mejor es que será recordado por aquellos que realmente lo conocieron y será acogido eternamente por Dios en el cielo.

—Supongo que tiene usted razón, su excelencia —respondí.

El obispo me miró y luego, como recordando algo olvidado durante todos estos años, me habló con una expresión seria en su rostro.

—Por supuesto ya sabes que, ahora que él se ha marchado, te libero de tu promesa, Juan. Puedes hablar de esto con quien quieras.

—Lo sé, pero realmente por ahora no deseo hablar con nadie acerca de Rodrigo, su excelencia.

—Tal vez no ahora, pero quizá algún día —respondió.

Entonces me cogió del brazo y nos miramos uno al otro durante un instante, como si compartiéramos recuerdos. Luego estrechamos nuestras manos, al tiempo que sentí que esta sería la última vez que me reuniría con monseñor Armando Entierro.

—Ve en paz, hijo mío, y que Dios te acompañe —dijo el obispo cuando nos separamos.

Yo simplemente asentí con un gesto a modo de respuesta; no podía encontrar las palabras precisas. El secreto que habíamos compartido durante tanto tiempo permanecería enterrado junto con Rodrigo en aquel pequeño cementerio de Hidalgo del Parral. Yo deseaba que así fuera.

Hidalgo del Parral, conocido simplemente como Parral, es una pequeña ciudad minera del sur de Chihuahua, en México, famosa tanto por su tradición minera como por tratarse del lugar donde fue asesinado el famoso revolucionario Pancho Villa. Ha sido mi hogar desde que nací y he servido en su cuerpo de policía durante toda mi vida adulta, aunque mi ascenso en el escalafón parece haberse estancado en el rango de capitán, el que ostento desde hace ya quince años. Soy bueno en mi trabajo, al menos eso creo, y mis superiores parecen respetarme y valorar mi contribución a mantener la ley y el orden en nuestra ciudad. Tal vez mi posición actual en la vida resultará ser la cumbre de mis logros en esta tierra. Si es así, estoy feliz de aceptar mi destino y me siento agradecido por haber tenido la oportunidad de servir al bien público, en cierta medida, durante tanto tiempo. Algunas personas nacen para cosas más grandes, pero, al parecer, yo no, y, de cualquier modo, ¿quién quiere ser comisario de la policía?

Cinco minutos después de abandonar el cementerio, regresé a mi coche que había dejado estacionado en la Plaza del Niño. Mientras buscaba torpemente las llaves para abrir la portezuela, una voz me llamó por mi nombre desde unos pocos metros más allá.

—¡Capitán Morales, debo hablar con usted!

Miré a mi alrededor y la vi avanzando hacia mí: una mujer de cabello oscuro muy hermosa, tuve que admitir, de unos treinta años, vestida de cierta manera formal con traje de falda roja que combinaba con sus zapatos del

mismo color de tacones de cinco centímetros y con el inconfundible aroma a «prensa» emanando por cada poro de su cuerpo.

—Lo siento, señora, recién asistí a un funeral y no deseo hablar con usted ni con nadie más en este momento.

—En realidad soy «señorita», señorita María López y trabajo para el periódico Hoy. Precisamente es del funeral al que acaba de asistir de lo que quiero conversar.

No tenía idea qué quería ella de mí y no estaba de humor para descubrirlo. De pie junto a la puerta abierta de mi coche, intenté deshacerme de ella lo más cortésmente que pude.

—No ahora, por favor, señorita. No tengo tiempo para satisfacer los chismes de gente ociosa ni de charlar acerca de la persona muerta.

—Pero capitán, usted estaba allí cuando sucedió todo. Usted formó parte de la investigación inicial y hay ciertas cosas que necesito saber, cosas que la gente quiere saber.

—Señorita, todo ocurrió hace ya mucho tiempo y el padre Rodrigo ahora está muerto. No hay nada más que discutir respecto a este asunto. No tengo ningún escándalo para que le comunique a sus lectores. Lo siento.

Ella me lanzó una mirada que me atravesó como una flecha y sus siguientes palabras me tomaron por sorpresa.

—Capitán Morales, no estoy aquí por el periódico, estoy aquí por un asunto personal. Hace quince años murieron seis niños y el padre Rodrigo fue encontrado agónico en los terrenos de su iglesia. Nunca se arrestó a alguien ni se hicieron cargos al respecto por la muerte de los niños o por el ataque al sacerdote. Usted tuvo conocimiento de todo lo que sucedió. Yo estaba en Estados Unidos estudiando en UCLA en ese tiempo y regresé a casa cuando encontraron los cuerpos. Capitán, ¡Pablo López era mi hermano!

De eso se trataba. Me sentí atrapado. No iba a resultar fácil dar media vuelta y simplemente alejarme de esta joven tan resuelta, con su traje formal, pero con una indiscutible herencia de sus ancestros aztecas centelleando desafiante por sus ojos. Comprendí que no tenía intención de dejarme ir.

—¿Le gustaría beber un café? —pregunté.

Ella asintió.

—Súbase —dije señalando mi coche.

La joven se sentó junto a mí y su falda se alzó levemente al hacerlo. No podía ayudarla, pero sí admiré el bien torneado par de piernas que lucía cuando, tímidamente, reacomodó el dobladillo de la falda para preservar su recato.

Nos tomó diez minutos cruzar el puente que atraviesa el río Parral e ingresar en la zona norte de la ciudad.

Estacioné el coche cerca de la catedral y escolté a mi pasajera caminando unos pocos metros hasta el bar del Hotel Moreira, donde Pepe Fonseca sirve el mejor café de la ciudad.

Encontré una mesa para nosotros en la esquina menos iluminada del bar y le indiqué que se sentara. La muchacha intentó entrar de lleno en la conversación, pero yo levanté mi mano y comprendió que debía esperar hasta que sirvieran los cafés.

—De acuerdo, señorita, ¿y ahora qué? No estoy del todo seguro de poder ayudarla o de darle lo que usted está buscando, pero, de cualquier manera, dígame de qué se trata.

María López me miró otra vez con aquellos oscuros ojos aztecas y su mirada suplicando con la fuerza de sus ancestros.

—Mi hermano murió, capitán Morales, y yo no sé por qué o quién fue el responsable. Uno de los sacerdotes más importantes de la ciudad que yo haya conocido, casi fue asesinado y luego simplemente desapareció y nadie sabe dónde estuvo o qué sucedió con él después de que fuera atacado. La primera vez que vuelvo a saber de él es cuando mi periódico lanza un comunicado de prensa desde el seminario informando que está muerto e indicando la hora de su funeral, que será privado, sin permitir la presencia de público. ¿Por qué, capitán? ¿Qué sucedió con él? ¿Dónde estuvo el padre Rodrigo todos estos años? ¿Quedó muy desfigurado o mentalmente marcado por lo que le sucedió? ¿Quién asesinó a mi hermano y a esos otros pobres niños? La policía, y yo entiendo que usted era uno de esos responsables, cerró el caso sin levantar cargos en contra de nadie, pero su presencia en el funeral me dice que usted puede saber más que solo un poco acerca de lo que pudo haber ocurrido. ¿No lo entiende, capitán? ¡Tengo que saberlo!

Suspiré profundamente, con algo más que un poco de simpatía por la joven de ojos inocentes y mirada suplicante sentada frente a mí. Mis propios recuerdos me llevaron atrás en el tiempo y, aunque había intentado olvidar la mayor parte de lo sucedido en la iglesia y en sus alrededores, en el fondo sabía que los eventos del pasado no nos abandonarían jamás y comprendí que, al menos, tenía que ofrecerle a ella algo que le ayudara a aliviar su dolor. Tomé una decisión y le hablé tranquilamente respondiendo a su petición.

—Sí, señorita, lo entiendo perfectamente. Intentaré contarle lo que pueda, aunque sucedió hace ya tanto tiempo.

—Quince años, capitán. Yo tenía diecinueve y nunca tuve oportunidad de ver a mi hermano crecer hasta convertirse en el bello joven que habría sido. Dígame lo que sabe, por favor.

—De acuerdo, escuche con atención. No es sencillo, pero haré mi mejor esfuerzo.

Dejé que mi mente retrocediera lentamente en el tiempo todos esos años atrás hasta aquella noche cuando recibí una llamada telefónica de mi jefe diciéndome que fuera al hospital tan pronto como pudiera. El célebre padre Rodrigo había sido encontrado al borde de la muerte a los pies del campanario de su iglesia, la misma desde donde habían desaparecido seis monaguillos del coro en los últimos seis meses. Mi jefe quería respuestas y las quería rápido.

* * *

Hidalgo del Parral, México, julio de 1990

—Soy policía. Estoy aquí para ver al sacerdote —dije casi sin respiración, mientras mostraba rápidamente mi tarjeta de identificación a la enfermera sentada tras el escritorio de la estación de enfermería.

Había conducido a una velocidad vertiginosa cruzando la ciudad, para luego estacionar el coche frente al hospital y subir corriendo cuatro tramos de escaleras hasta la sala de cuidados críticos debido a que el elevador estaba fuera de servicio.

—El padre Rodrigo salió recién de cirugía —respondió la hermana a cargo en ese momento—. El doctor Guerrero está en la oficina al final del pasillo. Quizás debería hablar con él.

—Perfecto, sí, gracias hermana, eso haré —respondí sin aliento, esperando que mis pulmones volvieran a funcionar con normalidad.

Cuando me dirigía por el pasillo hacia la oficina del médico, no pude dejar de notar lo silenciosas que eran mis pisadas sobre el piso del corredor. Nunca antes había reparado en eso, pero deduje que debían construir el piso de esos lugares de tal manera de asegurar el mayor silencio posible para los pacientes. De ningún modo se permitiría el golpeteo de los altos tacones de una mujer sobre estos pisos, pensaba al momento de llamar a la puerta que la hermana me había indicado. Desde el interior, una voz me invitó a entrar.

El doctor Guerrero se encontraba sentado tras un escritorio y lucía tan cansado como yo sin respiración. Su cabello castaño claro se veía despeinado y sus ojos sostenían una mirada agotada y preocupada, como si el hombre llevara el peso del mundo sobre sus hombros. Tal vez su participación diaria

en las decisiones entre la vida y la muerte, los altibajos de su profesión, viviendo siempre tan cerca de la muerte, hacían que luciera así. O simplemente había trabajado un turno muy largo, estaba cansado y necesitaba una buena noche de sueño.

—¿En qué puedo ayudarle? —preguntó.

Me identifiqué como oficial de policía y le pedí que me diera todos los detalles que pudiera acerca de las heridas del padre Rodrigo.

—Por favor, dígame cuanto pueda, doctor. El jefe de la policía me ha enviado para estar seguros de que no dejamos piedra sin remover. Debemos descubrir qué sucedió esta noche. El padre Rodrigo, como usted ya sabe, es muy conocido en la ciudad y si ha sido brutalmente atacado. Debemos hacer cuanto podamos para atrapar a su asaltante.

El doctor Guerrero asintió con un gesto y bajó la vista hasta la hoja clínica que descansaba sobre su escritorio y que, obviamente, se refería a Rodrigo.

—Al parecer, el padre Rodrigo cayó desde una altura aproximada de 15 metros desde el campanario de su iglesia, el Templo de la Virgen del Rayo. Además de las graves heridas en su cabeza, se fracturó ambas piernas, cinco costillas, uno de sus brazos y la muñeca, y tiene un pulmón perforado. Puede haber daño cerebral. En este momento es demasiado pronto para asegurarlo, pero no puede hablar con él hasta que recobre la conciencia, tal vez mañana.

—¿Dice usted que cayó, doctor? ¿Pudo haber sido empujado?

—Esa también es una posibilidad, capitán, pero creo que se relaciona más con su área de trabajo que con la mía. Mi labor consiste en ayudar a mi paciente a recuperarse de sus heridas. Los complejos detalles de cómo el padre llegó a ese estado, se los dejo a usted y a sus colegas.

—Totalmente correcto, por supuesto, doctor. Entonces, si me lo permite, regresaré en la mañana para hablar con el padre Rodrigo.

—Puede hablar con él solo si se ha recuperado lo suficiente y está dispuesto a conversar con usted, capitán. Mi paciente está por sobre su investigación, ¿está claro?

—Perfectamente —respondí sabiendo que el padre Rodrigo estaría en buenas manos bajo el cuidado de este joven médico que colocaba de manera tan obvia el bienestar de sus pacientes en el primer lugar de su lista de prioridades clínicas.

Agradeciéndole nuevamente, le di las buenas noches, prometiendo regresar en la mañana junto con solicitarle que me telefoneara si el padre despertaba antes de que yo regresara al hospital. Accedió a hacerlo así, pero bajo las condiciones que él había estipulado previamente.

De regreso en mi coche, me comuniqué por radio con la oficina central de la policía y aguardé apenas un minuto antes de que el jefe en persona se comunicara conmigo desde el otro lado de la línea.

—Y bien, Juan, ¿descubriste algo acerca de lo que sucedió con el buen padre?

No pude hacer más que repetir lo que me había dicho el doctor Guerrero y, aunque el jefe estaba tan frustrado como yo ante la falta de alguna evidencia concreta con la cual proseguir, aceptó que debíamos esperar hasta que Rodrigo se hubiera recuperado lo suficiente para poder contarnos cómo había sido herido.

Esa noche dormí muy mal. Incluso con el aire acondicionado funcionando a máxima velocidad, el calor en mi dormitorio parecía agobiante. Me di vueltas en la cama mientras el rostro del padre Rodrigo irrumpía en mi mente cada vez que lograba conciliar el sueño por algunos breves instantes. Una pregunta daba vueltas en mi mente: ¿se había caído del campanario o pudo haber sido empujado por alguien?

En los últimos meses habían estado sucediendo demasiadas cosas extrañas en la Iglesia de la Virgen de la Luz. Cuatro miembros del coro, todos muchachos jóvenes menores de diecisiete años, habían desaparecido junto con otros dos niños que ayudaban al sacerdote en el altar. Yo no había estado a cargo del caso, Santiago Merced lo había hecho, encargándose de la investigación, pero, obviamente, ahora el jefe quería un rostro nuevo en el asunto.

A primera hora de la mañana, cansado y medio dormido, visité a Santiago en su oficina del cuartel central de la policía. Mi colega detective se mostró más que feliz de traspasarme todo el caso a mí. No había tenido suerte, no había hecho avances ni tenía pistas que seguir; sin esperanzas ciertas de encontrar una solución, se sentía totalmente desilusionado con todo el caso.

Leyendo sus apuntes, pude ver por qué Santiago había caído en tal apatía en lo concerniente a las desapariciones. Había seguido todos los procedimientos de manera correcta hablando con familiares, amigos y conocidos de los niños, solo para chocar contra un muro de ladrillos ante cada consulta que realizaba. El padre Rodrigo había prestado una ayuda enorme, pero incluso él había sido incapaz de arrojar alguna luz sobre las desapariciones.

Para todos los efectos, parecía que los niños simplemente se habían esfumado de la faz de la tierra. Lo más probable, pensé, es que si habían sido asesinados, a estas alturas al menos se habría descubierto alguno de los

cuerpos. Si, por otro lado, habían sido secuestrados, la pregunta era por quién y con qué propósito.

Finalmente, toda la línea investigativa de Merced conducía al mismo resultado: nada. Ni una sola pista o indicio de algo útil que pudiera llevar a descubrir qué había sucedido con los niños.

Se acercaba rápidamente la hora de visitar otra vez al sacerdote en el hospital, por lo que coloqué los apuntes de Merced en la carpeta y la guardé en una de las gavetas de mi escritorio. Aunque dichas notas no me dijeron mucho, me darían puntos de referencia durante cualquier investigación futura que pudiera hacer en relación con este último giro en los acontecimientos sucedidos en la iglesia.

* * *

Llegué de regreso al hospital a las once y treinta. Al ingresar a la sala, la hermana encargada del turno de día me informó que el padre Rodrigo recién había despertado y que al doctor le gustaría conversar conmigo en su oficina.

El médico de Rodrigo lucía como si no hubiera dormido en toda la noche. En todo caso, su apariencia desaliñada y sus ojos de párpados pesados me hicieron sentir identificado con los pocos períodos de sueño que yo había experimentado. El doctor Guerrero no se tomó la molestia de ponerse de pie cuando ingresé en su oficina.

—Está despierto —dijo cansadamente— pero no parece estar hablando con mucha coherencia. Tal como le dije anoche, puede haber algo de daño en su cerebro. Habla con cierta dificultad, pero cuando lo hace, lo único que dice son pasajes bíblicos y dice, créame, ¡dice que ha visto al diablo!

—¿Y es probable que esa condición sea permanente, doctor? —pregunté.

—En esta etapa, es muy prematuro decirlo, capitán. Puede permanecer así indefinidamente o puede, con el tiempo, recuperar su facultad para hablar de manera normal. Le realizaremos un escáner cerebral y luego diversos exámenes cuando recupere fuerza, pero, por ahora, no sabemos nada más.

Finalmente se puso de pie y salió desde detrás de su escritorio para conducirme hasta la habitación del padre Rodrigo.

Una vez allí, bajé mi mirada hacia el sacerdote que yacía en la cama ante mis ojos. Lucía una palidez mortal y se veía extremadamente vulnerable. Sus ojos parecían mirar fijamente un punto en alguna parte en medio del techo de la habitación y, cuando lo observé, vi algo más: una mirada de terror en su

rostro, un miedo que no había visto nunca antes y que, ciertamente, no desearía volver a ver de nuevo.

—Rodrigo, ¿padre Rodrigo? —le hablé en tono amable, tranquilo, esperando no atemorizarlo más de lo que ya parecía estar—. ¿Puede decirme quién le hizo esto? ¿Fue un accidente o alguien lo empujó desde el campanario?

Los ojos del padre Rodrigo no se movieron en ningún momento. Continuó mirando fijamente ese punto en alguna parte del techo o más allá y, sorpresivamente, replicó con voz quebrada:

—El diablo…, el diablo…, el diablo está… en mi iglesia, lo he visto…, el diablo está aquí. «En paz me acostaré y así también dormiré; porque solo Tú, Señor, me ofreces vivir seguro».

—Salmo 4, versículo 8 —dijo una voz a mis espaldas.

Me giré y vi el rostro del obispo Armando Entierro sonriéndome desde la puerta. Él y yo nos habíamos reunido en un par de ocasiones anteriormente.

—¿Cómo estás, Juan? —me preguntó—. Pero más importante en este momento, ¿cómo está el pobre Rodrigo?

—Yo estoy bien, gracias, su excelencia. En cuanto a Rodrigo, solo el tiempo dirá. Usted mismo puede ver en qué estado lamentable se encuentra él en este momento.

El obispo contempló al padre Rodrigo con expresión de benevolencia y compasión por el sacerdote herido.

—Este asunto es muy extraño, Juan. Primero las desapariciones y ahora este asalto a Rodrigo dentro del santuario de la casa de Dios.

—¿Escuchó lo que él dijo, su excelencia? El diablo estaba en su iglesia. ¡El padre Rodrigo dijo que lo «vio»!

—¿Y usted le cree, capitán Morales?

El obispo usó mi cargo oficial, indicando con eso la seriedad de la pregunta.

—Creo que vio algo que le infundió un terror auténtico. Mire usted su rostro, ¿ha visto alguna vez tal miedo, tal horror miserable reflejado en los ojos de un hombre?

—¿Me permites? —preguntó monseñor indicando su deseo de hablar con el desafortunado sacerdote que yacía en la cama. Asentí dando mi consentimiento.

—Rodrigo, hijo mío —murmuró el obispo en voz baja y tono tranquilizador—. Soy yo, Armando Entierro. En el nombre de Dios, Rodrigo, dime qué sucedió.

Los ojos del sacerdote nunca titubearon enfocados en aquel punto sobre él, pero sus labios temblaron cuando replicó:

—«Entonces hubo guerra en el cielo: Miguel y sus ángeles combatieron contra el dragón; y el dragón y sus ángeles lucharon pero no pudieron vencer, ni se halló lugar para ellos en el cielo nunca más. Y el gran dragón fue expulsado; esa antigua serpiente llamada el Diablo, y Satanás, que engaña al mundo entero, fue arrojado a la Tierra y sus ángeles fueron arrojados con él».

—¡Está citando el Libro de la Revelación! —exclamó el obispo—. Habla de la expulsión de Satanás desde el cielo.

—Él cree que Satanás está aquí en este preciso momento —repliqué.

—Lo está, Juan, Satanás está a nuestro alrededor. Él y sus legiones siempre están dispuestos a tentarnos, a seducirnos, a atraer almas incautas hacia sus garras infernales. Créeme, ¡Satanás ya está aquí!

Miré nuevamente a Rodrigo y mi corazón lloró por dentro por el hombre tendido en la cama, por el sacerdote, su alma y su bondad encogidos tras un horror inexplicable.

El obispo habló de nuevo.

—Ustedes dos fueron muy cercanos una vez, Juan, ¿no es así? El padre Rodrigo hablaba a menudo de ti. ¿Qué sucedió entre ustedes?

—Una discusión estúpida, su excelencia, hace seis años atrás —le indiqué a monseñor—. ¿Sabe usted que me divorcié de Elena? Pues bien, Rodrigo era muy severo en esa materia. Sé que va contra las enseñanzas de la Iglesia, pero la vida a veces nos da sorpresas y, bueno, a pesar de todo lo que hicimos para mantener el matrimonio, la separación se produjo. De cualquier manera, Rodrigo y yo tuvimos una de esas peleas que se da una vez en la vida, en la que ninguno de los dos se inclina o cede y reñimos a lo grande. No nos hemos visto ni hablado desde entonces hasta hoy.

—¡Qué triste, Juan, es muy lamentable! Pero ahora debes intentar resolver este misterio, ¿no es así, amigo?

Asintiendo ante la petición del obispo, volví mi rostro hacia el padre Rodrigo una vez más y le hablé con una suavidad que incluso a mí me sorprendió.

—Padre Rodrigo, por favor dígame, si puede, quién le hizo esto. ¿Tiene que ver con los niños desaparecidos? ¿Descubrió algo acerca de lo que sucedió con ellos? ¿Alguien le hizo esto intentando evitar que hablara con la policía o con el obispo, tal vez?

Nuevamente, el sacerdote comenzó a temblar mientras sus labios se agitaban al hablar.

—«Y el holocausto que el príncipe ofrecerá al Señor el día de descanso será de seis corderos sin marca y un carnero sin mancha».

—Antiguo Testamento —pensó en voz alta el obispo—. ¡Sí, eso es! Ezequiel, capítulo 46, no estoy seguro del versículo.

Sonreí levemente.

—Debería avergonzarse, monseñor Entierro, pensé que usted conocía las Sagradas Escrituras al revés y al derecho.

—Debe ser por mi edad —me sonrió de vuelta—. Pero ¿qué quiere decir el padre Rodrigo, Juan? ¿Por qué todas estas referencias a la Biblia? ¿Por qué no se puede comunicar con nosotros como corresponde?

—No lo sé, su excelencia. Algo en su cerebro ha hecho cortocircuito y lo único que parece estar funcionando es su conocimiento del libro por el cual ha intentado siempre regir su vida.

En ese momento, mi mente hizo clic en un nuevo engranaje, como si alguien hubiera activado un interruptor en el hueco más profundo de mis procesos mentales. Repentinamente caí en la cuenta de algo que antes había estado oculto tras las citas bíblicas, pero que ahora era muy evidente para mí. ¡Sí, estaba seguro de ello! ¡Rodrigo estaba intentando decirnos algo!

Al notar mi repentina inquietud, el obispo Entierro me miró con curiosidad inclinando su cabeza hacia un lado como si esperara que yo lo iluminase con mi personal revelación. Entonces le hablé muy entusiasmado.

—Monseñor, escuche, seis corderos sin mancha son seis niños desaparecidos, todos supuestamente vírgenes y un carnero sin mancha es un sacerdote católico, ¡puro y célibe! Rodrigo está intentando decirnos que todo está conectado. Estoy seguro de eso, pero ¿cómo? ¿Por qué alguien querría asesinar o secuestrar a seis niños del coro o a monaguillos o a quien sea y matar a un sacerdote, o al menos intentarlo?

Si fueron asesinados, ¿dónde están los cuerpos? El teniente Merced y su equipo nunca encontraron evidencias de algún acto criminal cuando investigaron las desapariciones de los niños y si alguien quería matar a Rodrigo, ¿por qué no se aseguró de que así fuera cuando el padre cayó desde el campanario? No había testigos, por lo que asumo que el atacante tenía tiempo suficiente para asegurarse de finalizar su obra.

—Y si el atacante fue el propio Satanás, puedo asegurarte que no habría fallado en su intento —agregó el obispo.

El doctor Guerrero eligió ese preciso momento para ingresar en la sala e informarnos muy seriamente que su paciente había tenido suficientes

preocupaciones en la mañana y que debíamos dejarlo descansar y volver más tarde.

El obispo y yo nos despedimos en la escalinata de acceso al hospital y luego yo regresé a la oficina central para estudiar más a fondo los apuntes acerca de los niños perdidos. Todos ellos habían desaparecido justo después de los ensayos del coro o después de celebrada la misa, luego de haber cumplido sus deberes en la iglesia, y nunca llegaron a sus hogares. En cada ocasión el padre Rodrigo había sido entrevistado por Merced confirmando que los niños habían estado en la iglesia, luego se habían retirado y nunca más los había vuelto a ver. Todos llevaban una vida decente, no consumían drogas, eran muchachos buenos y honrados y, extrañamente tal vez, compartían un deseo en común: ¡los seis querían convertirse en sacerdote!

Merced y su equipo habían emprendido una búsqueda minuciosa en la ciudad y en sus alrededores, sin éxito. La investigación, lamentablemente, como muchas cosas en el México provinciano, había llegado a un punto muerto. Como cuerpo de policía, habíamos empleado personal, armas de fuego y vehículos bastante modernos, pero carecíamos de los recursos de logística fundamentales de las grandes ciudades, como Ciudad de México o Guadalajara. Hicimos nuestro trabajo lo mejor posible, como siempre, y generalmente tenemos éxito, pero este caso parecía conducir a ninguna parte.

A las cinco de la tarde, regresé al hospital luego de haber telefoneado antes para asegurarme que podría hablar con el padre Rodrigo. El doctor Guerrero no estaba de servicio, pero el doctor Juárez me aseguró que no habría inconveniente en que yo visitara al enfermo.

El padre Rodrigo yacía inmóvil con la mirada fija en el techo, tal como había estado durante mi visita anterior. Casi parecía estar en trance, aunque yo estaba seguro de que estaba consciente de mi presencia.

—Rodrigo, soy yo, Juan, ¿me reconoce? ¿Puede oírme?

No hubo respuesta.

—Padre Rodrigo, ¿qué sucedió con los niños? ¿Qué sucedió con usted? Dígame, por favor, estoy tratando de ayudarlo. Si sabe algo, cualquier cosa, eso me puede ayudar a encontrar a los niños y a quien sea que le hizo esto. Hábleme del diablo, hábleme de Satanás.

El padre Rodrigo se agitó y dijo:

—«Pidan y les será dado, busquen y hallarán, llamen y se les abrirá».

Como soy un buen católico, al menos eso creo, incluso sin la presencia del obispo supe que estaba citando el evangelio de Marcos, pero ¿qué significaba eso? Tuve la certeza que, a pesar de su estado mental, Rodrigo estaba

intentando responderme, decirme la verdad. Después de todo, como sacerdote que era, no estaría en su naturaleza mentir. De alguna manera, estas referencias bíblicas estaban apuntando hacia alguna parte. Yo solo tenía que seguir sus indicaciones para descubrir hacia dónde apuntaban.

—Le hice una pregunta, Rodrigo, por favor, respóndame. Estoy buscando a los niños de su iglesia que desaparecieron. ¿Dónde están, Rodrigo? ¿Qué sucedió con ellos?

Dígame qué puerta debería golpear para encontrar respuestas.

Pensaba que siguiendo sus citas bíblicas, al menos en un sentido casi literal, tal vez podría entablar una especie de dialecto lógico con él. Rodrigo se retorció, estremeciéndose, y luego habló de nuevo, con una voz repentinamente más fuerte.

—«Y José tomó el cuerpo, lo envolvió en una sábana limpia de lino y lo depositó en una tumba nueva de su propiedad que había excavado en la roca; y luego hizo rodar una gran piedra hasta la entrada del sepulcro, y se fue».

Repentinamente, y con terror, pensé que estaba comenzando a comprender el sentido de las divagaciones bíblicas del sacerdote.

—Padre Rodrigo, en nombre de Dios, dime quién colocó la piedra sobre la tumba.

—El diablo…, el diablo.

—¿Dónde está la tumba, padre?

—El jardín de Cristo.

—¿Dónde está el diablo?

—Aquí.

—¿Dónde estaba el diablo cuando murieron los niños?

—En mi iglesia, él estaba en mi iglesia. El diablo…, el diablo está aquí ahora.

De improviso, el sacerdote se desplomó y su cabeza cayó de lado sobre la almohada. Presioné el botón de emergencia junto a su cama y el doctor Juárez con dos enfermeras llegaron en menos de un minuto. Me sentí gratamente impresionado. En este hospital, ¡no existía la cultura de dejar todo para mañana! Como era obvio, el médico me solicitó que abandonara la sala, lo que yo pretendía hacer de todas maneras. Necesitaba hablar con Merced.

Una vez que salí del hospital, rápidamente le telefoneé desde mi teléfono celular. Me sentí agradecido de que me hubiese dado su número cuando me hice cargo de la investigación en su lugar, en caso de que lo necesitase con urgencia. Merced contestó de inmediato.

—Santiago —dije apresuradamente—, soy Juan Morales. Contéstame rápidamente sin hacer preguntas, ¿en algún momento registraste al padre Rodrigo buscando rastros o señales de los niños desaparecidos?

—Por supuesto —replicó Merced—. No encontramos nada. Se trató solo de una búsqueda de rutina. No teníamos motivo para sospechar…

Se detuvo en mitad de la frase.

—No pretenderá usted decirme que existe alguna conexión con el padre Rodrigo, ¿o sí?

Mi mente corría de prisa. No me agradaba pensar tal como lo estaba haciendo en ese momento, pero debía seguir adelante.

—Tal vez, Santiago, solo tal vez. ¿Buscaron en la cripta?

—Por supuesto —replicó Merced— y no encontramos nada. Capitán, ¿qué está pensando?

—¿Y buscaron en el cementerio? Santiago, ¿buscaron allí?

—También miramos allí, seguro, pero no encontramos nada de nada.

—Teniente Merced, quiero que se reúna conmigo en el cementerio dentro de media hora. Lleve algunos hombres con usted. Asegúrese de que lleven picos y palas. No me interesa lo que usted tenga que hacer o dónde deba ir para conseguirlos. Solo tráigalos y esté allí en treinta minutos. Espero equivocarme, pero tengo el horrible presentimiento de que usted pasó algo por alto. No se preocupe, no es su culpa. Simplemente no supo qué buscar o dónde hacerlo.

Colgué el teléfono sin esperar la respuesta de Merced. Sabía que estaría allí. Mi corazón ya corría camino al cementerio. No quería tener la razón, pero de algún modo supe que la respuesta estaría esperándome en el terreno junto al Templo de la Virgen del Rayo.

Hablaba mucho a su favor que Merced y su equipo estuvieran esperándome cuando llegué al lugar. Además había traído las herramientas que le había solicitado.

—¿Qué está buscando, capitán? —preguntó apenas salí de mi coche.

—Una entrada —respondí—. Una piedra enorme y pesada, tal vez. Algo que pudo ser usado como puerta o como cuña.

—¡Hagan funcionar esas luces! —ordenó Merced a los hombres.

En pocos segundos, el cementerio se transformó en un enjambre de actividad cuando los hombres comenzaron su búsqueda con el haz de sus linternas realizando una grotesca danza en la oscuridad al momento de rebotar sobre las lápidas y las estatuas funerarias. Después de diez minutos de búsqueda, el propio Merced me llamó.

—Señor, creo que aquí hay algo.

Bajo una estatua de la Virgen, erigida como monumento a la esposa fallecida de uno de los fundadores de la ciudad, Merced había descubierto una gran piedra esférica que definitivamente estaba fuera de lugar, pues no se trataba de una lápida, ni de una estatua, ni de cualquier otro tipo de adorno utilizado para el último lugar de descanso de alguien.

Les tomó quince minutos a diez hombres remover la piedra, la que finalmente cedió ante la fuerza conjunta de todos y rodó hacia un lado revelando la entrada hacia un pasillo subterráneo. ¿Había quizás una cripta privada bajo la estatua? ¡Estábamos a punto de descubrirlo!

Dos horas después, emergí desde aquel lugar terrible y oscuro, temblando visiblemente. Al fin habíamos encontrado a los seis niños desaparecidos. Todos estaban allí, en aquel depósito subterráneo frío y húmedo, envueltos en sudarios de lino, cada uno con una daga sobresaliendo grotescamente desde su pecho.

Habían sido colocados allí de una manera respetuosa, casi con cariño. Cada niño tenía un rosario en su mano y un crucifijo sobre el pecho junto al cuchillo que había provocado su muerte. Seis muchachos, seis cuchillos.

Las náuseas que experimenté aquella noche no fueron nada en comparación con el trauma que me aguardaba al finalizar el examen forense de la escena, llevado a cabo minuciosamente en los tres días siguientes.

Junto con confirmar la identidad de cada niño muerto, las pruebas dactilares pronto nos condujeron hacia nuestro principal sospechoso y dos días más tarde me encontraba sentado en la oficina del jefe en el cuartel central en compañía del propio jefe de la policía, del obispo Entierro y del cardenal Salvador Negrete, jefe de la Iglesia Católica en esta región del país.

El encuentro fue breve, más de lo que yo esperaba.

—Está acordado, entonces —dijo el cardenal—. Tan pronto como pueda ser trasladado, el padre Rodrigo ingresará al sanatorio del seminario, en San Vicente. Ahí estará muy bien cuidado. No existe certeza si él alguna vez se recuperará completamente, en todo caso. Será recordado por la gente de Parral como un hombre que cuidó de los pobres, los débiles y los oprimidos y que amaba a los niños.

Al día siguiente, el periódico local mostraba el siguiente encabezado:

PADRE RODRIGO INGRESA AL SANATORIO DESPUÉS DE BRUTAL ASALTO

La trama de sucesos que siguió estableció de inmediato que Rodrigo sería incapaz, debido a sus lesiones, de regresar alguna vez a su ministerio y, así, la historia del padre Rodrigo y del diablo fue desvaneciéndose silenciosamente en las sombras, con el supuesto beneplácito de la Iglesia y del departamento de policía de Hidalgo del Parral.

Tanto Merced como yo y todos los involucrados en el caso juramos guardar el secreto respecto a nuestros descubrimientos y, a pesar de los rumores que siempre abundan en estas situaciones acerca de apariciones de Satanás en Parral, finalmente el caso fue olvidado casi por completo.

Naturalmente las familias de los niños vivieron su duelo y luego regresaron a su vida diaria lo mejor que pudieron, pero nunca olvidaron a sus hijos amados y Rodrigo vivió durante quince años en su propio mundo, obsesionado diariamente por el terror que se había apropiado de su existencia, de su trabajo y, tal vez lo más triste de todo, de su fe.

Yo continué trabajando como capitán de la policía hasta el día de hoy y tal vez me retire pronto, o tal vez no. Quizás me dedique a cultivar naranjas en algún pequeño pueblo costero.

*** * ***

Hotel Moreira, Hidalgo del Parral, marzo de 2005

—Entonces dígame, capitán, ¿vio realmente el padre Rodrigo al diablo? ¿De verdad el demonio acechaba las calles de Parral? Usted estuvo allí, nadie lo sabe mejor que usted mismo. Dígame, por favor.

—Señorita, ¿aún no se da cuenta de lo que le he estado diciendo? Es probable que el padre Rodrigo no haya visto al diablo, pero ciertamente estuvo en contacto con algún demonio. Cuando él dijo que el diablo estaba en su iglesia, estaba diciendo la verdad, pero en sus divagaciones y delirios. Y lo que nadie supo darse cuenta desde un comienzo, fue que Rodrigo era aquel demonio. ¡Él era el asesino! Cuando se vio en el espejo aquel día antes de saltar del campanario, sintió repulsión por lo que él mismo había hecho y decidió acabar con todo, poner punto final a su sufrimiento y al de todos los demás. El padre Rodrigo sufría de una profunda enfermedad psicótica. Los niños eran, así lo pensaba él, lo más puro de su rebaño. Pensaba que los estaba enviando al encuentro con Dios, hacia una vida mejor. ¡Los estaba salvando! Luego intentó detener su locura, ¡y saltó del campanario!

—Pero ¿por qué no hubo un juicio?

—Señorita María, se trataba de un hombre que había pasado la mayor parte de su vida cuidando a los pobres, a los niños, en fin, había atendido a las personas de su pueblo durante muchos años, ¿habría habido justicia condenándolo públicamente? El cardenal y el obispo hicieron los arreglos para que el padre Rodrigo fuera recluido dentro del seminario con el mejor cuidado psiquiátrico y médico que la iglesia podía proporcionarle para el resto de su vida. Él nunca volvió a ver de nuevo el mundo exterior. ¿No era eso como el equivalente a una sentencia de por vida?

—¿Y usted se coludió con todo esto sabiendo que su trabajo estaría en riesgo si alguien descubría que había sido parte de un encubrimiento?

Suspiré. Había llegado la hora de decirle a la joven la última parte de mi historia, explicarle exactamente por qué había hecho todo lo que pude para preservar intacta la imagen pública del padre Rodrigo.

—Ah, señorita, es un poco más complicado que eso. Verá usted. Conocí a Rodrigo hace muchos años desde la época en que éramos niños y solíamos jugar juntos en los alrededores de la vieja mina. Incluso siendo él un niño, era muy piadoso. Creo que nunca estuvo en duda que él crecería para convertirse en sacerdote. Yo crecí siendo un rebelde, siempre en problemas, listo para involucrarme en una pelea con cualquiera, a pesar de que era físicamente muy pequeño. Créase o no, él era el de los músculos y, a pesar de su amor por Cristo y por todas las cosas sagradas, él me defendía y luchaba contra aquellos que eran más grandes y más fuertes que yo. Naturalmente, con el tiempo crecimos y las cosas cambiaron. Yo me había vuelto físicamente más fuerte y un poco más respetuoso de las leyes. Él se fue de casa para ingresar al sacerdocio cuando solo tenía veinte años y yo me convertí en policía dos años más tarde al llegar a la misma edad. Siempre fuimos muy unidos.

—Pero aun así, eso no explica…

—Aguarde, por favor, todo se aclarará. Cuando recibí la primera llamada de mi jefe para que fuera al hospital, fue muy evidente que Rodrigo ya no me reconocía. Eso me hizo pensar que algo grave le había sucedido. Como mis investigaciones continuaron, ellas me condujeron cada vez más hacia la conclusión de que Rodrigo tuvo que ser el autor de esos crímenes, a pesar de que no tuvo real conocimiento de lo que había hecho. Su mente efectivamente se había dividido en dos partes. Al arrojarse del campanario probablemente realizó su último acto consciente, en un intento desesperado por encontrar la salvación en brazos de su amado Dios.

—Capitán —me interrumpió la joven—, todo esto es muy interesante y de verdad yo siento una gran pena y simpatía por el padre Rodrigo. Es obvio que

usted lo conocía desde hace mucho tiempo, pero no veo por qué él no podía haber sido enjuiciado y quizás enviado a una institución mental donde todavía estaría siendo cuidado y el caso podría haber sido cerrado de manera apropiada.

—Yo lo conocí más que desde hace mucho tiempo, señorita. Lo conocí toda mi vida. Siempre fue llamado simplemente padre Rodrigo, como a él le gustaba. Es probable que usted nunca haya preguntado su nombre completo. Era Rodrigo Morales. ¡Él era mi hermano!

Ahora fue su turno de suspirar. Me miró directo a los ojos por lo que me pareció una eternidad. Vi muchas cosas en esa mirada: pena, comprensión, tristeza y, más que todo, un sentimiento de alivio por cerrar al fin en su corazón una historia de dolor. María López extendió su mano lentamente a través de la mesa hasta posarla con gentileza sobre la mía. Bajó su mirada al piso por un instante y luego me observó nuevamente. Entonces se puso de pie para salir, se inclinó hacia mí y me susurró suavemente:

—Que Dios lo bendiga, capitán Juan Morales, espero que su hermano descanse en paz.

—El suyo también, señorita —dije muy despacio mientras ella se alejaba lentamente hacia la puerta y desaparecía de mi vida para siempre.

«El Señor es mi pastor…».

LA CALZADA DE LOS MUERTOS

Prólogo
Fecha desconocida

Los rayos del sol barrían las extravagantes edificaciones decoradas de la gran ciudad de El Pueblo, con su brillo reflejándose en las incrustaciones de oro macizo que adornaban los enormes templos alineados en las amplias avenidas de la ciudad atestadas de una multitud ansiosa por presenciar el gran evento que se avecinaba.

Pronto el calor del día llegaría hasta el punto donde una bruma reluciente se levantaría desde el suelo barriendo las calles hasta hacerlas lucir como un océano vaporoso y la niebla flotase cual nube etérea justo sobre la extensión de terreno hasta donde la vista alcanzara. Por ahora, sin embargo, la temperatura era agradable y la gente se aglomeraba a la expectativa, vestida de gala, preparada para el gran evento.

Shi-Rea observó la gran multitud reunida en la plaza central de la ciudad.

Resplandeciente con su vestido ceremonial, permanecía de pie junto a otras doncellas en el segundo nivel de los espectadores, detrás del Sumo Sacerdote y de sus principales asistentes. Desde esa gran altura, y en su posición privilegiada, le pareció que podía ver el mundo entero desde la cima de la pirámide. Todos aquellos reunidos allá abajo semejaban hormigas, pululando alrededor a la espera de la gran ceremonia por comenzar.

De veintitrés años, Shi-Rea había pasado los últimos seis sirviendo como doncella a los sacerdotes del gran templo. Había sido escogida, al igual que las otras jóvenes, para ser una de las concubinas de los sacerdotes que regían el bienestar religioso y espiritual de El Pueblo. Aunque asustada en un principio, pronto aprendió a aceptar los cuidados y atenciones de los sacerdotes, y aceptó también el gran honor que se le había concedido a ella y a las otras concubinas. Recibió la comida más exquisita y la ropa más hermosa con la cual adornar su cuerpo esbelto y bien formado, y vivía sumida en la grandeza del Gran Templo, con habitaciones en la cima cerca de los mismos dioses.

Esclavas especialmente seleccionadas cuidaban su cabello largo y negro, asegurándose de que siempre estuviera lavado y bellamente arreglado, y también se encargaban de su maquillaje y su baño para que siempre luciera una apariencia placentera y sensual para los sacerdotes con los cuales se esperaba que durmiera para entregarles su cuerpo.

Pronto, después de finalizar la gran ceremonia, sería liberada de su papel y se convertiría en una instructora, tal como lo hicieron todas las antiguas concubinas sacerdotales. Por ahora, sin embargo, formaba parte de esta gran ceremonia y, a pesar de haberla presenciado en muchas ocasiones anteriores, aún le infundía un sentimiento de asombro y, en ocasiones, de temor cuando se daba cuenta de lo afortunada que había sido al ser escogida para su rol dentro del templo. Podría haber sido tan diferente, como ella muy bien lo sabía.

Aunque las futuras generaciones los recordarían bajo una diversidad de nombres, los habitantes de la ciudad dorada y de las tierras que se extendían por interminables kilómetros alrededor, se hacían llamar simplemente El Pueblo.

Poseedores de educación y cultura, vivían en una ciudad de esplendor, con edificios decorados con brillantes colores resplandeciendo bajo un sol eterno. Cada familia vivía en sus propios alojamientos, con calles muy bien pavimentadas e instalaciones y servicios públicos al alcance de todos. La ciudad contaba con parques que exhibían una variedad de árboles, plantas y flores de todas las tonalidades conocidas, con baños públicos para ambos sexos y con una diversidad de mercados que vendían todo tipo de mercancías para mejorar la vida diaria de la laboriosa y bien organizada sociedad.

En medio de esta gran civilización se erigían los imponentes templos o pirámides escalonadas que se alzaban desde el valle dedicados a los dioses venerados por El Pueblo. A diferencia de las viviendas de los habitantes de la ciudad y de aquellos edificios para uso municipal, estos enormes templos no estaban decorados del modo usual con colores brillantes, sino que estaban cubiertos, desde el piso hasta la cúspide, con láminas de oro, un material común para El Pueblo y utilizado más por su belleza estética que por su valor intrínseco. Equipos de orfebres trabajaban de sol a sol durante todo el año para vigilar a los artesanos que mantenían la cara exterior de las pirámides en impecables condiciones, en consideración y respeto hacia los dioses a los cuales estaban dedicadas.

Ahora Shi-Rea miraba fascinada cómo los tamborileros ocupaban su lugar en la cima de la gran pirámide. Resplandecientes con sus tocados de plumas

púrpuras, los siete tamborileros se alinearon aguardando la señal de Moc-Karai, el sumo sacerdote.

Tan solo aquella mañana, Shi-Rea había despertado en la cama de Moc-Karai, después de haberlo complacido como hacía a menudo durante toda la noche. Como era usual en la víspera de la Gran Ceremonia, el sumo sacerdote del pueblo estaba insaciable y Shi-Rea había suspirado de alivio cuando él finalmente cayó en un sueño profundo un poco antes del amanecer, solo para despertarse después, ansioso y dispuesto a comenzar los preparativos de la ceremonia.

Ahora, cuando el sol alcanzaba su cénit, Moc-Karai, ataviado con la toga púrpura tradicional y usando la aterradora máscara de jaguar de sumo sacerdote, junto a otros seis sacerdotes, tres a su izquierda y tres a su derecha, elevó su mano derecha en señal tradicional. Al unísono, los tamborileros comenzaron a marcar un ritmo lento y regular. En ese momento, la multitud reunida al pie de la pirámide guardó silencio y una quietud expectante se extendió entre los ciudadanos que esperaban la siguiente etapa de la ceremonia.

El golpe del tambor incrementó su ritmo y, desde una abertura tras el altar mayor, emergieron dos sacerdotes en dirección a la gran cúspide plana de la pirámide. Entre ellos caminaba una hermosa niña de cabellos negro azabache que aparentaba tener apenas dieciséis o diecisiete años, la misma edad de Shi-Rea cuando había sido escogida por primera vez para su papel de concubina.

Vestida con una diáfana toga suelta de color blanco y un pequeño tocado de plumas multicolores que complementaba el atuendo, la muchacha, con pasos titubeantes e indecisos, parecía estar aturdida mientras era guiada por los dos sacerdotes hacia el gran altar de piedra. Shi-Rea sabía que, en el anterior paso del sol a la luna, a la muchacha le habían dado a beber numerosas dosis del líquido mágico que provocaba en los individuos un estado somnoliento. Ahora la niña apenas entendería lo que le estaba sucediendo, algo que de cierta manera daba un poco de consuelo a Shi-Rea.

Cuando los dos sacerdotes y la muchacha llegaron ante el altar, los tambores se detuvieron y Moc-Karai dio un paso al frente mientras asentía con un gesto de su cabeza. Uno de los hombres desató una presilla del hombro del traje blanco de la niña, mientras el otro gentilmente retiraba el tocado de su cabeza. La muchacha estaba desnuda bajo el traje y así permaneció de pie esperando en su estado semidrogado a que Moc-Karai

asintiese una vez más para que los sacerdotes la levantaran hasta depositarla de espaldas sobre el altar bajo el resplandeciente sol de mediodía.

De inmediato se les unieron otros dos sacerdotes, quienes sujetaron firmemente las muñecas de la niña, estirándole los brazos por sobre su cabeza, al mismo tiempo que los primeros dos sacerdotes sujetaban firmemente sus tobillos, inmovilizándola. Los ojos de la joven lucían vidriosos cuando miró hacia los ardientes rayos del sol y luego, sin decir ni una sola palabra, Moc-Karai hurgó en su toga y extrajo el cuchillo del sacrificio.

Cuando la multitud miró hacia lo alto, Moc-Karai levantó su brazo y el cuchillo de obsidiana descendió en su mano asesina. Un solo grito escapó de los labios de la niña cuando el sumo sacerdote, con una habilidad adquirida de su gran experiencia, cortó profundamente su pecho y la muerte llegó casi de inmediato a la víctima del sacrificio. El sumo sacerdote trabajó rápido y hábilmente cortando por lo que apenas duró unos pocos segundos, suficientes para completar su tarea.

Luego, con las manos chorreando de sangre fresca y tibia proveniente del sacrificio, hurgó en la cavidad torácica totalmente abierta y sacó el corazón de la víctima, sosteniéndolo en alto para que la multitud expectante lo viera.

Mientras sus manos lo sostenían, los tamborileros comenzaron a marcar un nuevo ritmo, más rápido, insistente y vibrante. La muchedumbre a los pies de la pirámide comenzó a mecerse alzando sus manos hacia el cielo, en alabanza a sus dioses. Finalmente Moc-Karai habló pronunciando un conjuro a los dioses, una ofrenda de esta joven vida para garantizar la continuidad de la paz y prosperidad de El Pueblo. Un coro de voces hizo eco de sus palabras desde los pies de la pirámide: era la muchedumbre que repetía su conjuro y se mecía continuamente al ritmo de los tambores.

Los dos sacerdotes que habían conducido a la niña hasta el altar, junto con los otros dos que les habían asistido, se acercaron y tomaron el cuerpo sin vida para retirarlo de allí. Dos de ellos la tomaron por los hombros y los otros dos de los pies, y juntos balancearon el cuerpo en un gran arco para luego lanzar hacia abajo los restos ensangrentados en dirección a la muchedumbre. Un enorme rugido se elevó desde la multitud reunida, aunque, a pesar de la gran altura del altar mayor, el cuerpo cayó solo unos pocos metros por la cara escalonada de la pirámide, llegando a detenerse a unos treinta metros del nivel del terreno.

Moc-Karai tomó el corazón y lo colocó en un recipiente de sacrificios destinado específicamente para ese fin, se dio la vuelta y salió por la puerta de

acceso que lo conducía de regreso al centro de la pirámide.

Más tarde, el corazón sería cocinado y repartido entre los sacerdotes, y cada uno tomaría solo un pequeño bocado de lo que era, después de todo, carne sagrada, bendecida y ofrecida a los mismos dioses. De esa forma, la divinidad del sacerdocio sería reafirmada y Shi-Rea supo que sería una larga y ajetreada noche, cuando ella y las otras concubinas fueran llamadas para ayudar a los sacerdotes a celebrar el sacrificio de manera tradicional. Anhelaba el día pronto a llegar, en que sería liberada de su servilismo y seguiría con vida para convertirse en una venerada maestra de las jóvenes, mientras otras, no tan afortunadas, aunque ella nunca diría tal cosa a nadie, serían elegidas para servir a los dioses de otra manera más brutal, tal como había sucedido recién con su propia hermana más pequeña.

El sacrificio había finalizado, la muchedumbre poco a poco se fue dispersando y la zona alrededor de la pirámide volvió a su estado normal de paz y tranquilidad.

El Pueblo retomó su diario vivir, los mercados continuaron vendiendo sus mercancías, los comerciantes prosperaron y los artesanos se dedicaron a su trabajo, como antes. Shi-Rea, aunque consciente de la naturaleza pecaminosa de sus actos, no pudo evitar derramar una lágrima silenciosa por su hermana, sacrificada por El Pueblo y por los sacerdotes cuando ofrecieron su corazón palpitante a los dioses, ayudando así a conservar la continua prosperidad de todos ellos.

Mientras el sol continuaba brillando sobre la gran ciudad, bañando las montañas exuberantes de verde que rodeaban todas las tierras de El Pueblo, Shi-Rea siguió a sus maestros cuando descendieron a las entrañas de la pirámide. La gran ceremonia había concluido hasta la próxima vez.

Capítulo 1
Ciudad de México, época actual

Juan Morales elevó una silenciosa plegaria en alabanza a quienquiera que hubiese inventado el aire acondicionado para automóviles. Mientras se abría paso a través del interminable atasco que obstruía las calles de Ciudad de México, mantenía el aire acondicionado funcionando y las ventanas de su coche Pinto muy bien cerradas para evitar el calor y los gases que atestaban las concurridas calles de la gran metrópolis.

Un taxista impaciente hizo sonar su bocina y agitó su puño furioso a Morales cuando intentó cambiar de carril un tanto bruscamente para el gusto del otro conductor. Morales simplemente levantó la mano y sonrió arrepentido al hombre que probablemente estaba agotado y sumamente estresado.

Lanzó otra mirada al mapa de calles que se balanceaba peligrosamente sobre su regazo mientras conducía. Una «X» roja marcada con un rotulador indicaba su destino. ¡No estaba tan lejos, gracias a Dios!

Después de la muerte de su hermano Rodrigo y del doloroso recuento de los hechos a la hermana de uno de los niños asesinados en Hidalgo del Parral, Morales había decidido tomarse un merecido descanso y había aceptado una antigua invitación de su viejo amigo, Francisco Tamayo, un colega oficial de policía, que vivía en Ciudad de México y que lo invitaba a pasar unos días con él.

Morales solicitó un permiso de tres semanas que tenía acumulado y le fue concedido. Después de telefonear a Tamayo, salió de su hogar en Hidalgo del Parral y se dirigió hacia el sur, a la capital.

Tamayo y Morales habían crecido juntos en la pequeña ciudad de Parral y ambos habían comenzado su carrera policial allí, en su pueblo natal, pero Francisco Tamayo había sido ambicioso y, luego de cinco años trabajando en Parral, había ido en busca de los casos más llamativos y publicitados de la gran ciudad. Se había forjado una reputación de investigador tenaz e intuitivo,

y, a pesar de la presión ejercida sobre él para que aceptase ser promovido a un grado superior, su ambición se había enfriado lo suficiente como para tomar la decisión de permanecer en el grado de capitán de detectives y así estar siempre al frente de una investigación policial. Tamayo habría detestado un trabajo de escritorio. Era un investigador demasiado bueno en terreno para darse el lujo de vegetar en una oficina.

A ese respecto, él y Morales se sentían identificados uno con el otro. Juan también odiaba la idea de no poder involucrarse activamente a diario en las investigaciones criminales. Era un capitán de la policía y siempre lo sería. Ningún tipo de persuasión, ninguna que alguien hubiese ejercido, lo induciría a escalar posiciones. Ambos hombres eran muy parecidos y esa similitud había probado ser uno de los lazos más fuertes que consolidaron su amistad.

Ahora que Juan se acercaba a los 50 años, el cabello aún conservaba la juvenil e intensa tonalidad castaño oscuro, aunque su cintura se había expandido más de lo que él consideraba saludable. Morales ciertamente lucía y, de hecho, estaba en forma, pero sabía que no le haría daño perder unos pocos kilos. Aunque le gustaba vestirse bien y casi siempre usaba un traje limpio y bien planchado para ir a trabajar, ahora estaba de vacaciones y, como el día era muy caluroso, vestía un simple par de pantalones color *beige* y una camisa blanca abierta de cuello polo. Sus ojos café, normalmente muy abiertos y alertas, se sentían pesados de cansancio después de los rigores del largo viaje.

Cuando decidió partir hacia Ciudad de México, habían transcurrido ya tres semanas desde el funeral del padre Rodrigo. El dolor de asistir al entierro de su hermano y los amargos recuerdos de todo lo sucedido antes, le habían afectado profundamente, por lo que estaba más que encantado de aceptar la invitación de su amigo.

Finalmente Juan llegó hasta el apartamento de Tamayo y descendió de su coche para enfrentarse al calor del día. Extendió sus brazos hacia el cielo para aliviar la rigidez del largo viaje y enseguida cerró la puerta de su viejo y maltrecho Ford Pinto.

Rápidamente subió los cinco peldaños que lo condujeron al fresco interior del bloque de apartamentos. Luego de un rápido ascenso en el silencioso y moderno elevador hasta el cuarto piso, Morales llamó a la puerta del apartamento y en pocos segundos se abrió para ser recibido por el rostro sonriente y acogedor de su viejo amigo.

—Juan, mi buen amigo, mi más querido amigo —exclamó Tamayo efusivamente—. Es muy bueno verte otra vez. Ha pasado ya demasiado

tiempo. ¿Cómo estás? ¿Cómo estuvo el viaje? ¿Cómo están todos en Parral?

Liberándose del abrazo de anaconda de su amigo, Morales retrocedió un poco y rio, tal vez por primera vez desde el funeral de Rodrigo.

Francisco Tamayo tenía poco más de 40 años, un ligero sobrepeso y una mata de pelo negro azabache junto a un espeso bigote, todo lo cual lo hacía lucir como el típico detective mexicano que realmente era. Dicho esto, Morales a menudo pensaba que su amigo podía muy fácilmente ser tomado por un bandido de otra época o por un guerrillero revolucionario, o tal vez una reliquia de los tiempos de Pancho Villa. Juan había llegado hace mucho tiempo a la conclusión de que Tamayo simplemente poseía un rostro «bien vivido», un rostro que él estaba encantado de ver justo en ese momento.

—Cisco —respondió Morales usando el nombre con el cual siempre se había dirigido a Tamayo— una cosa a la vez, amigo mío. Estoy bien, todo el mundo en Parral se encuentra bien y es bueno verte a ti también. Tienes razón, ha pasado ya mucho tiempo desde que nos vimos la última vez. ¡Oh, sí, el viaje fue largo y caluroso! El tráfico en esta ciudad apesta, pero ahora estoy acá, por lo que deberías ser un buen amigo y traerme una gran cerveza helada de tu refrigerador para saciar mi sed antes de que muera de deshidratación. Los conductores en esta ciudad deberían ser todos arrestados y encerrados bajo llave donde no puedan acercarse al volante de un automóvil.

—De acuerdo, de acuerdo, discúlpame. Es muy bueno verte otra vez. Ven, siéntate. Relájate un minuto y descansa mientras traigo unas cervezas. Y, bueno, el tráfico, ¡a mí me lo vas a contar! Aunque, en serio, Juan, el coche todavía es más seguro que caminar e intentar cruzar esas calles con todos los imbéciles tras el volante. A veces me pregunto cómo algunos de esos condenados conductores sobreviven desde un extremo al otro de su trayecto.

Enseguida desapareció rápidamente, dejando a Morales de pie y respirando con dificultad, y se dirigió a la cocina regresando igual de rápido con las tan ansiadas bebidas.

Diez minutos después, ambos hombres bebían su segunda botella de cerveza helada y Morales había comenzado a sentirse más vivo de lo que había estado en mucho tiempo. Al menos algo de la tristeza por su hermano había comenzado a desaparecer y el contagioso buen humor de Cisco Tamayo resultó ser el mejor antidepresivo que probablemente recibiría.

Tamayo dio el último sorbo a su bebida muy satisfecho y, levantándose de su silla, hizo señas a Morales para que lo siguiera. Ambos salieron de la sala y se dirigieron por el pasillo hacia la primera puerta de la izquierda que

permanecía levemente entreabierta. Tamayo la empujó para abrirla completamente.

—Tu habitación, amigo —dijo gesticulando ampliamente con su mano y apartándose a un lado para permitir que Morales viera el cuarto de huéspedes.

Juan entró en la habitación para quedar sorprendido con la distribución prolija y ordenada, y con la decoración del que sería su cuarto por las siguientes tres semanas.

Las cortinas celestes hacían juego con la alfombra e incluso con la ropa de cama azul con estrellas bordadas de color dorado. Todo parecía calzar muy meticulosamente.

Al observar toda la habitación, sus ojos se detuvieron sobre un objeto peludo, pequeño y negro estratégicamente colocado justo en el centro de la cama.

—Cisco, amigo mío, puede que no te hayas dado cuenta, ¡pero hay un gato sobre la cama! —exclamó sorprendido.

—Ah, sí, amigo, olvidé mencionar al gato. ¿Puedo presentarte a mi buen amigo Jerry? Ya sabes, como en Tom y Jerry.

—Pero, Cisco, ¡Jerry era el ratón!

—Ah, sí, lo sé, pero deberías conocerme, amigo mío, me gusta ser diferente.

—Pero el pobre gato puede acomplejarse —dijo Morales, sonriendo abiertamente.

—¿Tú crees?

—Al final podrías tener un gatito confundido y loco. Podría requerir tratamiento con un psicólogo para gatos. Es probable que tenga todo tipo de neurosis, si lo nombras como un ratón y todo eso —ironizó Juan burlonamente.

—Pero, Juan, es probable que él no lo sepa. No ve mucha televisión —respondió Tamayo siguiendo el juego—. De cualquier modo, Tom y Jerry se transmite en inglés y, estoy seguro, él solo entiende mexicano, así es que no hay problema. De hecho, duerme casi todo el día y luego trabaja en la noche patrullando las calles como un policía en el turno nocturno. Raramente llega antes del amanecer.

—Y duerme en mi cama, ¿no es así?

—¡Oh no!, lo siento. Solo se está aprovechando. Normalmente duerme en el sofá, pero escuchó que tú venías, salió corriendo de la sala y, como encontró la puerta abierta, se introdujo aquí. Es un poco raro con los extraños, pero pronto se acostumbrará a ti.

—¡Eh, Jerry, ven acá! —chilló Tamayo y el gato abrió un ojo adormilado, estudió a los dos hombres que lo observaban y rápidamente lo cerró de nuevo sumiéndose en su siesta gatuna en una fracción de segundo.

Tamayo se acercó resueltamente y barrió con el desafortunado Jerry sacándolo de la cama con un firme pero inofensivo zarpazo de su propia mano. Cuando aterrizó en el piso de la habitación, el gato levantó la mirada hacia su dueño con disgusto, tiritando, y entonces, meneando su cola, pasó corriendo entre ambos hombres y regresó a la sala, presumiblemente intentando continuar su siesta sobre el sofá.

—Te lo dije —rio Morales— tal vez el pobre está plagado de neurosis felina.

Tamayo rio junto con su amigo.

—Ok, Juan, intentaré ser comprensivo con su bienestar psicológico, ¿de acuerdo? Ahora, tómate unos minutos para desempacar y acomodarte en tu habitación. Yo iré a hacer una llamada telefónica para reservar una mesa en mi restorán favorito para más tarde en la noche. Celebraremos tu llegada a la ciudad y nos pondremos al día con las novedades de cada uno, ¿de acuerdo? Mañana, obviamente, tengo que trabajar, pero estoy seguro que disfrutarás explorando un poco la ciudad. Después de eso, comienzan mis vacaciones y tenemos casi tres semanas juntos para disfrutar de buena comida, buenos tragos y la compañía uno del otro.

—Eso se oye bien —dijo Morales y Tamayo lo dejó para ir hasta el teléfono y reservar una mesa para ellos.

A Juan le tomó menos de diez minutos desempacar sus pocas pertenencias. La decisión de viajar con pocas cosas había sido muy sabia, pensó, pues el armario del cuarto de huéspedes era más bien pequeño.

Ambos amigos ocuparon el resto de la tarde poniéndose al día con sus respectivas novedades de Parral y de Ciudad de México. Tamayo, cuidadosamente, evitó mencionar la pérdida de Rodrigo, el hermano de Juan. Pensó que era prudente dejar ese tema para más tarde, cuando ambos se hubieran adaptado más a la compañía del otro, después de su larga separación. Tal vez Juan hablaría de ese asunto por iniciativa propia, cuando considerara que era el momento correcto.

El tiempo pasó rápidamente mientras los dos viejos amigos conversaban sin parar desde la tarde hasta casi entrada la noche.

Un poco después, ambos se hallaban sentados a la mesa, uno frente al otro, en un rincón del Casa Rivera, un restaurante íntimo y agradable donde el personal, obviamente, estaba muy familiarizado con Cisco Tamayo. La

bienvenida había sido cálida, casi efusiva y el servicio excelente con una comida maravillosamente preparada.

Mientras se relajaban después de la cena, Tamayo y Morales conversaron de muchas cosas, acompañados de sus vasos de tequila oro de la mejor calidad. Con la bebida, sus lenguas se soltaron y sus inhibiciones desaparecieron, y Tamayo, en forma muy diplomática, por fin tocó el tema que sabía era el más doloroso para Morales.

Hasta ahora, Juan no había dicho nada de su hermano y Tamayo sentía este silencio como una barrera que estorbaba en esos momentos de relajo. Simplemente necesitaba abordar el tema de un modo que Morales no lo sintiera como algo impertinente. Mientras expresaba su pena por la muerte de Rodrigo ocurrida después de pasar varios años en el asilo del seminario, Tamayo, con mucho tino, evitó interrogar insistentemente a su amigo respecto al tema de su difunto hermano. Sabía que para Juan era difícil hablar de él y, a pesar de ignorar los hechos reales que rodeaban el caso ocurrido en Parral y las terribles revelaciones que Morales había descubierto en relación a su hermano, era lo suficientemente sensato como para notar que hay ciertos asuntos que es mejor no abordar, incluso entre amigos, y que este, por ahora al menos, era uno de ellos. Morales aceptó las atentas condolencias de su amigo y sintió respeto por él por no entrometerse en el doloroso asunto relacionado con las circunstancias que rodeaban la muerte de Rodrigo. Los tres hombres habían crecido juntos en Parral y, si Tamayo lo hubiese presionado, Morales se habría sentido obligado a entrar en detalle respecto al caso, por lo que apreciaba su diplomacia. Juan sabía que, cuando llegara el momento preciso, le entregaría a su amigo toda la información relacionada con la muerte de su hermano, pero, por ahora, el tiempo que pasarían juntos sería para otras cosas más felices.

La cálida amabilidad de la velada se extendió hasta que Tamayo y Morales fueron los dos últimos clientes en el restaurante y, cuando el reloj de Cisco pasaba de las dos de la madrugada, los dos hombres llegaron al cómodo apartamento, donde resumieron la jornada con un último trago de tequila antes de retirarse a sus habitaciones.

Por alguna extraña razón, a pesar del desconcierto de Tamayo y del disgusto de Morales, el gato Jerry había decidido tomarse una noche libre de sus rondas nocturnas y Morales tuvo que compartir su alcoba con el suave y peludo felino, que se acurrucó cómodamente al final de la cama. Juan no le dio mayor importancia pues estaba demasiado cansado como para hacer un

escándalo y, después de todo, ¿quién era él para pelearse? Se trataba ni más ni menos que del hogar de Jerry. Morales era el forastero en la ciudad.

Pronto el cansancio le pasó la cuenta. Había sido un largo día que incluía un extenso y caluroso viaje y, por supuesto, una tarde agradable que él había disfrutado con su mejor amigo.

Se despidió con un suave «Buenas noches, Jerry» antes de que sus párpados se volvieran insoportablemente pesados y la oscuridad de la noche lo sorprendiera ya sin fuerzas.

Mientras los dos amigos y el gato dormían profundamente durante toda la noche, a pocos kilómetros de allí ocurrían ciertos hechos que cambiarían el plan de vacaciones de Juan y que harían que ambos detectives, en pleno siglo veintiuno, tuviesen que hurgar muy atrás en la historia de su país en un intento por resolver una serie de crímenes actuales con reminiscencias de épocas pasadas.

Capítulo 2
Teotihuacán

Aproximadamente a 50 kilómetros hacia el noreste de Ciudad de México se encuentran las ruinas de la antigua ciudad de Teotihuacán. Edificada antes de la era cristiana por habitantes cuya historia y cultura han sido olvidadas hace mucho tiempo dentro de la densa niebla de los siglos, Teotihuacán debe su nombre actual a los aztecas, quienes la llamaban la Ciudad de los Dioses, y se levanta como testimonio glorioso y desafiante en el tiempo.

Los enormes edificios de la Pirámide del Sol, la Pirámide de la Luna, la Pirámide de la Serpiente Emplumada, sus palacios, plazas y altares, y la Calzada de los Muertos, con sus dos y medio kilómetros de extensión que dividen la ciudad de norte a sur, atraen a un sinnúmero de turistas cada año.

Conocida como la primera ciudad del continente americano, sus habitantes originarios vivieron en el esplendor, con avenidas pavimentadas, servicios públicos, plazas de mercados y viviendas dispuestas en cuadrículas perfectas, muy parecidas al actual plano de la ciudad de Washington.

Sin embargo, no obstante lo maravilloso que pueda parecernos como turistas este monumental lugar producto del ingenio de pueblos originarios, lo cierto es que apenas tenemos una leve idea de la verdadera grandiosidad y majestuosidad que ostentó Teotihuacán en su época de mayor plenitud y prosperidad.

Aproximadamente a mitad de camino de la extensa Calzada de los Muertos, cerca del lugar donde se encuentra la Pirámide del Sol, el cuerpo mutilado de un hombre desconocido fue descubierto justo al amanecer del día después de la llegada de Morales a Ciudad de México. El cadáver de un hombre joven había sido encontrado por Emilio Díaz, un guía turístico de cuarenta años que había decidido llegar temprano a su trabajo ese día. Díaz era un hombre soltero muy madrugador que solía ser visto a menudo por los alrededores de la antigua ciudad cuando el sol se asomaba por la cima de las montañas, preparándose para la siguiente ronda de turistas diarios. Al dar un

paseo por la Calzada de los Muertos admirando la impresionante belleza del lugar que nunca dejaba de sorprenderlo y cautivarlo, su mala suerte de esa mañana literalmente lo llevó a tropezar con la horrorosa visión del cadáver, con su cavidad torácica abierta bañada en sangre. Aun ante el ojo inexperto del guía turístico, resultaba evidente que el corazón del hombre había desaparecido. Díaz no pudo evitar sentirse enfermo ante esa imagen y necesitó, al menos, cinco minutos para recobrar la compostura antes de correr de regreso al centro de informaciones donde, luego de ingresar con su llave maestra, llamó a la policía.

Recién pasadas las ocho de la mañana, el teléfono comenzó a sonar en el apartamento de Francisco Tamayo. Estirando su brazo somnoliento desde debajo de las sábanas, su mano tanteó hasta encontrar el objeto molesto y sonoro.

Veinte minutos más tarde, el detective se había duchado y vestido, y había despertado a Morales con la noticia de que tenía que salir de inmediato. Luego de alimentar al gato, estaba a punto de marcharse hacia las ruinas históricas cuando su amigo apareció en la puerta de la sala, después de haberse vestido a toda prisa.

—¿Necesitas ayuda, Cisco? No me entrometeré en tus cosas, lo prometo, pero podría serte útil —dijo Morales.

—Por supuesto, otro par de ojos siempre es útil —replicó el detective y ambos salieron del apartamento hacia el estacionamiento de coches donde Tamayo guardaba el suyo y pronto estuvieron en camino hacia la ciudad de los dioses, Teotihuacán.

Tamayo nunca había tenido pretensiones si se trataba de vehículos motorizados, por lo que Juan Morales no se sorprendió en lo más mínimo de ver que su amigo aún conducía el mismo viejo Volkswagen Beetle que tenía desde la última vez que se habían encontrado. El coche de color verde lima, ligeramente abollado, tenía cerca de doce años, mostraba numerosas grietas y rasguños en la pintura de su carrocería y a uno de los espejos retrovisores le faltaba el vidrio.

Tamayo, sin embargo, parecía amar el viejo coche y no habría pensado jamás en cambiarlo por algo más moderno, a pesar de que carecía de aire acondicionado y de una suspensión decente.

Como el tráfico a esa hora de la mañana ya había aumentado, a Tamayo le tomó un buen rato intentar salir de la ciudad pero, una vez en la carretera que lo llevaría a Teotihuacán, el tráfico disminuyó gradualmente mientras abandonaban la extensión urbana de Ciudad de México.

El reloj de Tamayo indicaba justo las nueve y treinta de la mañana cuando ambos detectives llegaron a las ruinas de la antigua ciudad. Una vez allí, aparcaron el coche en uno de los extensos estacionamientos dispuestos para turistas en las afueras de la ciudad. El lugar estaba extrañamente desierto debido a la presencia de un equipo de policías uniformados quienes, cumpliendo órdenes de la oficina central, habían tomado las medidas de seguridad correspondientes, cerrando el lugar al acceso de público. Esto significaba una gran perturbación para el turismo, pero la ciudad ancestral se había convertido en la escena de un crimen cometido el día anterior y era preciso realizar mucho trabajo antes de permitir que el público recorriera una vez más las avenidas o escalara las pirámides de Teotihuacán.

Morales seguía de cerca los pasos de Tamayo, asimilando mientras tanto el paisaje. Como era la primera vez que visitaba el lugar, uno de los más grandes tesoros culturales de México, se sentía tan aturdido y sorprendido con la belleza pura del lugar como cualquier turista lo estaría. Le habría gustado que la visita hubiese sido por cualquier otro motivo y no por el cual se encontraban allí. La muerte siempre es fuente de tristeza y, para Morales, el asesinato significaba en sí mismo el modo más doloroso de terminar con una vida.

Los dos amigos llegaron hasta la oficina de turismo, la que rápidamente se había transformado en el centro de operaciones de la policía local. El pobre Emilio Díaz estaba sentado en un banco de madera afirmado contra la pared con su rostro conmocionado, pálido y demacrado, con la prueba de su reacción ante el descubrimiento del cuerpo aún evidente en la parte delantera de su camisa.

El hombre lucía terrible y temblaba visiblemente cuando Tamayo y Morales ingresaron en la sala.

—Comprenderás, Juan, que solo puedes observar y escuchar el procedimiento, ¿no es así? No sería correcto que te vieras involucrado en el caso —dijo Tamayo a su amigo al ver la escena dentro del centro de operaciones.

—Naturalmente, Cisco, no pensaría en interferir en tu caso, aunque espero que me permitas hacerte algún comentario si veo o pienso que algo es pertinente.

—Esperaría que así lo hicieras, Juan. Ahora, veamos qué podemos averiguar de nuestro pobre amigo que está allá temblando.

Pero Díaz no fue mucho lo que pudo decirles.

—¿Notó usted algo sospechoso antes de dejar este lugar anoche, señor Díaz?

—Nada, capitán Tamayo. Definitivamente no había ningún cuerpo tendido allá en la Calzada cuando me retiré del lugar, al menos, no donde lo encontré esta mañana.

—Entonces, ¿no vio nada fuera de lugar hasta que tropezó con el cuerpo esta mañana?

—Así es, capitán.

—¿Tocó algo o movió alguna cosa cuando encontró el cadáver? Es importante que sepamos si algo en la escena del crimen fue alterado antes de que la policía llegara al lugar.

—Estaba muy ocupado vomitando mi desayuno como para pensar en tocar o mover algo, capitán.

—¿Tiene la certeza de no haber visto a nadie que hubiera estado por aquí, ni anoche ni hoy en la mañana, antes de que descubriera el cuerpo?

—Pensé que ya se lo había dicho.

—Solo reviso los hechos, señor, eso es todo. Una última pregunta, señor Díaz, ¿puede usted declarar sin ninguna duda que nunca antes había visto a la persona muerta? Tal vez lo vio como un visitante en ese mismo sitio o en el edificio del museo.

—Ya se lo dije al oficial: no conozco al hombre muerto. Nunca lo había visto antes de esta mañana. Ahora, por favor, ¿puedo irme a casa? Esto ha sido un tremendo impacto para mí. Definitivamente no me siento bien y el director permitió que me tomara el resto del día libre, una vez que usted termine de interrogarme.

—Gracias, señor. Así es, ahora puede retirarse y le agradecemos su ayuda. Por favor, si es tan amable, déjenos su nombre y su dirección con el oficial en aquel escritorio. En caso de que necesitemos tomar contacto con usted nuevamente, lo llamaremos —dijo Tamayo dando por finalizada la frustrante entrevista sin resultados.

Después de asegurarse de que el testigo dejara sus datos con el policía en el escritorio de la entrada, Tamayo le permitió irse a casa y él y Morales abandonaron el centro turístico acompañados por un oficial, quien los guiaría hasta el sitio del crimen, donde podrían ver por primera vez los restos mortales de la víctima aún no identificada.

Mientras caminaban por la vasta explanada panorámica de la Calzada de los Muertos, Morales seguía sintiéndose golpeado por la belleza pura y desenfadada del escenario que se desplegaba ante sus ojos, la inmensidad de

las grandes pirámides, la perfecta rectitud de la calzada, los grandes espacios donde se levantaban los palacios hasta tocar el cielo, y se sintió completamente cautivado por el significado histórico del lugar al que había llegado. A pesar de la naturaleza en ruinas de la ciudad, sintió como si hubiese retrocedido en el tiempo hasta un período en la prehistoria, mucho antes de que comenzaran los registros del México actual.

«Impresionante» pensó, mientras consideraba el hecho de que, siglos antes de que él caminara por esas calles y avenidas ancestrales, otros hombres de una raza aún desconocida habían levantado esta gran ciudad usando herramientas solo un poco más sofisticadas que un pico y una pala. Sin maquinaria para remover la tierra ni excavadoras, solo auténtico trabajo duro y deseos de crear algo de tal belleza que aquí y ahora en la edad moderna, los hombres todavía se maravillaban ante su ingenio y creatividad.

Esta ciudad, este gran testigo de la historia largamente olvidada de su país, era una parte de su propia tradición. Él, Juan Morales, tenía una conexión con ese lugar. Sus antepasados, muertos hace mucho tiempo, pudieron haber caminado donde ahora él lo hacía, conversado como él y Tamayo lo estaban haciendo y luego, por alguna razón, simplemente desaparecieron de las páginas de la historia, dejando tan pocos registros de ellos mismos, que las futuras generaciones no sabían nada de quiénes fueron o por qué ellos y su civilización habían dejado de existir.

Esperaba de todo corazón que la misma semejanza no se aplicara al joven que había sido brutalmente asesinado y que ahora yacía unos pocos metros más adelante.

Pronto él y Tamayo llegaron al lugar, ya acordonado con cinta por la policía y vigilado por oficiales, y donde se encontraba el médico forense y su asistente.

Ninguno de ellos sabía con certeza qué encontrarían. Cisco y Juan pasaron bajo la cinta demarcadora y ambos se adentraron directamente en el mundo de la muerte que ambos conocían muy bien.

Capítulo 3
¿Un sacrificio?

Las consecuencias de una muerte violenta nunca representan algo agradable a la vista y, para un detective de homicidios como Juan Morales, la imagen de otra víctima más, otro cuerpo más sin vida, solo se añadía a su percepción de la injusticia que impregna el mundo en que vivimos.

Al observar los restos humanos que yacían sobre la calzada frente a la impresionante Pirámide del Sol, Morales no pudo más que sentir una gran pena por aquella joven vida que se había extinguido tan trágicamente y, por lo que se apreciaba a simple vista, de manera muy brutal. El asistente del médico forense se ocupaba de tomar fotos del cadáver desde todos los ángulos imaginables y el propio médico examinaba atentamente la cavidad torácica, para gran disgusto del asistente, pues el profesional se interponía en su línea de visión.

Un oficial de la policía, reconociendo al capitán de detectives, se aproximó a Tamayo.

—Esto no está bien, señor, no está nada de bien. Algunos de los hombres se pusieron completamente nerviosos al ver el cadáver. El corazón del hombre ha desaparecido y el cuerpo fue abierto como un novillo sobre una losa.

—Así es, puedo ver que esto luce mal, sargento —replicó Tamayo mientras observaba el trabajo del forense—. ¿Alguna identificación en el cuerpo?

—Nada en absoluto. Iba apenas vestido cuando el guía lo encontró, solo con sus calzoncillos y sus calcetines, nada más.

Tamayo se dirigió entonces al médico, quien se levantó haciendo un alto en su examen del cadáver cuando los detectives se aproximaron.

—Buenos días, doctor Hernández. Permítame presentarle a mi amigo, el capitán Juan Morales de Hidalgo del Parral. Él está aquí como observador, a petición mía.

—Buenos días para usted también, capitán Tamayo —respondió el forense—. Es un placer conocerlo, capitán Morales, he oído hablar mucho de usted. Tengo entendido que ha participado en un par de investigaciones muy destacadas, ¿no es así? Su nombre se ha mencionado más de alguna vez en nuestro departamento.

—Vaya, usted me halaga, doctor Hernández, ¿y qué tiene aquí para mi amigo Francisco?

—Me temo que es un misterio —respondió el médico—. La víctima no fue asesinada aquí, de eso estoy seguro. No hay suficiente sangre en la escena. Si hubiese muerto aquí en la Calzada de los Muertos, habría perdido gran cantidad de sangre y la evidencia de eso estaría en el suelo alrededor de todo el cuerpo. No, fue asesinado en otro lugar, se desangró allí donde murió y después el cuerpo fue traído hasta acá y dejado donde se encuentra ahora, esperando que alguien lo encontrase. No solo eso. Las heridas en el pecho indican que se usó un arma poco común para matar al pobre hombre y para sacarle el corazón. Algo no encaja bien aquí, así es que sabré más cuando lleve el cuerpo a mi sala de autopsias.

—¿Un arma poco común? —repitió Tamayo—. Me temo, mi buen doctor, que estoy con vacaciones a partir de mañana, pero algo me hace pensar que este caso no permitirá que me marche dejando la investigación a alguien más. ¿Qué piensas, Juan?

—Si tienes que trabajar, amigo mío, lo entenderé y estaré muy complacido si puedo ayudar de alguna manera —respondió Morales.

—De acuerdo, lo hablaré con el jefe. Él puede dejar que ayudes de una manera semioficial si le digo que estás aquí. También sabe de tu historial en Parral, Juan. Ahora, doctor, ¿qué tanto nos puede decir de lo que sucedió aquí? ¿Y qué significa eso del arma poco común de la que nos habló?

Hernández respiró profundamente, como si necesitara llenar sus pulmones con aire fresco después de haber observado de cerca el cadáver durante un buen rato. Infló sus mejillas, exhaló ruidosamente y luego les dio a los detectives sus primeras impresiones del caso.

—Bueno, tal como les dije, fue asesinado en alguna otra parte, eso es un hecho, y lo hicieron con un cuchillo de ciertas características. Aún no estoy seguro, pero pienso que la hoja del cuchillo usado es poco común, no me pregunten por qué, todavía no. Las marcas alrededor de las heridas se ven diferentes a las de un apuñalamiento común o las marcas producidas por algún tipo de navaja quirúrgica, por ejemplo. Hay una cierta rugosidad en los bordes de la cavidad que no habría esperado encontrarme. No parece haber

ninguna señal de traumatismo en la cabeza, por lo que no puedo estar seguro si estaba vivo o muerto cuando su corazón fue extraído.

En ese momento, Tamayo y Morales se estremecieron involuntariamente. La idea de que alguien hubiese extraído el corazón de la víctima mientras aún estaba viva, o peor que eso, consciente, era demasiado terrible como para ser considerada. Hernández prosiguió.

—Tampoco hay señales de que se hayan usado pinzas en el pecho para abrir la cavidad torácica, por lo que quienquiera que hizo esto probablemente usó sus manos desnudas para desarmar la caja torácica después de abrirla.

—Doctor, usted hace que parezca como si estuviéramos tratando aquí con una especie de monstruo —observó Morales.

—Peor que eso —interrumpió Tamayo— esto tiene todo el aspecto de ser algún tipo de asesinato ritual. Podría tratarse de algún fanático religioso o de alguien con gusto por la historia.

—¿Historia? —preguntó Morales.

—Los aztecas, amigo mío, y de hecho los mayas, los olmecas, los toltecas, todas nuestras grandes civilizaciones del pasado se permitían realizar sacrificios humanos rituales. Los aztecas, en particular, sacaban el corazón de las víctimas del sacrificio antes de colocarlas sobre el altar sagrado para ser ofrecida a los dioses.

—Sí, pero ellos también desmembraban a sus víctimas, ¿no es cierto? —preguntó Morales.

—Y se comían las partes del cuerpo —agregó Tamayo.

—Los aztecas nunca vivieron o utilizaron la ciudad de Teotihuacán. Incluso no ha sido demostrado de manera satisfactoria que los antepasados que vivieron aquí practicaran sacrificios humanos, aunque sé que más de alguien lo cree así —intervino el médico.

—Entonces tal vez nuestro asesino no está muy al tanto de los detalles técnicos de la historia —conjeturó Tamayo.

—Se trata del cuchillo, ¿verdad, doctor? —preguntó Morales—. Usted dijo que creía que había algo inusual en los cortes. ¿Piensa que quienquiera que hizo esto utilizó un cuchillo azteca en lugar de uno moderno con hoja de acero?

—Es posible —replicó Hernández—. Los aztecas usaban cuchillos de obsidiana, una roca volcánica dura que ellos mismos pulían. No podían afilarla tan delgada como una hoja de acero y, por la forma en que fue seccionado el pecho de este pobre hombre, me atrevo a pensar que puede, repito, puede haber sido usado un cuchillo de este tipo.

—Para haber sido un pueblo que no conocía el caballo antes de la llegada de Cortés, que no usaba la rueda y que no tenía habilidades metalúrgicas en absoluto, fueron muy extraordinarios estos antepasados nuestros —dijo Tamayo con un tono de respeto en su voz.

—Ellos fueron más que eso —dijo Hernández—. Esculpieron su propia ciudad capital Tenochtitlán a partir de nada, construyeron la ciudad más asombrosa del continente americano y, probablemente, aún estarían con nosotros hoy día si no fuera por Cortés y sus conquistadores. Dejando a un lado su práctica de los sacrificios sangrientos, fueron un pueblo muy civilizado y culto.

—Y alguien allá afuera parece querer revivir sus métodos —dijo Morales.

Mientras los detectives y el médico forense continuaban con su conversación, el cuerpo del joven fue retirado respetuosamente del lugar frente a la imponente pirámide por los paramédicos que habían llegado con la ambulancia y los restos de la víctima iniciaron su viaje hacia la morgue de la ciudad, donde el doctor Hernández llevaría a cabo la autopsia.

Morales y Tamayo se despidieron del médico y este se dirigió por la Calzada de los Muertos hasta el sitio donde había dejado estacionado su coche. Luego iniciaron un exhaustivo examen de la escena, notando con cierta consternación la evidente falta de pistas en los alrededores del lugar donde había permanecido el cuerpo. No había ni una sola huella, excepto por unas pocas pisadas confusas de animales, comunes en tales sitios. Tampoco un arma asesina manchada de sangre, ni el rastro visible de algún coche o vehículo de cualquier tipo que hubiese transitado por la Calzada de los Muertos antes de abandonar el cuerpo en ese lugar.

En resumen, ambos detectives sintieron que estaban enfrentando uno de esos casos que, cada cierto tiempo, desconcierta a toda fuerza policial y que, a menos que el asesino se diera a conocer de algún modo o que asesinara otra vez dejando algún tipo de evidencia, ellos tendrían un arduo trabajo resolviendo el enigma del cuerpo abandonado sin miramientos, aunque posiblemente asesinado con mucha ceremonia, en el corazón de la ciudad de los dioses.

Tamayo ordenó a los oficiales del lugar que realizaran una búsqueda en el área circundante, después de lo cual él y Morales se dirigieron hacia el lado sur de la Pirámide del Sol donde se ubica el moderno museo de sitio que representa la historia de la ciudad. Como era de esperarse, las puertas estaban cerradas y permanecerían así hasta que la policía permitiera nuevamente el acceso al lugar.

—Creo que debemos consultar con el conservador del museo, o director o como quiera que se llame el encargado de este lugar —dijo Tamayo a su amigo.

—¿Acerca de sus conocimientos históricos? —preguntó Morales.

—Tal vez —replicó Tamayo—. Necesitamos saber si podría haber algún significado en el hecho de que el cuerpo haya sido colocado al pie de la pirámide y si aquí ocurrió algún otro sacrificio sangriento anteriormente. Ya sé que la creencia generalizada dice que esto no se practicaba, pero últimamente ha habido artículos en la prensa acerca de descubrimientos hechos recientemente que sugieren que en el pasado pueden haber ocurrido estos hechos aquí.

—¿Realmente piensas que estamos enfrentándonos con un asesino que cree estar recreando los ritos de los sacrificios aztecas?

—Aún no estoy seguro qué pensar, Juan. ¿Por qué el asesino se daría el trabajo de cometer el crimen en algún otro lugar y luego trasladar el cadáver hasta acá para que lo encontráramos entre las ruinas? Tiene que haber alguna razón para ello, aunque eso es algo de lo que no tengo ninguna idea por el momento.

—Él, ella o ellos fueron lo suficientemente hábiles para no dejar ni la más mínima evidencia, amigo mío —dijo Morales.

—¿Tú crees que puede haber más de un asesino?

—No es fácil trasladar un cadáver, Cisco, eso lo sabes. Literalmente, sería un peso muerto. Como no hay evidencia en este momento de algún vehículo, es posible que el cuerpo haya sido transportado por toda la Calzada de los Muertos y eso debió emplear a más de un hombre o una mujer. Pero no tenemos evidencia de huellas y trasladar un cuerpo pesado seguramente implicaría dejar hendiduras en el terreno, incluso si el asesino usó algún calzado liviano o si caminó descalzo.

—Obviamente tienes razón —indicó Tamayo— y también es correcto mantener la mente abierta en cuanto al género de nuestro asesino. Eso podría indicarnos que tan solo se trata de una amante celosa o de una esposa abandonada o traicionada, aunque los métodos empleados son un tanto extremos para tal suposición. Además, debemos determinar el punto de ingreso a las ruinas por parte del asesino. Pudo haber venido desde el norte, del sur, o de algún punto por cualquier lado de la ciudad.

—Hay mucho trabajo por hacer, mi querido Cisco. También debemos establecer la identidad de la víctima, encontrar sus ropas y esperar el informe

de tu amigo, el doctor Hernández. Él puede arrojar más luz sobre el caso cuando finalice la autopsia.

—Estás en lo correcto, amigo. Por ahora, dejaremos a los oficiales en el lugar para que lleven a cabo el resto de la búsqueda, la que me temo será infructuosa, y nosotros regresaremos a la ciudad para intentar encontrar algún modo de identificar a la víctima, ¿estás de acuerdo?

—Una sabia decisión, Cisco, y tal vez deberías autorizar que se reabra el sitio. Después de todo, esta no es la escena del crimen y le estamos costando al gobierno un montón de dinero en ingresos turísticos al mantener alejados a los visitantes.

—También en eso tienes razón —reconoció Tamayo—. Por ahora, regresemos a la ciudad. Mañana volveremos aquí para conversar con el director del museo.

—Una buena idea, amigo mío, y mientras tanto esperemos que no haya más asesinos fantasmas aztecas flotando por los alrededores de la ciudad de los dioses, ¿te parece?

Mientras Morales y Tamayo se alejaban de Teotihuacán de regreso por la Calzada de los Muertos hacia el estacionamiento bajo un calor que aumentaba rápidamente, no podían haber sabido cuán proféticas probarían ser las palabras recién dichas por Morales.

Juan volvió la mirada hacia las grandes pirámides antes de entrar en el coche de Tamayo. Aun sin su antigua cubierta de color y esplendor, ambos detectives se sintieron impresionados por la grandeza y magnificencia del escenario, aunque las ruinas también les transmitieron la tristeza relacionada con la civilización perdida que habitó allí hace tanto tiempo. Lo que sea que sus habitantes presenciaron a través de los siglos, ahora tenían otra tragedia más que agregar a su historia.

Capítulo 4
Reflexiones

Las horas restantes de ese primer día de investigación resultaron ser tan frustrantes como infructuosas para ambos detectives. Todos los involucrados en la investigación apenas lograron un pequeño avance. Una búsqueda minuciosa del área circundante al sitio del descubrimiento del cuerpo no reveló ninguna evidencia o rastro en absoluto. Tampoco se encontraban más cerca de identificar a la infortunada víctima, pues el doctor Hernández había telefoneado a Tamayo para informarle que los resultados de la autopsia no estarían disponibles hasta el día siguiente. Junto con eso, y para colmo, Tamayo había sido notificado por su jefe que sus vacaciones serían pospuestas hasta que el caso pudiese ser resuelto porque no contaban con otros oficiales debidamente calificados y disponibles para dedicar su tiempo a tal investigación.

La única nota positiva que pudo ver Tamayo fue que el jefe de detectives, Luis Romero, aceptó gustosamente la ayuda de Juan Morales en el rol de asesor en el caso. Esto confirmaba la opinión de Tamayo acerca de la reputación de Morales, la que había llegado incluso hasta estamentos superiores de la jefatura de la división de detectives en la capital, un hecho por el cual Tamayo sintió profundo orgullo en nombre de su amigo. Juan se mostró muy complacido con este giro de los hechos, pues tendría la oportunidad de trabajar una vez más con su viejo amigo.

Al refrescar la tarde, ambos detectives decidieron cambiarse su ropa bañada en sudor y, luego de una ducha, se vistieron con ropa menos formal: camiseta y pantalones cortos para Tamayo y camiseta blanca de manga corta con pantalones deportivos de lino *beige* para Morales. Luego Tamayo se dispuso a preparar la cena. Ninguno había comido algo en todo el día y el hambre les carcomía el estómago.

Cuando finalmente se sentaron relajados ante un plato de enchiladas acompañado con generosas cantidades de cerveza, Tamayo retomó el tema

acerca del caso.

—Esto es un misterio, no hay duda, Juan, y definitivamente no me gustan los misterios.

—Sé a qué te refieres, mi viejo amigo. Podría ayudar en algo si supiéramos quién era la víctima y dónde lo mataron. Si pudiésemos encontrar algún motivo para el crimen, entonces al menos tendríamos un punto de partida para la investigación.

—Entonces el asunto es cómo llegamos allá. Alguien llevó el cuerpo hasta Teotihuacán y lo depositó sobre la Calzada de los Muertos, aunque no hay rastros evidentes de cómo llegaron allá o cómo trasladaron el cuerpo hasta el frente de la pirámide. Además, Juan, está el modo cómo mataron a la víctima. Alguien hizo un gran esfuerzo para recrear un sacrificio como el de los aztecas. ¡Madre de Dios!, amigo mío, incluso el doctor Hernández cree que el asesino utilizó un cuchillo de obsidiana.

—Y lo que es peor, Cisco, para sacar el corazón del pobre hombre, probablemente mientras aún estaba vivo. ¡Eso es más que cruel, es bárbaro! Sé que los aztecas lo hicieron así y que en parte somos sus descendientes, pero de seguro tales cosas solo forman parte de nuestra historia y deberían permanecer allí.

Tamayo asintió con un gesto y su mirada se dirigió hacia el cielo como si buscara inspiración allá en lo alto.

—Mañana tendremos más información, Juan. Hernández habrá finalizado la autopsia y nosotros regresaremos a Teotihuacán a conversar con el director del museo.

—¿Para revisar el aspecto histórico del sacrificio humano?

—Sí, entre otras cosas, amigo mío. También debemos mostrar alguna foto de la víctima para saber si alguien del personal del museo o alguno de los guías del lugar vio alguna vez al hombre antes por allí. Puede haber sido algún asiduo visitante o un estudiante de la historia de la ciudad en ruinas. Alguien puede haberlo visto y, si es así, necesitamos saberlo.

Mientras estaban allí sentados reflexionando acerca del giro inusual que había ensombrecido el primer día de Morales en la capital, el gato Jerry, por iniciativa propia, se deslizó hacia el detective de Parral y comenzó a restregarse contra la pierna derecha de Juan antes de saltar sobre el sofá junto al detective. Después de evaluar la situación, cautelosamente saltó sobre su regazo, donde procedió a enroscarse hasta dormirse ronroneando suavemente.

—Parece que has conseguido un nuevo amigo, Juan —dijo Tamayo—. Espero que no te importe tener pelos de gato en tu ropa, amigo mío.

—Vamos, Cisco, somos policías, ¿o no? He tenido cosas mucho peores sobre mi ropa, al igual que tú. Está bien, dejemos que duerma por un rato. No me preocupa, en serio.

—Me alegra que tú le gustes, amigo —sonrió Tamayo—. Dicen que los gatos son intuitivos. Sabe que eres un amigo y que puede confiar en ti.

—Eh, Jerry, amigo mío —dijo Morales dirigiéndose al gato—. Me alegra tener un nuevo amigo en mi primer día en Ciudad de México. Tal vez tú puedes ayudarnos con este caso tan extraño, ¿te parece? Puedes dormir sobre mi cama de nuevo, si lo quieres, y susurrarme al oído tus ideas acerca del crimen mientras yo duermo.

Tamayo rio con ganas.

—Creo que te has vuelto un poco loco con demasiada cerveza, amigo mío —dijo riendo—. Tal vez deberíamos irnos a dormir y retomar nuestra tarea mañana.

—De acuerdo, Cisco, mi querido amigo —dijo Morales, mientras se levantaba sigilosamente del sofá con paso vacilante para no despertar al gato. Pero Jerry de inmediato sintió su movimiento y, con la agilidad que caracteriza a su especie, se lanzó al piso y se escabulló hacia el dormitorio antes que Morales hubiera dado dos pasos.

Para cuando Juan llegó a su cuarto, Jerry ya se había acurrucado formando una apretada bola que dormía cómodamente sobre la cama y no pasó mucho tiempo antes de que Morales se le uniera durmiendo plácidamente. Había sido un largo día y el siguiente podía ser aún más largo.

Al dirigirse hacia su propio cuarto, Cisco Tamayo se detuvo a observar a su amigo y sonrió ante la imagen del detective de Parral junto al gato, probablemente sus dos mejores amigos en todo el mundo, durmiendo juntos pacíficamente. Sintiéndose un poco embriagado por la cantidad de cerveza que había bebido, se apoyó contra la pared mientras caminaba hasta su cuarto, donde no pasó mucho tiempo antes que también cayera en un sueño profundo, interrumpido por imágenes de la terrible escena que había presenciado a primera hora del día.

Incluso mientras dormía, Tamayo tuvo la extraña sensación consciente de que no habían oído por última vez lo que el asesino del joven en Teotihuacán tenía que decir.

Cuando la luna se deslizaba cruzando los cielos oscuros de Ciudad de México y las sombras de las ruinas de Teotihuacán arrojaban misteriosos reflejos de las pirámides sobre la Calzada de los Muertos, mientras los mexicanos del siglo veintiuno, al igual que Tamayo y Morales, dormían en

sus tibios y cómodos hogares, ocurrían algunos sucesos que confirmarían trágicamente la premonición de Tamayo inducida por el sueño.

Capítulo 5
Amanece un nuevo día

Cuando Juan Morales despertó, los primeros rayos luminosos del sol de la mañana caían en cascada a través de la ventana, arrojando su calidez en el cuarto.

Jerry aún dormía plácidamente respirando con suavidad en la misma posición fetal que había adoptado la noche anterior y se negaba obstinadamente a despertar tan solo porque Morales hubiese escogido levantarse tan temprano.

Juan pudo oler algo apetitoso que provenía de la cocina y, dejando a Jerry que continuara con su felino sueño, caminó sin hacer ruido por el pasillo hasta encontrarse con la agradable imagen de Francisco Tamayo muy afanado friendo huevos y haciendo tostadas. Ambos detectives parecían compartir ese peculiar rasgo de los policías en todo el mundo: la capacidad de beber profusamente la noche anterior y despertar aparentemente libres de resaca. Podía ser exasperante para otros, pero ellos no parecían sufrir el terrible dolor de cabeza, la boca seca y la sensación de letargo que otros simples mortales se veían forzados a soportar después de una noche de beber en exceso.

—¿Dormiste bien, amigo mío? —preguntó Tamayo.

—Como un tronco, Cisco. Jerry aún duerme. Ese gato tuyo disfruta mucho de sus comodidades, ¿verdad?

—Sí, pero no te preocupes. Estará aquí pronto cuando escuche que raspamos los platos. Se asegurará de que quede un poco menos de basura cuando hayamos terminado de comer.

Tamayo agregó patatas y cebolla fritas a la sartén y en otra, una lata de frijoles.

—Huele delicioso —dijo Morales.

—Pensé que debíamos alimentarnos bien esta mañana. Puede ser otro día largo.

—¿Tienes alguna nueva idea respecto al caso?

—Te diré una cosa, Juan, a pesar de lo cansado que estaba anoche, no pude evitar pensar en ese joven asesinado, arrojado allí con sus entrañas expuestas al sol de esa manera. Tiene que tratarse de un bastardo frío y despiadado el que estamos buscando, capaz de hacer eso con alguien que aún está vivo.

—¿Supones que la idea del doctor Hernández es correcta en ese sentido?

—Él es un buen profesional, uno de los mejores, y si dice que la víctima estaba viva al momento de arrancarle el corazón, entonces debo creer que sus descubrimientos finalmente lo confirmarán. No es alguien que suela hacer conjeturas al azar.

—Entonces, amigo mío, de verdad se trata de un asesino frío y calculador el que debemos buscar. ¿A qué hora partiremos hacia las ruinas?

—Tan pronto como desayunemos, nos bañemos y nos vistamos.

—Entonces, manos a la obra.

Después de disfrutar de un cálido desayuno, se vistieron y, luego de que Tamayo expulsara a un perezoso Jerry fuera de la habitación hacia la escalera de incendios con el propósito de que se ocupara de sus asuntos felinos de la mañana, ambos amigos pronto se pusieron nuevamente en camino hacia las ruinas de Teotihuacán.

Luego de estacionar el coche en el mismo lugar del día anterior, Tamayo y Morales se dirigieron al museo, deteniéndose un momento para observar el lugar donde había sido descubierto el cadáver, con la esperanza de que se presentara ante ellos alguna pista, algo que hubiesen pasado por alto. Sin embargo, nada apareció y cinco minutos más tarde se hallaban sentados cómodamente en la oficina del señor Héctor Elizondo, director del museo histórico de Teotihuacán.

Una vez que manifestó cuánto lo alteraba el impresionante descubrimiento del día anterior y, en respuesta a las consultas de los detectives, Elizondo expresó sentirse muy complacido por cooperar entregando sus conocimientos históricos del sitio sobre el cual había sido construido su museo.

—Verán, señores —dijo el director— Teotihuacán ya se encontraba en ruinas en la época de Moctezuma. Fue llamada la Morada o la Ciudad de los Dioses por el pueblo azteca, aunque incluso ellos nunca supieron quién la construyó ni cuándo lo hicieron.

Los aztecas pensaban que la ciudad pudo haber sido construida por una raza de gigantes, pero lo cierto es que a Hernán Cortés se le atribuye el mérito de ser el descubridor europeo de la ciudad.

Existen aquí más de dos mil estructuras que abarcan más de veintiún kilómetros cuadrados, en los cuales había mercados, bloques de apartamentos, calles pavimentadas y alcantarillado. Lo que se les ocurra, ellos lo tenían.

En su apogeo, Teotihuacán probablemente fue la ciudad más moderna del mundo. Su población sobrepasaba los doscientos mil habitantes en su época de mayor expansión.

Esta ciudad fue una metrópoli próspera, caballeros, y las pirámides, junto a casi todos los edificios, fueron gloriosamente decoradas y pintadas de tal manera que los colores de la ciudad podían ser visibles desde muchos kilómetros de distancia.

—¿Realizaron aquí sacrificios humanos? —preguntó Morales.

—Ah, bien, es una buena pregunta —replicó Elizondo—. En una época, los expertos pensaron que aquí no se hacían sacrificios, que los teotihuacanos eran una civilización demasiado culta y avanzada como para practicar sacrificios sangrientos, pero en los últimos años ha habido una nueva línea de pensamiento en la dirección opuesta. A partir de muchas de las representaciones y esculturas halladas aquí en la ciudad, se sabe que varias civilizaciones posteriores, como los toltecas, los olmecas o los aztecas, por ejemplo, veneraron a algunos de los mismos dioses de los habitantes originarios de la ciudad. Se han encontrado restos de más de cien personas en veinticinco fosas comunes en la base de la Pirámide de la Serpiente Emplumada. El hecho de que algunos de los esqueletos se hallaran con sus muñecas atadas a la espalda ha llevado a los historiadores a creer que esos individuos fueron víctimas de algún sacrificio humano, aunque posiblemente no en la misma escala que los sacrificios aztecas años más tarde. Por lo tanto, la respuesta a su pregunta, capitán, es sí, creo que aquí se realizó algún tipo de sacrificio humano, si bien a menor escala.

—Gracias, director —prosiguió Morales— y ahora debo preguntarle si ha ocurrido algo inusual en las inmediaciones de la Pirámide del Sol en los últimos días. ¿Ha tenido algún visitante en particular que haya hecho preguntas acerca de sacrificios humanos o que mostrara un interés poco común en la historia de la ciudad?

—Capitán, compréndame usted —dijo el director—, yo considero cualquier interés en nuestro sitio como algo bienvenido y totalmente normal, ya sea de nuestra propia gente como de los miles de turistas extranjeros que nos visitan cada año. Nunca podría clasificar el interés de alguien en Teotihuacán como algo inusual.

—Por supuesto que no. Lamento mi estúpida pregunta —dijo Morales disculpándose.

—Señor Elizondo —intervino Tamayo, quien había estado en silencio permitiendo que Morales siguiera su propia línea investigativa hasta ahora—, ¿conoce a este hombre?

Tamayo le alcanzó al director una copia de la fotografía que había tomado del hombre muerto en cuanto llegó a la morgue.

El director del museo miró fijamente durante un largo rato la foto antes de hacer un gesto negativo con su cabeza.

—Lo siento. Hasta donde yo sé, y mi memoria generalmente es muy buena cuando se trata de rostros, nunca he visto antes a este joven. ¡Qué tragedia para él y para su familia! ¿Saben quién es o, más bien, quién era?

—Aún no, director, pero lo identificaremos pronto, de eso estoy seguro.

—Por el bien de su familia y por el descanso eterno de su alma, rezo porque lo logre, capitán.

—Necesitamos interrogar a todos los empleados del museo, a los guías turísticos y a todos los que trabajan en los alrededores de la ciudad, si usted no tiene objeción.

—Por supuesto. Converse con quien desee. Esperemos que no les tome mucho tiempo resolver este crimen tan bárbaro. Le aseguro que mi personal y yo haremos todo lo que podamos para ayudarle, capitán.

Tamayo pensó que había poco más que el director pudiera hacer para ayudarles en esa etapa de la investigación y entonces ambos detectives se despidieron de él y, luego de un breve vistazo a los diversos objetos expuestos en el museo, nada de lo cual les sugirió algo de ayuda, comenzaron un lento y metódico paseo por las avenidas y edificios en las inmediaciones de la Pirámide del Sol.

—Entonces, no eran un pueblo tan pacífico como pensábamos —dijo Tamayo.

—Al parecer, no —replicó Morales—. Aunque no tan sanguinarios como aquellos que los siguieron, tal vez.

—Mmm, pero ¿cuál es la conexión con nuestro asesino o con la víctima?

El sol se había elevado muy alto en el cielo mientras ellos estaban en la comodidad de la oficina del director del museo con aire acondicionado y los edificios en ruinas de la ciudad completamente desierta parecían estar bañados de un resplandor etéreo mientras ellos disfrutaban de la luz que se reflejaba en el pavimento de la Calzada de los Muertos y en las calles pavimentadas aledañas.

Ambos estaban conscientes del gran peso de la historia que los rodeaba mientras caminaban. Morales levantó la vista hacia la cúspide de la Pirámide del Sol y en su mente la imaginó en toda su gloria y esplendor, revestida de oro reluciendo al sol, asombrando a todos quienes contemplaban su grandeza.

Mientras caminaban hacia el norte a lo largo de la Calzada de los Muertos en dirección al impresionante edificio de la Pirámide de la Luna, el sonido del teléfono de Tamayo repiqueteando en su bolsillo hizo que ambos hicieran un alto en su camino mientras él respondía y escuchaba atentamente la voz del doctor Hernández.

Morales no necesitó preguntar si los resultados de la autopsia estaban listos. Pacientemente se hizo a un lado mientras Tamayo escuchaba con atención el informe del médico a través del teléfono. Dejó que sus ojos se deleitaran nuevamente con el esplendor histórico de su entorno, la belleza pura del trazado simétrico de la gran ciudad, la energía de la atmósfera de las pirámides y de los templos que se extendían tan lejos como los ojos podían ver y permitió que la impresionante grandeza de Teotihuacán llenara su mente, alejara los pensamientos del sangriento asesinato tan solo por unos pocos minutos, hasta que oyó la voz de Tamayo en la distancia despidiéndose del doctor Hernández.

—Sí, doctor, gracias, así lo haré. Regresaré y lo veré cuando vuelva a la ciudad. Puede contarme más cuando regresemos, ¿de acuerdo?

Tamayo tenía una mirada resignada cuando se giró para enfrentar a su amigo, como si todo lo que había temido se hubiese confirmado en esos pocos minutos de conversación con el médico.

—Las sospechas de Hernández eran correctas, Juan —dijo Tamayo—. Encontró rastros de obsidiana en la herida, por lo que definitivamente estamos buscando a un asesino que sigue un ritual o a alguien que desea que así lo creamos. Además, la víctima estuvo inconsciente por algún tiempo antes de ser apuñalada. El contenido estomacal mostró que había bebido cierta cantidad de tequila y que había ingerido un alimento a base de chile seis horas antes de su muerte, pero también contenía altas concentraciones de diazepam, por lo que al parecer fue drogado a través del alimento o de la bebida antes de ser asesinado. Hernández asegura que en grandes dosis, el diazepam es un efectivo relajante muscular, y él cree que es probable que la víctima haya recuperado la conciencia, aunque permanecía incapacitado por efectos de la droga, cuando le abrieron el pecho para sacarle el corazón.

—Agg, ¡qué repugnante! —exclamó Morales—. Una verdadera dulzura este tipo, ¿eh, Cisco?

—Así es, amigo, nos enfrentamos a un bastardo vicioso y sádico.

—¿Tenemos alguna idea de quién era la víctima?

—Hernández dice que no había nada en el cadáver que ayudara a identificarlo, ni cicatrices, ni algún trabajo dental distintivo, nada de nada, me temo.

Justo en ese instante, el teléfono de Tamayo comenzó a llamar nuevamente. Esta vez era el detective Manuel Torrado, a quien Juan había conocido brevemente en la oficina el día anterior.

La llamada duró menos tiempo que la del médico y cuando Tamayo colgó, lucía una especie de sonrisa en su rostro.

—Bueno, ¿qué te parece esto, amigo mío? Al parecer podemos contar con una identificación después de todo. Hace una hora, una señora llamada Conchita Juárez acudió a la oficina central para informar que su hijo está desaparecido. Bernardo Juárez tiene veintidós años, lo que se ajusta de cierta manera con la edad de nuestra víctima y también coinciden su estatura y el color de su cabello. El muchacho no llegó a casa después del trabajo hace dos noches y cuando no se presentó a trabajar ayer su jefe telefoneó a la madre, quien pensaba que tal vez se había quedado en casa de un amigo. De inmediato ella se dio cuenta de que algo andaba mal, pues Bernardo nunca se ausentaría del trabajo sin una explicación y entonces comenzó a preocuparse. Cuando nuevamente no llegó a casa anoche y esta mañana seguía sin saber nada de él, decidió acudir a nosotros. Torrado le ha pedido que espere allá hasta que yo regrese a la oficina. La pobre mujer debe estar como loca de pena y preocupación.

—¿Por qué no llamó antes? —preguntó Morales, aunque ya sabía la respuesta.

Como si confirmara sus pensamientos, Tamayo simplemente le respondió:

—Ya sabes lo que piensa de nosotros la gente más pobre.

Morales asintió, resignadamente. En todo el país se aplicaba el antiguo patrón. Existía la sospecha de que la policía no era realmente imparcial, que la gente más pobre recibía menos atención que las personas adineradas. Aunque esto puede haber sido real en algún momento, ciertamente no era aplicable en el México actual, al menos no en las grandes ciudades, y tanto Tamayo como Morales estaban plenamente conscientes de que pasaría mucho tiempo antes de que desapareciera este viejo prejuicio popular hacia toda la policía en su conjunto.

Podían imaginar a la pobre mujer sentada en su casa, esperando en vano que su hijo regresara y armándose de valor para acudir a la estación de policía

solo cuando tuvo la certeza de que algo andaba espantosamente mal.

Su demora, aunque ella no lo sabía y ellos nunca se lo dirían, pudo haberle costado la vida a su hijo. Si hubiese reportado su desaparición veinticuatro horas antes, tal vez, y solo tal vez, ellos podrían haberlo encontrado antes de que su asesino tuviera tiempo para finalizar su obra mortal.

Por ahora, ambos detectives debían regresar lo más rápido que pudieran a la oficina central. No querían hacer esperar a la señora Juárez.

Capítulo 6
El dolor de una madre

Mientras el maltrecho y antiguo VW escarabajo de Tamayo rodaba con dificultad de regreso a Ciudad de México, Morales reflexionaba acerca de los caprichos del destino. Ciertamente este no era el modo como él había planificado sus vacaciones con Cisco Tamayo, aunque tuvo que admitir que se sentía intrigado por el caso en cuestión.

La información proporcionada por el doctor Hernández no resultó ser muy detallada después de todo, pero les dio suficiente con lo que proseguir. Morales se sintió horrorizado con la idea de que el asesino había drogado a la víctima solo lo suficiente como para someterlo, pero sin dejarlo completamente inconsciente. Así el pobre hombre estaba en condiciones de sentir el insoportable dolor de su pecho siendo abierto con un cuchillo de obsidiana, sintiendo que su propio corazón palpitante era cortado y arrancado de su cuerpo mientras él respiraba dificultosamente por última vez.

Juan podía reconocer el trabajo de un bastardo enfermo cuando lo veía y no tenía duda de que en este caso a cargo de Tamayo, estaban enfrentándose a uno de los más locos y sádicos asesinos con que alguna vez se hubiera cruzado.

Sentado en el coche junto a su amigo, preguntó a Tamayo:

—Cisco, ¿cómo puedes estar seguro de que esta señora con la que nos reuniremos es una mujer pobre? Mencionaste a los pobres y su relación con la policía, pero ¿cómo sabes que ella encaja en esta categoría?

—Ah, amigo mío, verás, el bueno de Torrado me dio su dirección. Ella vive en la Avenida Hidalgo, en un pequeño suburbio del lado este de la ciudad. No es un lugar muy acaudalado, ¿me comprendes?

Morales lo entendía demasiado bien. Todas las ciudades de México poseen algún barrio de menos recursos donde aquellos que no cuentan con un buen trabajo o con suficiente dinero en el banco, a menudo se apiñan en

entornos que distan mucho de ser perfectos. Obviamente la familia Juárez residía en una zona de esas.

Diez minutos más tarde, y después de haber estacionado el escarabajo en un lugar seguro y vigilado junto al edificio de la oficina central de la policía, Tamayo y Morales se hallaban en una sala de entrevistas sentados frente a una llorosa y asustada Conchita Juárez.

Aparentaba tener entre cuarenta y cuarenta y cinco años, iba ataviada con un vestido sencillo, pero limpio, estampado con flores verdes y rojas, y calzada con simples zapatos bajos que seguramente habían conocido mejores días. Su cabello caía sobre los hombros, como si hubiese olvidado cepillárselo antes de salir de casa, dándole un aspecto salvaje y descuidado.

Morales sabía que la pena, o al menos la terrible posibilidad de un sufrimiento, esa enorme incertidumbre, podía hacer estragos en la apariencia de una persona y él vio todos esos signos en la mujer. Pensó que faltaba muy poco para que la situación provocara un colapso emocional definitivo en Conchita Juárez.

No les tomó mucho tiempo establecer que Bernardo, el hijo de la pobre mujer, era ciertamente la víctima del brutal asesinato en la Calzada de los Muertos. Tamayo le mostró la fotografía que había tomado el día anterior y la imagen del rostro de su hijo muerto de inmediato llevó a la infortunada mujer a un paroxismo de dolor. Sus lágrimas cayeron sin cesar durante dos largos minutos, antes de que lentamente recobrara algo de compostura y asintiera con un gesto confirmando finalmente con horror que el hombre muerto era su hijo.

Tamayo se sentía incómodo cuando se exteriorizaban las emociones que siempre acompañaban tales hechos. No importaba cuántas veces se había visto involucrado en estos casos; siempre sentía que era difícil enfrentarlos. Morales se levantó de su asiento y, rodeando la mesa, colocó su brazo sobre el hombro de la afligida madre para consolarla.

—Siento mucho su pérdida, señora —dijo con voz tranquila y consoladora —, pero debemos hacerle más preguntas. Sus respuestas nos ayudarán a descubrir quién le hizo esto tan terrible a Bernardo.

La afligida mujer respiró profundamente y enderezó los hombros en un esfuerzo sobrehumano por mantener su autocontrol y dignidad en medio de tal adversidad. Morales estaba impresionado por el coraje y la fortaleza mostrada por ella en un intento valiente por impedir el quiebre inevitable que él sabía que, de seguro, la golpearía muy pronto.

Al ver cómo luchaba la mujer con cada respuesta ante el cúmulo de preguntas que él y Tamayo le hicieron por más de veinte minutos, Juan se hizo a sí mismo una promesa: encontraría a quienquiera que hubiese hecho esto tan terrible. Entregaría a la justicia al asesino, al carnicero de Bernardo Juárez, simplemente para ayudar a esta mujer, que, aunque podía tratarse de alguien pobre, mantuvo el último atisbo de voluntad y autocontrol mientras valientemente prestaba atención a ambos detectives, cooperando con mucho esfuerzo para ayudarlos a resolver el asesinato de su hijo.

Viuda por muchos años, Conchita Juárez había criado a su hijo sin ayuda desde que él tenía cinco años. Ahora estaba sola en el mundo y ambos detectives sabían que tan pronto como abandonara el edificio de oficinas, se derrumbaría completamente inconsolable en su dolor.

Por ese motivo, Tamayo se aseguró de que un coche patrulla con una mujer policía a bordo estuviera preparado para llevar a la pobre mujer a su casa cuando finalizase el interrogatorio. La mujer policía tenía instrucciones de permanecer con la afligida madre, en su hogar, al menos hasta que recobrase un poco la compostura.

Sin embargo, a pesar de sus preguntas, los detectives descubrieron que ella no había podido proporcionarles más información que les sirviera de ayuda.

—Mi Bernardo era un buen muchacho.

A los ojos de una madre, siempre lo eran.

—No consumía drogas.

Al menos, que ella supiese.

—Difícilmente bebía un trago y trabajaba duro para mantenernos a él y a mí, capitán. Tenía pocos amigos y supuse que había estado con uno de ellos la primera noche cuando no llegó a casa.

Tal como lo pensaron en un comienzo, la mujer no había reportado su desaparición en un principio debido a su temor a la policía, lo que ahora sabía que era infundado, y se había acercado a ellos para reportar su ausencia cuando se tornó evidente que algo andaba realmente mal.

—Lo siento tanto. Si hubiese actuado más rápido, tal vez Bernardo aún estaría aquí.

Ninguno de los hombres reaccionó ante sus palabras de autocrítica, temerosos de aumentar el peso de su culpa.

—Bernardo nunca se alejaba de casa tanto tiempo sin comunicarse conmigo y decirme dónde se encontraba, con quién estaba y cuándo regresaría a casa.

Ella no conocía a nadie que quisiera hacerle algún daño a su hijo. No tenía enemigos que ella supiera. Al fin y al cabo, él tan solo trabajaba en una tienda de libros. ¿Quién querría lastimar a su pobre Bernardo?

Finalmente Tamayo fue quien condujo a la pobre mujer hasta la morgue para que identificara formalmente el cuerpo. Morales todavía no conocía el camino. Fue Tamayo quien se encargó de acompañarla hasta el coche que la llevaría a su casa a una vida de soledad y dolor, y fue Tamayo, el fuerte y macho Tamayo, quien se secaría una lágrima de su mejilla cuando la figura encogida de Conchita Juárez desapareció de su vista en el asiento trasero de aquel coche patrulla que se perdió en el tráfico alejándose del edificio de la policía.

Cuando regresó a su oficina con un firme propósito que coincidía con el de Morales, se encontró con su amigo participando animadamente en una charla con Torrado. Su intuición le dijo que algo había ocurrido provocando tal agitación en los dos hombres. Al acercarse a ellos, Morales notó su presencia y le anunció a su amigo sin ningún preámbulo:

—Cisco, ha habido otro caso más.

Capítulo 7
Cuahátal

Cuatro horas antes del descubrimiento del segundo cuerpo, el hombre que se hacía llamar Cuahátal se movía silenciosamente sobre el suelo empedrado del sótano de su casa en la zona de Ciudad de México conocida como Coyoacán, con la sangre de su última víctima goteando de sus manos mientras caminaba.

Las paredes empedradas de la sala mostraban representaciones, pintadas en diversos colores, de símbolos e inscripciones antiquísimas, muchas de las cuales podían hallarse en las paredes interiores de las grandes pirámides de Teotihuacán.

Cuahátal sentía un enorme orgullo por haber creado una auténtica recreación del interior de un templo del sumo sacerdote. Por ahora, sin embargo, allí quedaba mucho trabajo por hacer.

Al bajar la vista, pudo ver sus brazos empapados con la savia roja de la joven mujer que se había convertido recién en su última ofrenda a los dioses de sus antepasados. Desde las muñecas hasta la punta de los dedos, su piel estaba manchada de rojo puro producto del esfuerzo por llegar hasta el interior de la cavidad torácica de la muchacha con el objeto de extraerle el corazón vivo y palpitante para la ofrenda.

El cuerpo sin vida de la joven yacía sobre una losa de concreto y se distinguía solo gracias a las siniestras correas de retención en manos y pies empotradas en cada esquina de la estructura.

En medio del piso del sótano se encontraban las reproducciones realizadas por Cuahátal de la piedra sacrificial y de un antiguo Chac-Mool más pequeño, el receptáculo utilizado por los antiguos habitantes de Mesoamérica para ofrecer el corazón de sus víctimas a los dioses.

Fue en el centro de esta estructura donde Cuahátal depositó el corazón aún tibio de la joven, antes de comenzar con los conjuros que santificarían la ofrenda haciéndola aceptable para los dioses. Envuelto en la capa y en el atuendo de un sumo sacerdote de la antigua religión, con su máscara

sacerdotal, Cuahátal dio a cada palabra del servicio las debidas reverencias, y el sonido y entonación de su voz lo relajaron hasta un estado de trance mientras evocaba el rito ceremonial de tiempos inmemoriales.

Una vez satisfecho por haber conducido la ceremonia hasta un final perfecto, Cuahátal se enfocó en la siguiente etapa del procedimiento del día: la eliminación de los restos humanos de la víctima del sacrificio.

Para esto, se despojó de sus vestimentas sacerdotales y las dispuso en el cofre de madera tallado con complicadas incrustaciones. Cerró la tapa y susurró una oración de agradecimiento a los dioses, expresándoles su gratitud por permitirle ser su instrumento en la perpetuación de la antigua religión, por darle la fortaleza suficiente para cumplir con sus deseos y alabándolos para que le proveyeran pronto de la siguiente víctima.

Sabía que los dioses estaban sedientos de sangre y era su tarea, su misión sacerdotal proporcionarles lo que ellos necesitaban. Solo de ese modo él podría asegurar la continuación de la antigua religión y garantizar el paso seguro del día a la noche y el regreso otra vez a la luz diurna. La eterna lucha por la supremacía entre el sol y la luna debía ser controlada ofreciéndoles la sangre que los mantenía a cada uno en su lugar y evitaba que la catástrofe se dejara caer sobre quienes habitaban la Tierra.

Para deshacerse del cuerpo, primero lavó metódicamente sus brazos, muñecas y manos eliminando la sangre de la joven y luego, satisfecho por haber borrado cualquier rastro visible del ritual, se vistió con su atuendo familiar de todos los días.

Así fue como el sumo sacerdote Cuahátal pronto fue reemplazado por su contraparte actual, el hombre que nadie sospecharía que actuaba como instrumento de los dioses en la Ciudad de México del siglo veintiuno.

El cuerpo de la joven no era demasiado pesado, al menos no tanto como la primera víctima. El joven había sido toda una odisea, pero los restos de la muchacha los envolvió rápidamente con la lona impermeable «a prueba de sangre» que había adquirido específicamente para deshacerse del cadáver.

Luego de asegurarse de que el paquete estaba firmemente cerrado, trasladó el cuerpo subiendo las escaleras del sótano y lo depositó en el piso superior mientras abría la puerta para salir a la calle que se extendía por la parte de atrás de su casa.

Ubicada junto al Parque Viveros al oeste de Coyoacán, la casa había pertenecido a su familia por más de una centuria y había resultado el lugar ideal para que él construyera su propio templo a los dioses después de la muerte de sus padres dos años atrás. Además, se encontraba cerca de la

autopista principal que conducía hacia la ciudad de Teotihuacán, lo que resultaba perfecto para sus propósitos, su misión en la vida.

Satisfecho, pues la calle se encontraba desierta como debía ser a las cuatro de la madrugada, rápidamente trasladó el cadáver envuelto en la lona negra a la parte trasera de su camioneta Dodge que había estacionado lo suficientemente cerca de la entrada al sótano para facilitar la operación.

Arrojó a toda prisa una segunda lona sobre el cadáver y cargó también una cierta cantidad de herramientas en la cajuela de la camioneta.

El motor se encendió al primer giro de la llave y, luego de mirar a un lado y a otro de la calle una vez más asegurándose de que estuviera desierta, sin ningún testigo de sus movimientos, se puso en marcha hacia su destino.

Después de conducir durante una hora, llegó hasta un sendero desierto y poco conocido cerca de dos kilómetros antes del extremo norte de la ciudad de Teotihuacán.

Siguiendo por el sendero unos metros más allá, avanzó hasta un grupo de árboles y detuvo la camioneta en un claro que se extendía detrás. Miguel estaba esperando, como siempre, y rápidamente trasladó el cuerpo de la joven sobre las ancas del burro, siempre dispuesto, y ambos comenzaron su viaje.

Poco después, hombre y bestia llegaron a la parte trasera de la Pirámide de la Serpiente Emplumada, donde, al igual que con Bernardo Juárez, rápidamente trasladó el cadáver desde el lomo del burro hasta el suelo, retirándole el sudario de lona y dejando los restos de este último sacrificio a los dioses ancestrales donde de seguro serían encontrados apenas el sol se elevara sobre la Calzada de los Muertos.

Luego de permanecer por un instante junto al cadáver mientras recitaba una oración final a los dioses, Cuahátal regresó con Miguel hasta su lugar en el pequeño claro del bosque, lo alimentó con un manojo de heno que obtuvo de una pequeña pila que se encontraba allí, asegurándose de atar firmemente su ronzal a la estaca enterrada en el suelo.

Regresó a la camioneta, donde se tomó un minuto para recobrar la calma. Luego encendió el motor y se dirigió a casa para, nuevamente, cambiar sus ropas por su traje de trabajo. Así volvería a ser, una vez más, el mismo de todos los días.

Ahora tenía otro trabajo que hacer, más mundano, obviamente, y debía asegurarse de que nadie tuviese la más mínima razón para sospechar la verdad de su real existencia.

Mientras conducía, repasó la escena mortal una vez más, recordando a la joven que yacía desplegada como un águila sobre la mesa del sótano, con el

terror creciendo a cada segundo mientras él recitaba sus oraciones a los dioses.

Su casi desnudez había contribuido a aumentar ese terror, como era de esperarse, pues él sabía que la muchacha pensaba que sería violada o violentada de alguna manera, aunque tales pensamientos nunca estuvieron entre sus planes. Eso habría sido un sacrilegio y un insulto a los dioses. Su propio cuerpo permanecía puro y así estaría mientras tuviera una misión que realizar. Después de todo, cuando el ciclo de sacrificios hubiera sido completado, él aplacaría cada una de sus pasiones, como en los viejos tiempos. Había suficientes prostitutas en la ciudad para satisfacer tales lujurias terrenales, pero por ahora tenía un propósito superior y las necesidades de sus dioses eran su prioridad.

La muchacha había comprendido tan pronto como vio el cuchillo, la herramienta del sacrificio, que la muerte se cernía sobre ella y que nunca saldría viva del sótano.

Intentó gritar, más de una vez, pero las drogas que le obligó a ingerir habían hecho bien su trabajo. Movió la boca, pero ningún sonido salió de sus labios cuando el cuchillo cortó profundamente su pecho, entre sus senos, bajando hasta el extremo inferior del tórax. Se retorció aprisionada en sus ataduras cuando el dolor se apoderó de ella, pero las correas de sujeción que rodeaban sus muñecas y tobillos y una tercera correa transversal que Cuahátal le había cruzado sobre el vientre, la mantuvieron firme cuando procedió a abrir con fuerza su cavidad torácica.

La pobrecilla tuvo la fortuna de perder el conocimiento en ese preciso instante. Nunca sintió dolor cuando él buscó en su pecho abierto y rápidamente extrajo el tibio corazón palpitante, una necesidad fundamental para aplacar a sus dioses.

La cabeza de la joven colgaba hacia un lado, su vida se había extinguido, su lucha había finalizado, ¡y él sostenía en lo alto su trofeo!

En ese instante, giró bruscamente cambiando de carril debido a un par de bocinazos y a los potentes focos delanteros de un enorme camión con remolque que sorpresivamente obstaculizaron su visión. Se maldijo por su estupidez. Había permitido que su mente vagara sin rumbo perdiendo la concentración y eso podría haber resultado desastroso, como él sabía demasiado bien.

Rápidamente retomó su trayecto por el carril correcto avanzando lentamente con su camioneta.

Para despejar la mente de las imágenes del sacrificio, encendió el reproductor de CD y se dispuso a escuchar la música de diversas bandas de mariachis mientras ingresaba en las afueras de Ciudad de México. Pronto estaría en casa. Estaba a salvo, feliz y los dioses también lo estarían, pero sabía que debía dejar de lado esos pensamientos por ahora. El sumo sacerdote de los antepasados debía correr a casa.

Echando un vistazo a su reloj, se dio cuenta que estaba llegando un poco tarde y odiaría tener problemas en el trabajo.

Capítulo 8
Escalada de crímenes

El segundo cadáver había sido descubierto recién después de las once de la mañana por una de las guías del museo cuando llegó a trabajar.

Karina Domingo solía caminar los tres kilómetros que separaban su hogar del museo y en esa ocasión decidió hacerlo por la Calzada de los Muertos para cambiar un poco su rutina, en lugar de tomar su recorrido habitual, esperando disfrutar de la tibieza del sol y de la vista de la antigua ciudad antes de comenzar su trabajo en esa bella mañana.

Al pasar junto a la Pirámide de la Serpiente Emplumada, llamó su atención el sonido de unos resoplidos y gruñidos cercanos. Siguiendo el ruido, rodeó por un lado la pirámide hasta que vio a dos perros peleando por lo que parecía ser el esqueleto de un animal muerto. Se acercó al lugar del altercado ahuyentando a los perros y, con horror, se encontró ante el terrible espectáculo de los restos mutilados de una joven mujer con su cavidad torácica abierta a plena luz del sol de la mañana. Enjambres de negras moscas golosas ya se habían reunido para explorar el cadáver, ansiosas por el rico botín que obtendrían del difunto recién asesinado.

En un primer momento fue incapaz de apartar sus ojos del espeluznante descubrimiento y, pese a su miedo y repulsión inmediatos, apretó una mano contra su boca mientras el terror dominaba su mente y Karina Domingo corrió, gritando, hasta llegar al museo donde golpeó con fuerza la puerta de ingreso para el personal.

Ante los gritos de la mujer, el supervisor abrió y le permitió entrar casi al borde de un ataque de histeria. Karina prácticamente cayó en sus brazos con el rostro bañado en lágrimas y al buen hombre le llevó algún tiempo contener a la temblorosa muchacha, tranquilizándola y consolándola, antes de que ella pudiese contar el motivo de sus gritos y de su terror.

Finalmente logró calmarla lo suficiente como para que mantuviera un cierto grado de autocontrol y, dejándola sentada en una de las sillas para

visitantes, todavía sollozando con el rostro entre sus manos, rápidamente hizo una llamada telefónica alertando a la policía del lúgubre hallazgo.

—Me siento como un yo-yo —se lamentó Tamayo mientras él y Morales regresaban a Teotihuacán en el siempre dispuesto escarabajo—. Recién dejamos el lugar y aquí vamos otra vez a examinar otro cadáver.

—Así es, amigo mío —replicó Morales—. Al parecer estamos ante un asesino en serie, ¿estás de acuerdo?

—Se trata de un bastardo enfermo en serie, un fanático de la peor clase —maldijo Tamayo—. Dices que la llamada recibida especificaba que esta vez se trata de una mujer, asesinada de igual forma que la primera víctima. ¿Quién pudo hacerle eso a una mujer, Juan? ¿Con quién o con qué estamos tratando esta vez?

—Tu conjetura es tan buena como la mía, amigo mío, pero creo que necesitamos algo de ayuda en este caso. Tal vez un experto en la historia de la ciudad antigua y quizás con conocimientos de los aztecas, de los olmecas o de quién sea que está tratando de imitar este hijo de perra.

El resto del viaje transcurrió en silencio, cada uno perdido en sus propios pensamientos y reflexiones acerca de las consecuencias de que un posible asesino en serie anduviera suelto en las proximidades de las ruinas de la ciudad. Cada uno estaba perfectamente consciente del devastador efecto que tal situación podría tener sobre el turismo de Teotihuacán, porque, aunque, de hecho, los crímenes ocurrían en cualquier parte, nadie esperaría tener a los turistas tropezando con cadáveres mutilados en cada esquina del sitio histórico.

Al igual que antes, los oficiales ya se encontraban en el lugar cuando llegaron los detectives y la escena del crimen se hallaba acordonada esperando el examen forense. El doctor Hernández llegó casi al mismo tiempo que Tamayo y Morales, alcanzándolos en el estacionamiento, y juntos se dirigieron hacia la Pirámide de la Serpiente Emplumada. Aparte de un breve saludo entre ellos, apenas conversaron hasta llegar al lugar donde yacía el cuerpo de la joven.

Cada uno se tomó su tiempo con el objeto de prepararse mentalmente para lo que iban a presenciar. Aunque eran profesionales, también eran seres humanos y los tres sabían que, en este caso, se estaban enfrentando con algo bastante más sórdido que fuera de lo común. El silencio durante el breve trayecto hasta el sitio del suceso les permitió ordenar sus ideas.

Al llegar a la escena, se dividieron y el doctor de inmediato pasó bajo las cintas para examinar el cuerpo sin demora. Tamayo y Morales decidieron

hablar con el primer oficial que tomó el caso.

—¿Tocó alguien el cuerpo? —preguntó Tamayo a todos los reunidos en torno a la joven muerta y a los que esperaban, al igual que él y Morales, fuera del límite de la escena del crimen acordonado por la cinta.

—Nadie, señor —replicó un joven sargento que vestía el uniforme gris de la PFP, la Policía Federal Preventiva.

A pesar de su juventud, era evidente que el sargento pertenecía a la clase de oficial fuerte y sensato que conformaba la PFP, la fuerza nacional de la policía de México y, además, mostraba ser eficiente. Tamayo estaba sumamente orgulloso de haber sido miembro de la PFP durante tantos años y se sentía complacido al saber que la corrupción que dañaba algunas de las fuerzas locales en su país, había demostrado ser casi inexistente dentro de la fuerza nacional.

Si el sargento decía que nadie había tocado el cuerpo, Tamayo le creía. Hizo una nota mental del nombre del joven, escrito en el bolsillo superior izquierdo de su pecho. Recordaría al sargento L. Garrido. Siempre era conveniente conocer a buenos hombres, buenos oficiales de la policía.

—Este cadáver al menos tiene su identificación —dijo el doctor Hernández, al iniciar un cuidadoso examen del cuerpo.

—¿Qué? —dijo un sorprendido Tamayo, preguntándose cómo el médico podía identificar a la pobre chica que tan solo llevaba puesto una simple tanga blanca que apenas cubría su modestia y que no concordaba con la cruenta imagen de su pecho abierto y de la sangrienta cavidad interior, fácilmente visibles para los detectives desde su posición fuera de la cinta.

—Ella usa una pulsera internacional S.O.S. —aclaró el médico—. Su nombre es, o era, María Tévez, veinte años. Era diabética.

—¿Tiene alguna dirección en ella, doctor? —preguntó Morales.

—Sí, aquí —dijo el médico, entregándole al detective un trozo de papel que extrajo del interior de la pulsera. Morales le traspasó a Tamayo el trozo de papel largo y delgado que contenía los detalles personales de la joven. Su amigo sabría mejor que él ubicar la zona local donde encontrar la dirección.

Tamayo lo leyó y asintió con un gesto.

—Esta joven no vivía lejos de Bernardo Juárez —dijo en voz baja—, lo que nos indica que, al parecer, nuestro asesino vive o, al menos, caza su presa en esa zona antes de llevarla al lugar del crimen, donde los mata y luego los trae hasta aquí para deshacerse de los cuerpos.

—Eso es un comienzo, Cisco. Al menos sabemos un poco más que hace una hora atrás. Tenemos un lugar donde comenzar la búsqueda, si no hay

más.

La voz de Hernández interrumpió a ambos detectives.

—Me atrevo a decir que esta joven murió de la misma manera que la primera víctima. Lo sabré con seguridad cuando haga la autopsia, pero creo que no hay ninguna duda. Estoy seguro de que encontraré droga en su organismo. Pronto se los confirmaré. Capitán Tamayo, alguien está sacrificando gente joven de Ciudad de México para los dioses de nuestros antepasados. Esto debe detenerse.

—Así lo haremos, doctor, no tema. Mi amigo, el capitán Morales, y yo velaremos porque se logre, ¿no es así, Juan?

—Así es, Cisco, aunque sea lo último que hagamos. Esto no es correcto, no en estos días, ni en esta época. Quienquiera que esté haciendo esto, será encontrado. Lo haremos juntos, amigo mío. Le pondremos atajo a estos asesinatos sin sentido.

Tamayo estuvo de acuerdo y los dos avanzaron pasando bajo las cintas, para luego detenerse a observar el cuerpo de la joven. Ambos sintieron una gran repulsión al ver de cerca los restos de María Tévez. La auténtica inhumanidad exhibida por su asesino, tanto en la forma de matarla como en la manera despiadada de arrojar su cuerpo en ese lugar, dejaban un sabor amargo en la boca de ambos. Nuevamente el silencio parecía ser el único modo en que cada uno podía enfrentar tal imagen del cuerpo deformado y las fauces de la cavidad torácica abierta, donde claramente el corazón había desaparecido de su debido lugar.

Tamayo y Morales rápidamente revisaron el área alrededor del cuerpo sin encontrar pistas ni evidencias aparentes que pudieran ser útiles y, convencido de que el cuerpo no podía decirles nada más hasta ese momento, Tamayo hizo un gesto a los dos hombres de bata blanca que se encontraban del otro lado de la cinta, levemente apartados del pequeño grupo de oficiales de policía.

A la señal de Tamayo, los ayudantes forenses ingresaron para hacer su trabajo y, mientras, delicada y respetuosamente, retiraban el cuerpo de María Tévez, Tamayo y Morales se dirigieron al museo una vez más, dejando que el doctor Hernández acompañara el cadáver hasta la morgue, donde iniciaría un inmediato examen posmortem, aunque ambos hombres estaban muy conscientes de que los hallazgos probablemente serían idénticos a los de la primera víctima.

Cisco le había asegurado a su amigo que si alguien podía recomendar a algún experto calificado para asesorarles en el aspecto histórico de su

investigación respecto a asesinatos rituales, sería el director del museo, Héctor Elizondo.

De rostro ceniciento e impresionado, el director estaba horrorizado ante esta segunda profanación sacrílega de su amado Teotihuacán y se declaró muy complacido de ayudar a los detectives de cualquier manera que pudiera.

—Lo que sea que yo piense acerca del efecto que esto tendrá sobre la industria turística, tendrá que esperar, pues la prioridad es, obviamente, ayudarles a resolver los asesinatos de cualquier manera que pueda. Hay un monstruo suelto en mi ciudad, capitán, un monstruo que debe ser atrapado antes de que profane los terrenos de Teotihuacán con otro más de sus brutales intentos sacrílegos de recrear las prácticas de los ancestros. Para ello, la persona con la que debería conversar está justo aquí en este momento, capitán Tamayo —replicó en respuesta a la solicitud del detective—. Debe hablar con la profesora, doctora Sophia Kanakarides, de la Universidad de Arizona. Ella dirige un equipo de arqueólogos que se encuentra excavando diversos sitios en torno a la Pirámide de la Serpiente Emplumada. A todos ellos se les mantuvo alejados del lugar después del descubrimiento del cadáver, a pesar de que estaban trabajando, por así decirlo, lejos de la zona donde fue hallado el cuerpo, en el perímetro oriente de la pirámide y sus alrededores.

—Su nombre parece griego —dijo Morales.

—Lo sé. Ella tiene un aspecto mediterráneo, sin lugar a dudas, pero es completamente norteamericana, aunque supongo que, como muchos de ellos, posee cierta ascendencia que ubicaría a sus antepasados en algún lugar del Adriático o del Egeo —comentó Elizondo—. Su padre es Kristos Kanakarides, propietario de la compañía naviera Athenia. Creo que él es tercera generación de norteamericanos, por lo que es probable que su familia se haya radicado en Estados Unidos hace ya muchos años.

—¿Y dónde encontraremos a esta señora? —preguntó Tamayo, sin hacer comentarios respecto a los obviamente acaudalados antepasados de la mujer.

—Bueno, está tan solo a un piso de aquí —dijo el director—. Ella y su asistente están recopilando sus últimos hallazgos, en forma provisoria, en una oficina desocupada un piso más abajo hasta que se les autorice a regresar a su excavación. Permítanme llevarlos allá y presentárselas.

Los tres descendieron los dos tramos de escalera que los conducían al piso administrativo inferior del edificio y, luego de golpear la puerta de la oficina donde trabajaban los arqueólogos, Elizondo los guio al interior del recinto.

Ni Tamayo ni Morales estaban preparados para lo que vieron sus ojos. Esperaban encontrar a una académica malhumorada de mediana edad, tal vez

con su cabello cubierto de polvo y calzada con botas de obrero, pero en su lugar se enfrentaron a una mujer joven completamente espectacular, vestida con un traje informal: una camisa blanca atada en la cintura y una falda estilo safari de color caqui que resaltaba a la perfección sus piernas bronceadas, con calcetines blancos y zapatillas de moda. Más que nada, Sophia Kanakarides era una mujer hermosa en todo el sentido de la palabra, con su cabello oscuro naturalmente rizado hasta los hombros, suelto en cascada sobre su rostro, como si no estuviera preocupada por atárselo hacia atrás.

Al levantar su rostro, los midió con sus profundos ojos castaños y sus labios ofrecieron una encantadora sonrisa que probablemente podría derretir el corazón más duro. Esa fue, al menos, la primera impresión que compartieron ambos hombres, tal como lo comentarían en detalle más tarde.

«Sí, —pensó Morales—, definitivamente ascendencia griega y su belleza también». Pudo imaginarla, o a sus antepasados, sentados bebiendo a sorbos finos vinos griegos bajo un ardiente sol mediterráneo en alguna taberna de una pequeña isla griega.

Desde muy temprana edad, él y Tamayo habían descubierto que poseían casi un gusto idéntico en cuanto a las mujeres, un hecho que había finalizado en más de una riña entre los dos adolescentes cuando ambos se enamoraban de la misma chica y no lograban ponerse de acuerdo sobre quién tendría el privilegio de acercarse a ella para pedirle una cita. Al menos el paso de los años había suavizado la situación al respecto, ¿o no?

La doctora se aproximó a los detectives con sus caderas balanceándose sensualmente mientras caminaba, acompañada por un hombre joven de evidente ascendencia indígena mexicana, quien cruzó raudamente la sala tras ella para saludar a los detectives y al director. De hecho, él tomó primero la palabra, desde su posición tras la profesora.

—Director, ¿tiene alguna noticia para nosotros?

—Aún no, Carlos. Permítame presentarles a los capitanes Tamayo y Morales, quienes están a cargo de la investigación de estos brutales asesinatos. Caballeros, él es Carlos Marán, asistente de la doctora Kanakarides.

Marán dio un paso al frente y los detectives estrecharon su mano. De inmediato se giró hacia Sophia Kanakarides.

—Me disculpo, profesora, por hablar primero. Debería haber permitido que usted lo hiciera.

Tendiendo su mano para estrechar la de los detectives, Sophia Kanakarides le respondió a Marán al mismo tiempo que miraba a los ojos de

Morales.

—No te disculpes, Carlos. Todos estamos profundamente afectados por los sucesos recientes y tú estás tan ansioso como yo por escuchar buenas noticias respecto a la investigación. Entonces, director, ¿qué puedo hacer por usted?

—Profesora, el capitán Tamayo dirige la investigación de los asesinatos, asistido por el capitán Morales, y apreciarían si usted pudiera dispensarles un poco de su tiempo.

Carlos Marán respondió antes que la profesora pudiese hablar.

—Capitán, la profesora Kanakarides está trabajando en una investigación muy importante y está extremadamente ocupada. ¿De qué manera cree usted que ella puede ser de ayuda en una investigación de asesinato?

—Carlos, de verdad, está bien. Estoy segura de que el capitán tiene una buena razón para querer conversar conmigo —replicó la mujer mirando con una sonrisa a los recién llegados—. Pues bien, dígame, capitán Tamayo, ¿cómo puede ser de utilidad?

Quedó claro para los detectives que, a partir del tono de su voz y de la deferencia que puso al aproximarse a ella, Marán tenía a la doctora en la más alta estima, casi a la altura de un héroe de culto.

Mientras Sophia los invitaba a sentarse en torno a una mesa repleta con diversos utensilios arqueológicos, Marán no perdía detalle de cada palabra dicha por ella. Juan no pudo evitar pensar que el hombre parecía una especie de cachorro humano enamorado de su ama y, al mismo tiempo, también él se sintió muy atraído por la hermosa profesora.

Se entretenía pensando en cada palabra que ella decía. Descubrió que el tono de su voz le resultaba casi melódico y se sintió atraído por la forma cómo ella inclinaba su cabeza ligeramente hacia un lado mientras hablaba, permitiendo que su cabello cayera hacia la izquierda sobre su frente cubriendo levemente su ojo.

Repentinamente cayó en la cuenta de que estaba mirándola fijamente casi como lo hacía Marán. Entonces recobró la cordura y aclaró su garganta para prestar atención. Se acomodó en la silla, sintiéndose bastante mejor.

No tenía manera de saber si la profesora había notado su mirada y esperaba que, si así había sido, ella no lo tomara en un sentido equivocado, pues ahora, al iniciar esta conversación con la persona que Elizondo creyó que podría ayudarles, tanto él como Tamayo supieron que necesitarían construir una especie de puente entre el pasado y el futuro que les ayudase en

su búsqueda del sádico asesino de los dos jóvenes. Los siguientes minutos podrían resultar ser unos de los más importantes en la investigación.

Capítulo 9
Sophia Kanakarides

—Entonces, profesora, eso es prácticamente todo lo que tenemos por ahora —dijo Tamayo al finalizar su breve resumen de los hechos relacionados con el caso en respuesta a la solicitud de la profesora por información que él pudiera entregarle.

Antes de que Sophia Kanakarides pudiese responder, se sintieron unos golpes en la puerta y otro hombre ingresó en la sala. De casi dos metros de estatura y vistiendo un traje gris claro, camisa blanca, sin corbata, se presentó a sí mismo como Álvaro de Tejado, asistente jefe de Héctor Elizondo.

Como experto acreditado en cultura azteca, según él mismo explicó, el director había pensado que De Tejado podía ser de ayuda para la policía y le había solicitado que se reuniera con ellos. Tamayo le dio la bienvenida al recién llegado y le pidió que tomara asiento junto a ellos y luego asintió en dirección a Morales.

Juan procedió entonces a dar su propio punto de vista del caso, antes de ceder la palabra a la doctora Kanakarides.

—Quienquiera que sea su asesino, caballeros, permítanme asegurarles que él no está llevando a cabo un rito de sacrificios azteca.

Nuevamente Morales pensó que su voz era cálida, suave y melódica y quiso seguir escuchándola.

—¿Está usted segura, profesora? —preguntó indicándole que continuara.

—Muy segura —replicó la académica—. El asesino no adhiere al real significado del asesinato sacrificial, tal como era practicado por el pueblo azteca. Ante todo, permítanme resumir la cultura azteca, capitán Tamayo, capitán Morales. Deben saber que ellos fueron un pueblo culto y su civilización, independiente del aspecto de los sacrificios humanos, era, para su tiempo, extremadamente avanzada. Los aztecas construyeron hermosos edificios y poseían una rígida estructura social, leyes y tribunales. Sin la ventaja de contar con la rueda o con algún conocimiento de metalurgia, sin

caballos, con los que se toparon recién a la llegada de los españoles, construyeron su ciudad capital, Tenochtitlán, en el lugar donde hoy en día se levanta Ciudad de México. Incluso construyeron un acueducto para transportar agua fresca a la ciudad. Eran artistas, poetas, artesanos y horticultores. Naturalmente, también tenían su propio culto guerrero, bajo el cual realizaron guerras y conquistas que significaron que miles de personas fueran sometidas a la esclavitud y al sacrificio bajo su yugo. Además, junto con toda esta cultura y progreso, los aztecas veneraban a diversos dioses, entre ellos a Huitzilopochtli, dios de la guerra y dios sol. Ellos creían que, ofreciéndole un suministro regular de corazones humanos, le estaban proporcionando almas nuevas para ayudarle en su viaje diario a través de los cielos.

Cuando la hermosa doctora hizo una pausa para poder respirar, Marán se unió a la conversación.

—¿Puedo continuar en su nombre, doctora? —preguntó y ella asintió.

—También, señores, era usual la práctica de decapitar y despellejar a las víctimas de tales sacrificios, y la piel era usada por un sacerdote durante veinte días después de la ceremonia. Algunas partes del cuerpo a menudo se entregaban a los guerreros y a sus familias para que las asaran y se las comieran. Se consideraba un honor ser sacrificado y muchas de las víctimas se referían a los sacerdotes y a sus captores como «padres».

—¡Vaya honor! —exclamó Tamayo con un silbido cuando la repugnancia caló hondo, tanto en él como en Juan Morales, por las palabras de Marán.

—Entonces, doctora Kanakarides, ¿cree usted que se trata de una especie de imitador, un asesino que cree estar realizando un ritual azteca sin tener un conocimiento acabado de todo el procedimiento ceremonial?

Esta vez la pregunta vino de Morales.

—Oh, no, y por favor llámeme Sophia. Eso no es lo que trato de decir en absoluto, capitán Morales. Verá, es posible que, quienquiera que esté haciendo estas cosas, realmente cree ser un sacerdote olmeca o tal vez maya o tolteca. Hubo muchos pueblos diferentes, de muy variadas culturas, en este territorio que ahora conocemos por México, muchos años atrás, y no sabemos con precisión cómo o por qué algunos de ellos practicaban sacrificios. Digo solo algunos debido a que los registros que existen, particularmente de la época de la conquista española, explican los motivos por los que ocurrieron estos sacrificios humanos en muchos de estos pueblos, por ejemplo los aztecas y los mayas. Además, debemos dar crédito al hecho de que su asesino puede incluso saber algo que nosotros desconocemos. Todo lo que estoy

diciendo es que ustedes deben mirar más allá de la conexión con los aztecas. Ellos, me refiero a los aztecas, nunca vivieron aquí en Teotihuacán, recuerden, aunque le dieron a los edificios y a las pirámides los nombres que ahora conocemos. Quienquiera que construyó esta ciudad dio nombres muy diferentes a las Pirámides del Sol y de la Luna, por ejemplo. En cuanto a la Calzada de los Muertos, puede que nunca haya tenido un nombre después de todo en su época de esplendor, o tal vez solo la llamaban Calle Principal, ¿quién sabe?

Cuando la profesora hizo nuevamente una pausa, De Tejado se unió de nuevo a la conversación.

—Verán, caballeros, es muy posible que el asesino esté simplemente imitando ciertas etapas del ritual de nuestros antepasados con el objeto de desviar la atención de lo que tal vez sea su real propósito al cometer estos asesinatos. Es posible que no tengan absolutamente nada que ver con los aztecas, toltecas o cualquiera de las culturas ancestrales de nuestro país. Después de todo, es algo exagerado creer que alguien ha revivido los antiguos rituales de nuestro pasado en esta era moderna.

—Eso es cierto, señor —dijo Tamayo— y nosotros, por supuesto, ya lo hemos considerado, pero por ahora contamos con muy poco para proseguir, por lo que debemos mirar en cada rincón.

Morales había estado pensando mientras los otros hablaban y ahora le dirigió una pregunta a Sophia Kanakarides.

—Doctora, eh, disculpe, quiero decir Sophia, por favor dígame, ¿han descubierto algo recientemente usted y su equipo? ¿Han hecho algún nuevo descubrimiento que pueda arrojar luz sobre los habitantes originarios de Teotihuacán? ¿Podrían ustedes, por ejemplo, haber alterado alguna tumba antigua, o algunos utensilios religiosos que puedan haber llevado a alguien a creer que su propio pasado, su tradición podríamos decir, haya sido profanada, y lo lleve a cometer estos actos en una especie de revancha contra el mundo moderno? Sé que es un tanto exagerado pero, tal como mi amigo el capitán Tamayo dice, debemos mirar en todos los ángulos.

La arqueóloga miró a Juan con algo parecido a la admiración en sus ojos. Morales realmente vio algo más seductor en ellos. Difícilmente podía dejar de mirarlos fijamente, de tan hermosos que le parecieron.

—Es usted muy astuto, capitán Morales —replicó la profesora— ya veo dónde conduce su pregunta. Su idea es meritoria y perspicaz, pero lamento estar en desacuerdo con usted. Últimamente no hemos hecho nuevos descubrimientos, ni tampoco devastadores. Hemos desenterrado unas pocas

herramientas, algunas cacerolas y los restos de una pileta de baño comunitaria subterránea, eso es todo. Continuamente se están desenterrando esqueletos en Teotihuacán desde hace años, y si alguien estuviera intentando cobrar venganza por perturbar el sitio seguramente ya lo habría hecho.

—No necesariamente, Sophia —continuó Morales, encantado por la forma cómo el nombre de la doctora parecía deslizarse fácilmente por su lengua—. A menudo es difícil mirar dentro de la mente de un asesino, saber qué lo motiva, o descubrir qué ha gatillado su necesidad de matar. La lógica rara vez juega un rol en estos asuntos y muy a menudo se trata más bien de una enfermedad psicológica.

Se detuvo abruptamente en ese punto al recordar con dolor el caso de su propio hermano, el recientemente fallecido padre Rodrigo de Hidalgo del Parral.

—¿Quiere decir que él podría estar loco? —preguntó Marán.

—Así es, aunque «loco» no es una palabra que recomendamos utilizar hoy en día —replicó Tamayo.

—Aun así, no creo que Teotihuacán sea el lugar donde encontrarán respuestas —interrumpió De Tejado, obviamente intentando defender el sitio histórico y su integridad.

—Señor —le habló Morales en un intento por aliviar la aparente ira del hombre ante la sugerencia de que las ruinas de la ciudad fuesen las causantes de la motivación del asesino—, sé que usted no desea ningún indicio de escándalo o estigma que se relacione con su museo o con las ruinas, pero si es así o no, ni usted, ni el museo o la ciudad pueden ser considerados culpables de los actos de este asesino. También, como dice usted, la ubicación del lugar donde deja los cuerpos puede no ser más que una macabra coincidencia. Tal vez el asesino decidió que el aislamiento de las ruinas, en relación a Ciudad de México, las convierte en el sitio ideal para deshacerse de los cuerpos, un lugar tranquilo después del anochecer donde puede llegar y dejarlos con escasa posibilidad de ser visto o detectado. Tenga la plena seguridad de que el capitán Tamayo y yo haremos todo lo posible para darle al caso una rápida solución, pero para eso necesitamos la ayuda y cooperación de todos, ¿se entiende?

Juan habló con tal vehemencia que no solo De Tejado, sino todos en la sala se sintieron sorprendidos con su intervención.

—Naturalmente, capitán, haré todo cuanto pueda por ayudar —fue todo lo que atinó a decir el empleado del museo—, solo intento referirme al punto de que la respuesta a los crímenes puede no tener relación con Teotihuacán.

—Tal como dijimos antes, eso lo sabemos, señor. Ahora, ¿podemos continuar?

La conversación continuó por unos pocos minutos más con Sophia Kanakarides resumiendo los últimos descubrimientos que su equipo había realizado en el sitio histórico y con Marán proporcionando más detalles acerca del estilo de vida de los antiguos habitantes de México, hasta donde se conocía.

Prometiendo regresar al día siguiente a conversar más con la doctora, ambos detectives se retiraron del museo y se dirigieron hasta el coche.

Mientras caminaban, Tamayo se volvió hacia su amigo.

—Fuiste un poco duro con De Tejado allá adentro, ¿no lo crees, amigo mío?

—Lo sé —dijo Morales—, pero había algo en ese hombre que simplemente no me gustó, Cisco. Sentí como si escondiese algo, o como si al menos intentara alejarnos de la ciudad o del museo. Naturalmente puedo estar equivocado, pero él está escondiendo algo, lo siento así.

—Mmm, sé que tu intuición ha resultado ser muy acertada en el pasado, amigo mío, así es que tal vez deberíamos buscar entre los antecedentes del señor Álvaro de Tejado con un poco más de atención —respondió Tamayo pensativo.

—Así es, muy atentamente —fue la rápida respuesta de Morales.

Tamayo aceleró el coche y el escarabajo no tardó en llegar hasta la oficina central. Una vez allí, el detective inició una búsqueda en la computadora para averiguar acerca de la vida y del pasado de De Tejado, mientras Morales se dirigía hasta la morgue, siguiendo las instrucciones de Tamayo para no extraviarse, con el propósito de entrevistarse con el doctor Hernández.

Cuando Juan se detuvo a observar el cuerpo sobre la losa en el depósito de cadáveres, la determinación de ayudar a su amigo a encontrar al sádico asesino responsable de esta barbarie, se multiplicó por mil.

—Se ve tan joven, doctor —dijo a Hernández.

—De verdad era muy joven, capitán Morales, y puedo decirle que ella estaba muy despierta cuando el bastardo que le hizo esto, le abrió su pecho. Drogada sí, pero consciente, se lo puedo asegurar.

Morales solo pudo mover la cabeza incrédulo ante la crueldad despiadada del hombre al que estaban decididos a encontrar. No podía evitar pensar en su hermano Rodrigo, quien, afectado de psicosis y locura, había asesinado a seis jóvenes monaguillos de su propia iglesia, mientras lucía una máscara de normalidad hasta que la enormidad de sus crímenes lo empujó al límite de una

demencia total. Recordó cómo Rodrigo había intentado quitarse la vida en un último acto desesperado por purgar su culpa y al detective le hubiese gustado saber si tal vez él y Tamayo se estaban enfrentando con una mente similar, un hombre que podía aparecer para todos los efectos como alguien normal, pero que ocultaba una locura, una necesidad de asesinar como respuesta a algún estímulo psicológico desconocido.

Pensó en Rodrigo pasando los últimos años de su vida tras las puertas cerradas del seminario, donde se permitió que sus crímenes pasaran a la historia como casos sin resolver, con la ayuda y complicidad de la iglesia y del estado. Su propia complicidad en el encubrimiento fue, en cierto modo, una imposición.

Sabía que era lo mejor y su hermano había sido, después de todo, un prisionero virtual en todos esos años, muy bien encerrado y apartado del mundo para evitar tentaciones. Sin embargo, esto a lo que se enfrentaba ahora era extremadamente diferente.

Esta vez, sí se sintió absolutamente decidido a llevar el caso ante la ley. Junto con Tamayo, atraparía a ese bastardo y lo vería podrirse para siempre en una celda, si resultaba ser la última cosa que hiciera.

Abandonó la morgue con las palabras del doctor Hernández resonando en su mente. La chica estaba viva y consciente cuando el asesino le extirpó el corazón. Su dolor debió haber sido indescriptible, su miedo y terror, increíbles. Morales se dirigió al baño de hombres donde lavó las lágrimas que ardían en sus ojos y que repentinamente habían comenzado a rodar por sus mejillas.

Cuando regresó a la oficina donde Tamayo se encontraba estudiando la pantalla de su computadora compenetradamente, ya había recobrado su compostura. Poseía la reputación de un detective duro y resuelto, pero bajo esa firme apariencia profesional, Juan Morales seguía siendo un ser humano bondadoso y sentimental, un hombre con un gran corazón y un alma a la altura. Este caso lo horrorizó y, mientras se veía fijamente ante el espejo de la sala de baño, hizo un pacto consigo mismo: no abandonaría Ciudad de México hasta que hubiera ayudado a su amigo a averiguar el paradero del brutal asesino de las dos jóvenes e inocentes víctimas. Si se quedaba sin vacaciones, pues que así fuera. Sus propios jefes tendrían que aceptar su ausencia por el tiempo que fuese necesario.

Lamentablemente, tal como la mayoría de la rutina diaria del trabajo policial, el resto del día resultó ser tan improductivo como el anterior. La madre de María Tévez había sido informada de la muerte de su hija por un

funcionario del equipo de Tamayo y de inmediato cayó en un *shock* profundo por lo que citaron a un médico para que la atendiera. El doctor informó a la policía que la había sedado y que no estaría en condiciones de responder ninguna pregunta hasta que hubiese dormido y descansado.

Tamayo decidió dejar esas preguntas para el día siguiente. De cualquier modo, sintió que ya sabía la mayoría de las respuestas. Dudaba que la señora Tévez fuera capaz de arrojar alguna luz sobre el caso, al igual que Conchita, la madre de Bernardo.

En un intento por comprender mejor los aspectos aparentemente históricos del caso, visitó la biblioteca central de la ciudad, donde consiguió tantos libros como pudo llevarse, relacionados con las antiguas culturas de México.

Él y Morales destinaron todo el resto de la tarde a un verdadero rastreo a través de la historia de su país en un intento por penetrar la mente del asesino, intentar y comprender, tal vez, qué clase de retorcida motivación podía llevar al hombre a cometer esos actos de bárbaro salvajismo.

Al finalizar, sentían la cabeza repleta de un sinnúmero de hechos y, con pocas posibilidades de avanzar más por ese día, los detectives dejaron los libros de lado y dieron por finalizada su tarea.

—Aquí no podemos hacer más por hoy, Juan —dijo Tamayo suspirando profundamente—. Vamos a casa a descansar y a comer algo.

Casi con remordimiento, Morales accedió y, cuando la tarde cedía lentamente ante la llegada del anochecer y el calor de otro día sofocante relajaba su puño sobre Ciudad de México, ambos hombres abandonaron la oficina central de la policía y condujeron en plena hora punta de la tarde hasta el hogar de Tamayo, donde fueron recibidos por un hambriento gato.

Al menos por unas pocas horas, intentarían desconectarse de los horrores que habían bombardeado su mente en los últimos dos días. Necesitaban refrescarse y tener sus mentes completamente alertas para cuando retomaran su misión de encontrar al asesino. Comenzarían nuevamente la búsqueda en serio a la mañana siguiente.

Capítulo 10
Hora de rituales

Los detectives pasaron una tranquila tarde en el apartamento de Tamayo.

Cenaron comida preparada intentando relajarse frente a la pantalla del televisor que transmitía una oleada constante de antiguas películas de Hollywood en blanco y negro.

A pesar de que Morales técnicamente estaba de vacaciones, los sucesos de los últimos tres días habían sido cualquier cosa, menos relajantes. Sin embargo, si insistía en ese punto, Juan probablemente habría confesado que no había nada que disfrutara más que hacer su trabajo y estaba agradecido de que su viejo amigo Francisco Tamayo le hubiese dado la oportunidad de participar en este caso espantoso aunque profesionalmente interesante. Había mucha similitud entre estos crímenes y aquellos que habían ocurrido algunos años antes en Parral, y en los cuales Morales se había visto tan trágica y personalmente involucrado. Pero esta vez tomó una gran determinación: evitar verlo como las faltas del pasado.

Los recuerdos de su hermano llenaron su mente mientras soñaba despierto sentado en el sofá: el tiempo juntos cuando niños, seguro y feliz, y la manera en que sus vidas se separaron más tarde cuando Rodrigo tomó los votos e ingresó al sacerdocio mientras Juan de igual forma se dedicó con devoción a su vida como un oficial de la policía. En aquellos días, ninguno de los dos podía imaginar la tragedia que un día sucedería con el devoto padre Rodrigo: la locura, el asesinato, la encarcelación final y el sorprendente deceso del sacerdote, quien había sido tan apreciado por todos quienes se topaban con él.

Morales volvió a la realidad con la aparición del gato Jerry, que brincó sobre su regazo demandando atención. Como Juan ya había consentido antes a las demandas de su nuevo amigo felino, Jerry se sintió como en casa y rehusó moverse hasta que los dos amigos decidieron irse a dormir, apagaron el televisor encendido durante toda la tarde y se dirigieron a sus respectivos dormitorios.

Jerry, por supuesto, acompañó a Morales, de quién se había encariñado con devoción, y pasó otra noche acurrucado tranquilamente a los pies de la cama del detective, ronroneando.

A la mañana siguiente, ambos detectives llegaron radiantes a primera hora a la oficina central, tan solo para encontrarse con una visita sorpresa que se les había adelantado: Sophia Kanakarides estaba sentada en la oficina de Tamayo, esperándolos.

Torrado les informó que la arqueóloga estaba allí desde hacía media hora, que él la había conducido a la oficina, y que ya llevaba bebidas tres tazas de café. Tamayo y Morales fueron recibidos por la cálida sonrisa de Sophia Kanakarides vestida de un modo totalmente opuesto al polvoriento atuendo que habían visto el día anterior.

En lugar de su ropa de trabajo, ella vestía una blusa de seda color crema, una falda negra recta hasta la rodilla y una chaquetilla corta estampada de vivos colores. Se había tomado su tiempo para peinar y cepillar su cabello, que ahora brillaba como la seda de su blusa, con sus rizos agitándose en cada pequeño movimiento de su cabeza, resaltados por los rayos del sol que se filtraban a través de la ventana del recinto.

Se trataba, obviamente, de la tenida formal de Sophia Kanakarides y Tamayo podía imaginarla vestida así cuando asistía a reuniones importantes, tal vez cuando necesitaba financiar su último proyecto o cuando presentaba los resultados de sus investigaciones ante una asamblea entre pares.

Morales simplemente la vio aún más despampanante que el día anterior. Sin embargo, en ese momento ambos comprendieron que debía haber algo importante que la obligó a abandonar su trabajo para visitarlos ahí en Ciudad de México a una hora tan temprana.

—Doctora Sophia, me alegro de verla, ¿qué podemos hacer por usted? —preguntó Tamayo, mientras Morales sonreía dando la bienvenida a la profesora de ojos penetrantes que ya lo habían cautivado la primera vez que la vio.

Aunque dudaba en admitirlo, Morales se sentía un poco tímido en presencia de la hermosa Sophia Kanakarides, casi como un escolar flechado por una bella niña de su clase. No podía evitarlo, pero sentía cierta calidez al verla, algo que no había sentido en mucho tiempo. Si el encuentro del día anterior aún no lo había convencido, Morales comprendió ahora, sin lugar a dudas, que la hermosa arqueóloga definitivamente había hallado la manera de colarse bajo su piel y en su corazón.

Habían transcurrido muchos años sin que experimentara tal emoción y sus pensamientos se desviaron un instante de la investigación. «¿Podría una mujer como ella alguna vez sentir algo por un hombre como yo?».

La respuesta de la profesora a Tamayo lo trajo rápidamente de regreso a la realidad del momento.

—No, capitán, más bien creo que soy yo quien puede ser de ayuda en algo. Después de que usted y el capitán Morales se fueron ayer, me quedé pensando seriamente y creo tener una idea de quién o qué es lo que deberían buscar.

—Continúe, por favor, Sophia —respondió un intrigado y expectante Tamayo.

—Bien, resulta obvio que alguien está intentando recrear una forma de sacrificio ritual. Sabemos que no está siguiendo los métodos tradicionales de los aztecas, por lo que comienzo a pensar que tal vez deberíamos buscar un poco más atrás en el tiempo. Por ese motivo, también podemos descartar a los mayas. Ellos vivieron muy lejos de aquí y dudo que hayan tenido alguna conexión con Teotihuacán.

—Entonces, usted piensa que, definitivamente, hay una relación directa entre Teotihuacán y el asesino, ¿verdad? —preguntó Juan, recuperando la voz.

—No veo por qué no —continuó Sophia.

Morales no pudo evitar notar la sonrisa que ella le dirigió mientras hablaba.

—Pienso que, quienquiera que esté haciendo esto, cree ser la reencarnación de uno de los antiguos sacerdotes, tal vez de la civilización tolteca o de la olmeca. Me inclino a pensar que sería la olmeca, porque, según sabemos, con toda probabilidad fueron los antepasados del pueblo olmeca quienes construyeron y habitaron la ciudad en sus inicios. A diferencia de los aztecas o de los mayas, creemos que los sacrificios humanos solo se realizaron en pequeña escala en la civilización olmeca, probablemente en alguna fiesta religiosa especial o para invocar una respuesta de un dios específico ante una necesidad. Los aztecas ritualmente mataban miles de víctimas a la vez en un esfuerzo por apaciguar o satisfacer al dios sol y al dios de la luna, simplemente con el objeto de sostener su creencia de que eso mantendría a los dioses persiguiéndose uno al otro a través del cielo. Los olmecas fueron una civilización muy diferente.

—¿Por qué alguien repentinamente pensaría que es el sumo sacerdote de los olmecas, cuando se sabe tan poco acerca de ellos, tal como dice usted? —

preguntó Tamayo.

—Yo no dije que tenía todas las respuestas, capitán —replicó la profesora —, solo dije que ustedes deberían buscar a alguien con conocimiento de civilizaciones mesoamericanas más antiguas y no solo pensar en los aztecas. Quienquiera que esté haciendo esto es inteligente y culto. ¿Dijo usted que las víctimas fueron drogadas? Pues bien, sabemos que los olmecas y los toltecas daban a beber a sus víctimas un brebaje embriagador o pociones a base de hierbas preparadas para someterlos mientras eran conducidos al altar del sacrificio. Esto implica que vuestro asesino también posee algo de conocimiento de los antiguos rituales. Ellos también usaban la planta del tabaco para producir una droga alucinógena que inhalaban directamente por la nariz, por lo que su asesino podría estar drogado cuando comete estas atrocidades.

—Cualquiera pudo saber esto después de leer un par de libros de historia —dijo Tamayo un tanto escéptico.

—Eso es verdad —replicó Sophia—, pero pregúntese, capitán, si alguien se metería en tamaño problema recreando ritos antiguos de sacrificio tan solo para confundirlo a usted y a la policía haciéndolos creer que él seguía ritos antiguos. Realmente pienso que el asesino es un desquiciado seguidor de las viejas tradiciones, capitán.

—Sí. Bueno, gracias, Sophia. Apreciamos de verdad que haya venido a contarnos todo esto. Estoy seguro que será de mucha ayuda.

—No me agradezca, capitán Tamayo. No es mucho lo que sé, pero pensé que valía la pena contárselo. ¡Ah! Y hay algo más.

—¿De qué se trata, doctora?

—La primera víctima fue un hombre joven, seguida de una mujer joven.

Morales tuvo la impresión de que la doctora tenía algo importante que comunicarles.

—Por favor, doctora, quiero decir, Sophia, ¿de qué se trata?

—Creo que el asesino está llevando a cabo un antiguo sacrificio ritual destinado a apaciguar al dios Jaguar, dios de los olmecas. Ellos creían que el jaguar era el dios de la lluvia y de la fertilidad. Realizaban sacrificios sangrientos en honor a él con el propósito de asegurarse una buena cosecha o estimular la fertilidad. La sangre de las dos víctimas ha sido importante para preparar el camino para la llegada del hombre jaguar.

—¿El hombre jaguar? ¿Quiere decir, algo así como el hombre lobo? —preguntó Tamayo.

—Correcto —continuó Sophia—. El asesino tiene la esperanza de que la sangre de sus víctimas, hombre y mujer, se mezcle para que lo replete con los espíritus de la diosa Madre Tierra y del dios Jaguar, convirtiéndolo en la criatura humana poderosa de la leyenda, el supremo sacerdote guerrero.

—Y cuando él se convierta en este hombre jaguar, ¿qué hará? —preguntó Morales, casi temeroso de cuál sería la respuesta.

—Oh, entonces él se embarcará en un verdadero frenesí de asesinatos. Necesitará la sangre de inocentes para asegurarse su continua sobrevivencia como una criatura humana, un dios viviente.

—Cuando usted dice «la sangre de los inocentes», doctora, ¿quiere decir…?

—Sí, capitán Morales, usted sabe exactamente a lo que me refiero. Ahí es cuando él necesitará la sangre del sacrificio de niños. Deben detenerlo, quienquiera que sea, antes de que eso suceda.

—Pero si ya ha matado al hombre y a la mujer, podría comenzar con los niños en cualquier momento. Puede haberlo hecho ya y nosotros simplemente no hemos encontrado ningún cuerpo aún.

Tamayo sintió escalofríos ante la idea, a pesar del calor agobiante de su oficina. Cómo deseó que hubiesen reparado el maldito aire acondicionado en el edificio.

—No, capitán Tamayo, él tiene que esperar hasta que se inicie el nuevo ciclo de la luna. Solo entonces puede usar la sangre de inocentes para consolidar su nueva personalidad como dios jaguar viviente. Ya he revisado el calendario lunar en el museo. La luna nueva se producirá dentro de tres noches a partir de esta. Tienen hasta entonces para hallar al asesino, a menos que deseen que corra más sangre y los cuerpos comiencen a apilarse sobre la Calzada de los Muertos.

—Ay, Santa María —exclamó Morales—, he visto demasiada sangre inocente derramada, Sophia.

Juan recordó otra vez a los seis niños muertos en Parral.

—Debemos encontrar un modo de detener a este hombre, Cisco, amigo mío.

—Lo sé, Juan, pero ¿dónde comenzamos a buscarlo? No tenemos pistas, por lo que yo sé, nada con lo que proseguir.

—Regresemos al museo —propuso Sophia con premura—. Les ayudaré a buscar en el registro histórico. Tal vez alguien ha estado revisando la información acerca de rituales antiguos en las últimas semanas. Esto puede verse en las computadoras o en los archivos.

—Por supuesto, tiene usted razón —dijo Tamayo—. Se lo agradezco. Por favor, regrese usted a Teotihuacán. El capitán Morales y yo debemos atender algunos asuntos aquí en la ciudad y luego le prometo que nos reuniremos con usted en el museo.

—Estaré en el museo, entonces, hasta que ustedes lleguen. Mi equipo puede continuar sin mí en la excavación por algunas horas. Comenzaré en el museo y veré qué puedo encontrar en los registros. Podría ahorrarles un tiempo valioso.

Cuando la doctora abandonó la oficina, Morales se volvió hacia su amigo.

—No quiero ver nunca más cadáveres de niños, amigo mío. He visto suficiente de ese horror en particular; me basta con eso para toda la vida. Solo espero que la hermosa doctora pueda ayudarnos.

—Yo también, amigo, yo también. Al parecer necesitamos tal ayuda y no contamos con mucho tiempo si lo que dijo ella es correcto. Cambiando de tema, Juan, si no te importa que lo diga, creo que estás algo asombrado con la doctora Kanakarides, ¿eh, amigo? ¿O tal vez un poco enamorado?

—¿Enamorado? ¿Yo? No, amigo mío. Solo la conocemos desde ayer. Aunque debo admitir que ella me atrae de un modo que ninguna mujer lo ha hecho en mucho tiempo.

—¿No ha habido nadie más, Juan? Desde el divorcio, quiero decir.

—No ha habido tiempo para el romance, Cisco. Mi trabajo ha sido todo para mí en estos últimos años.

—Ya, entonces es hora de un cambio, amigo mío, antes de que te vuelvas viejo y aburrido. Creo que encontrarías que la buena doctora Kanakarides es mejor compañía para ti por las noches en tu cama, que mi gatito Jerry.

—Vas demasiado rápido, Cisco. Si hay romance en el aire, para mí o para alguien más, debe esperar. Tenemos que atrapar a un asesino, amigo mío, y si lo que dice la doctora es correcto, como sospecho que es, debemos movernos rápido.

—De acuerdo, Juan. Tú ganas, por ahora. Iremos a hablar con el doctor Hernández para ver si puede decirnos algo más acerca de las víctimas, y luego regresaremos a Teotihuacán donde la hermosa Sophia.

Ambos rieron y Morales dio una palmada juguetona en la nuca de su amigo mientras salían de la oficina. Obviamente supo que Tamayo lo había entendido perfectamente. La posibilidad de regresar a Teotihuacán y pasar más tiempo en compañía de Sophia resultaba ser un panorama tan atractivo que ambos sabían que Juan no podría resistirse.

A pesar de que apenas sabían lo que el otro pensaba, Morales admitió a sí mismo precisamente lo que había negado ante Tamayo. Sophia Kanakarides era especial y sí, él realmente sentía como si una flecha de Cupido pudiera haber penetrado en su corazón. Si eso resultaba ser el inicio del amor, entonces sí, Tamayo estaba en lo correcto respecto a su suposición.

* * *

Desafortunadamente, el doctor Hernández no pudo decirles nada más y, una hora más tarde, se encontraban otra vez en la oficina del director del museo, Héctor Elizondo.

Sophia había estado ocupada investigando y ella y el director compartían la misma mirada de preocupación cuando se reunieron con los detectives.

Las cuatro personas presentes en la sala sabían que, si la teoría de la arqueóloga era correcta, tenían menos de setenta y dos horas para evitar el asesinato de un niño inocente. Los detectives estaban muy conscientes de que, si el asesino había organizado su plan de manera eficaz, el secuestro de cualquier niño se realizaría en pocas horas o, a lo sumo, un día antes del crimen. Por ese motivo, el tiempo del desafortunado y desconocido niño, estaba corriendo incluso mientras ellos conversaban.

Capítulo 11
Reunión de expertos

Los rayos dorados del sol se derramaban a través del enorme ventanal, proporcionándole al director una visión panorámica de primera clase desde su oficina hacia el sitio histórico.

Tan poderosos eran los rayos que Morales pudo ver el efecto de un arco iris cuando la luz del sol se filtró refractándose en el vidrio templado de la ventana.

Ambos detectives se sentaron ante la solicitud de Elizondo y observaron con interés el despliegue de fotografías aéreas y terrestres de la ciudad de Teotihuacán que decoraba las paredes de la oficina. Tan pronto como todos tomaron asiento, la reunión comenzó.

—Necesitamos saber todo lo que piensan acerca de lo que este hombre puede estar planeando —dijo Tamayo a los dos civiles que se encontraban sentados frente a él y a Morales.

—Efectivamente —aseguró Juan—. Cualquier cosa, sin importar qué tan trivial les pueda parecer a ustedes. ¿Cree realmente, doctora, que estamos ante un rito ceremonial olmeca?

Morales se dirigió a Sophia, manteniendo la conversación en un plano netamente profesional.

—Se lo puedo asegurar, capitán Morales. Todo lo que sabemos acerca de la civilización olmeca se basa en investigaciones arqueológicas actuales. Existe muy poca información de aquella época que esté fácilmente disponible. No dejaron registros escritos, pero sí contamos con abundantes muestras de su arquitectura y de sus símbolos religiosos en varias estatuas y en alfarería. A través de los años se han descubierto diversos glifos que nos han entregado información acerca de sus ceremonias y de la vida diaria, pero aún hay muchos vacíos y debemos recurrir a suposiciones fundamentadas cuando se trata de ciertos aspectos de su cultura.

—¿Glifos? —la interrogó Tamayo.

—Muy parecidos a los jeroglíficos egipcios —continuó Sophia—. Evidencia pictórica, como pintura en paredes, dibujos en piezas de alfarería o murales en las paredes de una pirámide, ese tipo de cosas. La civilización olmeca utilizó glifos en lugar de un lenguaje escrito, al igual que la mayoría de los pueblos originarios de esta parte del mundo, hasta la época de los aztecas.

—Entonces, lo que usted está diciendo es que no tiene una idea exacta de lo que podemos esperar, ¿estoy en lo correcto? —preguntó Tamayo.

—Verá, capitán —continuó Sophia—, al parecer los olmecas adoraban a una gran cantidad de dioses, que controlaban cada aspecto de sus vidas. El clima, los cultivos de maíz, la fertilidad, el sol, la luna. Lo que a usted se le ocurra, ellos tenían un dios para eso. Solo estoy asumiendo que el asesino se ve a sí mismo como un sumo sacerdote de los olmecas y que está llevando a cabo un ritual de la fertilidad. No puedo tener la certeza. Es solo que la evidencia, tal como usted lo ha explicado, me lleva a pensar de esa manera. Todo lo que puedo decir, es que él también puede estar venerando a alguno de los otros dioses menores o puede no tener nada que ver con los olmecas, después de todo. Solo estoy intentando ayudar ofreciéndoles una teoría. Después de todo, eso lo que ustedes solicitaron: una teoría que pudiese explicar los motivos del asesino. Lamento no poder ser más precisa, pero estamos haciendo conjeturas y esa es mi suposición más precisa basada en lo que sabemos hasta ahora.

—Lo sé. Lo siento, doctora. No quise faltarle el respeto, pero estamos disparando en la oscuridad y se está haciendo más oscuro con cada minuto que pasa sin una pista ante nosotros —replicó Tamayo, comenzando a mostrar exasperación en sus palabras.

—Presten atención —intervino Morales, dirigiéndose directamente a su amigo—. Creo que lo primero que deberíamos hacer es alertar a todas las estaciones de policía de la ciudad para que te informen, Cisco, en el minuto preciso en que reciban cualquier reporte de algún niño extraviado. De esa manera estaremos al tanto de la situación desde un comienzo, si la teoría de la doctora es correcta.

—Buena idea, amigo mío, y en las estaciones más pequeñas de los suburbios y de las villas periféricas, también —concordó Tamayo y de inmediato tomó el teléfono del director para llamar a Torrado y darle instrucciones al respecto.

Cuando colgó el teléfono, el director del museo tomó la palabra.

—Bueno, verán —dijo Elizondo—, los olmecas primero se establecieron en los sofocantes pantanos de la jungla de la costa del Golfo, en lo que hoy son los estados de Veracruz y Tabasco. Se trataba de un ambiente severo y aun así desarrollaron una magnífica cultura urbana hace ya mucho tiempo, dos mil años antes de Cristo. La zona arqueológica de San Lorenzo, en Veracruz, es una de las más impresionantes. Arrastraron canasto tras canasto de tierra hasta la cima de una meseta de cuarenta y cinco metros de altura, donde levantaron grandes montículos en torno a una serie de patios rectangulares todos alineados de manera precisa a lo largo de un eje norte-sur, tal como la Calzada de los Muertos, aquí en Teotihuacán. También instalaron un grupo de siete cabezas de piedra gigantescas y losas monolíticas de cuarenta toneladas decoradas con tallados de animales extraños y figuras humanas. En esa zona no contaban con piedras, por lo que tuvieron que extraerlas y transportarlas desde las montañas de Tuxtla, a 80 kilómetros, y utilizar una fuerza casi suprahumana y cuerdas para arrastrarlas hasta el sitio. Recuerden ustedes que ellos no tenían animales de tiro ni conocían la rueda. El punto es que fueron un pueblo notable y complejo, mucho más civilizado de lo que hoy día reconoceríamos. Cualquier sacrificio humano que hayan realizado, lo hicieron de acuerdo a un régimen estricto de ceremonias religiosas. El asesinato sin sentido en su propio beneficio no concuerda con lo que sabemos de la cultura olmeca.

—Usted hace que luzcan bastante más civilizados que nosotros mismos hoy en día en muchos aspectos, señor Elizondo —observó Morales.

—En muchos aspectos, creo que tal vez lo fueron, capitán. Su civilización, al parecer, se basaba en un concepto de beneficio mutuo. En otras palabras, cada ciudadano jugaba un rol en asegurar la sobrevivencia y continuidad de su modo de vida, de su cultura. Todo lo que hicieron fue muy bien dispuesto y realizado de acuerdo a un plan que tenía reglas estrictas acerca del modo en que debían conducirse casi todos los aspectos de la vida. Al parecer, fueron un pueblo muy notable —finalizó el director.

—Yo concuerdo con esa apreciación, también —agregó Sophia Kanakarides y continuó—, los olmecas, de hecho, parecen haber vivido en una sociedad extremadamente bien ordenada y magníficamente estructurada. Sí, ellos tuvieron su propia casta de guerreros y, tal vez, participaron en guerras locales con sus vecinos de vez en cuando, pero eso era un signo de los tiempos en que vivieron. No se habrían considerado sanguinarios ni bárbaros según los estándares de la época. No, por ningún motivo —continuó la doctora no sin cierta melancolía.

—Pero nada de eso nos acerca a encontrar a nuestro asesino —dijo Tamayo, sintiéndose un tanto aburrido con el giro intelectual que había tomado la conversación.

—Eh, amigo mío, aguarda —le interrumpió Morales, mientras alejaba su mirada del rostro seductor de Sophia Kanakarides—. Creo que lo que el director y la doctora nos están diciendo es que, quienquiera que esté haciendo esto, no está siguiendo el verdadero significado de las ceremonias que ellos conocen. El asesinato indiscriminado no es el método usado por los olmecas o por cualquiera de las civilizaciones originarias. Ellos debieron tener una razón para matar o para sacrificar a sus víctimas. Más bien se trata de alguien con un concepto deformado y retorcido de un antiguo ritual y lo está usando para enmascarar el verdadero motivo de los asesinatos, ¿estoy en lo correcto?

Elizondo asintió con un gesto y Sophia respondió:

—Sí, exactamente, capitán Morales. Usted es muy astuto. Incluso si este asesino está realizando, según parece, un sacrificio ritual de fertilidad, lo está haciendo del modo equivocado. En la época de los olmecas, este tipo de ceremonia se habría llevado a cabo en una plaza enorme y con gran ceremonia y respeto hacia la víctima, y habría tenido como público a cientos, tal vez miles, de habitantes dependiendo del tamaño de la comunidad. Esto no parece estar hecho de la manera correcta.

—Entonces, ¿es más probable que se trate de un loco, alguien que piensa que es un sacerdote olmeca, sin tener el verdadero conocimiento de los rituales? —preguntó Tamayo.

—No necesariamente loco, capitán —dijo Elizondo—, pero ciertamente alguien que no está totalmente enterado de las costumbres olmecas y que tal vez solo sabe algo, pero no lo suficiente, y está intentando recrear una situación sin el conocimiento completo de los procedimientos a seguir.

—Como dije antes —intervino Morales—, podría no tener nada que ver con los olmecas o con cualquiera de las culturas originarias. Puede tratarse tan solo de un asesino inteligente que está usando esto como una forma de cubrir el verdadero motivo de los crímenes. Cisco, deberíamos examinar un poco más de cerca la vida de las dos víctimas, amigo mío.

—Tienes razón, obviamente, Juan —asintió Tamayo, levantándose de su asiento—. Regresemos a la capital y prosigamos con la investigación desde allá. Aún hay mucho que no sabemos acerca de los jóvenes muertos que yacen en las losas de la morgue del doctor Hernández. Si algún niño se extravía, lo sabremos y podremos tomar medidas a tiempo. Mientras tanto deberíamos explorar otras avenidas, así como la Calzada de los Muertos.

—Caballeros, existe otra alternativa —interrumpió Sophia.

—¿Y cuál es? —inquirió Morales.

—Que la persona que están buscando, de hecho, se considera a sí mismo un sumo sacerdote de alguna de las religiones antiguas. Puede ser alguien mentalmente inestable, que padece una enfermedad psicológica muy profunda, y que sus métodos, aunque no totalmente auténticos en su ejecución, pueden ajustarse a su interpretación deformada de la mezcla de hechos históricos y leyendas.

—Por supuesto, tiene usted razón —dijo Tamayo—. Y tal escenario sería obviamente el más complicado de resolver para nosotros, pues tal persona podría parecer alguien totalmente normal en todos los aspectos y solo caer en el rol de sumo sacerdote cuando su enfermedad, psicosis o como sea que lo llamen, esté en su punto más fuerte.

—Creo que es obvio que estamos ante alguien que sufre un trastorno mental de alguna clase —agregó Morales—. Ninguna persona sana podría complacerse con ese baño de sangre del que hemos sido testigos, de las dos víctimas que hemos encontrado.

—Entonces, tal vez deba contactarme con las autoridades médicas. Es probable que ellos sepan de alguna persona que haya escapado recientemente de alguna institución mental o que haya sido dada de alta, y que pueda sufrir de una obsesión como esta. Debemos intentarlo todo, explorar cada avenida, si me disculpan el juego de palabras —replicó Tamayo.

—Pienso que es una buena idea, amigo mío.

Sophia y el director entregaron a ambos detectives un set escrito con información que detallaba algunas de las prácticas conocidas de los olmecas y también datos menores de las ceremonias de las que tenían conocimiento. No les aportó gran cosa, según estimó Tamayo.

Con poco más por lograr en la oficina del director, Morales salió junto con él después de despedirse de los académicos que se encontraban allí, reacio a abandonar la compañía de Sophia. En cada encuentro, Juan Morales se daba cuenta de que cada vez se sentía más atraído por la hermosa arqueóloga, pero por ahora tenía otros asuntos más urgentes que atender. Tal vez más tarde, cuando hubiesen resuelto el caso y el asesino estuviese seguro tras las rejas…

Una vez más, el pequeño VW escarabajo de Tamayo los condujo de regreso a Ciudad de México, donde pronto se instalaron cómodamente en la oficina para reflexionar acerca de los fragmentos de información que tenían a

su disposición. Ambos coincidieron en el hecho de que sabían muy poco, en realidad.

María Tévez y Bernardo Juárez vivían a menos de medio kilómetro uno del otro.

Bernardo trabajaba en una librería y María en una tienda de música y vídeos. Ambos negocios también estaban muy cercanos, justo a una cuadra uno del otro. Entonces, era bastante probable que el asesino hubiese escogido a sus víctimas al visitar las tiendas, por lo que los detectives decidieron entrevistar a sus empleadores con el objeto de determinar si podían identificar a cualquier cliente extraño o poco frecuente. Tal vez podrían recordar a alguien excéntrico o frecuentando el lugar o conversando con las víctimas. Quizás alguien había mostrado un interés fuera de lo común por Bernardo o por María. Hasta el momento, era todo lo que podían hacer.

Dos horas más tarde, ambos amigos se hallaban sentados en la oficina de Tamayo, bastante desconsolados. No habían conseguido nada. Ninguno de los dueños de las tiendas había podido prestarles ayuda.

El empleador de Bernardo había sido su primer destino.

Felipe Gonzales era un hombre de baja estatura prematuramente calvo. Aparentaba poco más de treinta años e iba vestido con una camisa brillante de flores multicolores, como si viniera llegando de un mitin pacifista de los setenta. Lamentablemente no pudo ofrecer mucho que les sirviera de ayuda.

—Sentí pena cuando me enteré de la terrible muerte del pobre Bernardo. Me temo que no seré de mucha ayuda para ustedes, capitán Tamayo. Le pagaba al muchacho por vender libros; nada más, nada menos. Era un empleado diligente, siempre puntual y muy respetuoso conmigo y con los clientes. No habría pensado jamás que estuviese involucrado en conversaciones extrañas con alguno de los clientes que visitan mi tienda. Ese era su trabajo, después de todo, conversar con ellos, saber qué necesitaban y, en lo posible, mostrarles lo que tenemos a la venta con el objeto de satisfacer sus necesidades. Nuestro negocio es vender, obviamente. En las últimas semanas no vi personas de aspecto sospechoso en la tienda y, por cierto, nadie que pareciera mostrar un interés indebido en Bernardo. A propósito, ¿qué se considera una persona de aspecto sospechoso?

Gonzales tenía razón y Tamayo y Morales abandonaron la tienda de libros sin más información de la que tenían al entrar en ella.

La gerenta de la tienda de discos donde había trabajado María Tévez les dio casi las mismas respuestas que Gonzales.

No había visto nada ni a nadie que hubiera despertado sus sospechas. Obviamente, tal como ella les hizo notar, la tienda era visitada cada día por cientos de clientes y curiosos.

María era una joven bonita, por lo que no habría sido extraño haber visto, en especial, a hombres charlando con ella. A menudo coqueteaba mientras trabajaba, pero no era del tipo de chica que hace citas con hombres desconocidos que aparecen sorpresivamente en la calle.

Tanto ella como Gonzales hicieron hincapié en lo mismo: no se podía esperar que recordaran a cada persona que entraba a la tienda o que charlaba con sus empleados.

Después de todo, tal como dijo Gonzales, a ellos se les pagaba por hablar con los clientes y venderles sus productos. No se podía considerar como algo inusual verlos entablando una conversación con un cliente o un visitante.

Tamayo y Morales pidieron que les llevaran sándwiches a su oficina y decidieron que luego hablarían con los parientes de las víctimas. Necesitaban encontrar alguna conexión entre Tévez y Juárez, pues ambos estaban seguros que debía haber una, en alguna parte. Ambos jóvenes vivían y trabajaban muy cerca, por lo que debía haber alguna razón para escogerlos como víctimas. No podía ser mera coincidencia.

Después de comer y beber abundantes cantidades de agua helada para intentar paliar el calor del día, se disponían a dejar la oficina para acudir a una entrevista con la madre de María Tévez, cuando sonó el teléfono. A regañadientes, Tamayo lo cogió para responder y, luego de escuchar durante algunos minutos, respondió seriamente:

—Sí, comprendo, señor Elizondo. Estaremos allá tan pronto como podamos.

Morales aguardaba expectante mientras Tamayo colgaba el auricular y miró a su amigo con curiosidad.

—Juan, me temo que debemos regresar a Teotihuacán de inmediato. Hay un grave problema. Sophia Kanakarides salió a investigar el hallazgo de lo que parece ser un cementerio en algún sitio del complejo central de templos. Le dijo a su equipo que regresaría en una hora, pero nunca apareció. Cuando Carlos Marán salió a buscarla encontró su bolso tirado bajo un árbol cerca de dos kilómetros de la Pirámide del Sol. Aparte de un burro pastando en la cercanía, no había signos de vida. Su equipo de trabajo no pudo ser hallado, solo unas pocas herramientas. Ella tampoco. Marán corrió todo ese trayecto de vuelta al museo y alertó al director. Sus propios compañeros la han

buscado por todas partes, al igual que el personal del museo, pero Sophia Kanakarides simplemente parece haber desaparecido.

Tamayo vio la impresión que inmediatamente mostró el rostro de su amigo, mientras Juan sentía cómo se hundía su corazón. A pesar de que solo recién había conocido a la arqueóloga norteamericana, había sentido una atracción inmediata por Sophia, la que iba creciendo con el paso de las horas, y bastaba la sola mención de su nombre para sentir palpitaciones en su corazón. Pero ahora, lamentablemente, parecía como si ella estuviese de alguna manera en peligro debido a su conexión con él.

¿Podría haber tropezado ella con algo o con alguien y, en su anhelo por ayudar con la investigación, encontrarse en serio peligro? Juan Morales ya se había hecho una promesa en lo que a este caso se refería. Había jurado atrapar al asesino para que la afligida madre de Bernardo Juárez pudiera, de alguna manera, poner punto final a su dolor. Ahora, con la desaparición de la mujer que había estremecido su corazón por primera vez en años, el caso se había convertido repentinamente en algo muy personal para el detective de Parral. Sabía, en lo más profundo de su corazón, que la desaparición de Sophia y los asesinatos estaban relacionados.

—Cisco, tienes razón. Debemos partir de inmediato. Tengo la sensación de que el bastardo que asesinó a esos dos jóvenes está involucrado en su desaparición. Tal vez ella tropezó con algo que no debería haber encontrado durante su excavación o tal vez resolvió lo de la identidad del asesino. No lo sé, pero siento que ella está en grave peligro.

—Entonces no tenemos un minuto que perder, amigo. ¡Vamos!

Tamayo condujo como un loco de regreso a las ruinas. Parecía como si el escarabajo conociera el camino hasta el sitio, por la manera cómo el pequeño coche se aferraba a las curvas de la carretera evitando cada protuberancia y cada bache de la tosca calzada que los condujo los últimos dos kilómetros hasta el estacionamiento.

Apenas hablaron durante el trayecto, cada uno hundido en sus propios pensamientos y tan pronto como se detuvieron, ambos literalmente saltaron del coche y se dirigieron una vez más hacia el museo, donde Héctor Elizondo los esperaba en la puerta de entrada principal, con una expresión preocupada en su rostro junto a su asistente, Álvaro de Tejado.

Sin embargo, fue Carlos Marán quien apareció sorpresivamente desde atrás de los funcionarios del museo y corrió veloz a recibir a los detectives. La angustia reflejada en el rostro moreno del hombre era algo evidente.

Resultó muy obvio para ambos detectives que Marán idolatraba a su jefa. Tal vez estaba un poco enamorado de ella. Morales pensó que Sophia era muy afortunada de tener tal hombre a su lado. Pensó que le agradaba muchísimo el diminuto Carlos Marán.

—¡Gracias a Dios que están aquí! Debemos encontrarla. Síganme, por favor.

Mientras Marán los acompañaba hasta la entrada del frío atrio del museo y Elizondo y De Tejado estrechaban solemnemente sus manos con ambos detectives, Juan no podía pensar en nada más que en la terrible imagen de Sophia Kanakarides tendida casi desnuda bajo el calor del sol al pie de la escalinata de alguna pirámide en la Calzada de los Muertos, con el corazón arrancado de su cuerpo aún vivo mientras ella todavía respiraba, sus gritos narcotizados haciendo eco en el vacío, muriendo en sus labios, y su vida esfumándose en miedo y terror.

Sin lugar a dudas, este caso se había vuelto extremadamente personal y, sintiendo la tensión que crecía en su amigo y socio temporal, Tamayo estiró una mano tranquilizadora y la colocó brevemente sobre el hombro de Morales.

Era lo que menos podía hacer y, en compañía de los hombres del museo y del asistente de Kanakarides, sintió también que, probablemente, era lo único que podía hacer.

El calor del sol desapareció cuando entraron en el frío interior del museo y Morales respiró profundamente apartando lo más lejos que pudo sus sentimientos por Sophia. Para poder encontrarla, necesitaría todas sus habilidades como detective y, al igual que Tamayo, intentó despejar su mente para enfocarse en lo que serían unos minutos dolorosos cuando ambos tuviesen que escuchar lo que los empleados del museo tenían que decirles. Ahora supo que, simplemente, debía encontrar al asesino, con la certeza de que había una conexión entre la desaparición de Sophia y el caso en el cual estaban involucrados.

Cualquier otra cosa sería demasiada coincidencia, y las coincidencias no eran algo en lo que Morales creyera demasiado. Sabiendo que el tiempo se estaba volviendo rápidamente en su contra y en contra de Sophia, puso su mente a trabajar de modo profesional y analizó la tarea que tenían por delante. Apartó, por el momento, sus sentimientos por ella, apretó los dientes y miró brevemente a Tamayo, quien comprendió el gesto que su amigo le dirigió.

Había mucho más trabajo por hacer aquí en la ciudad de los dioses.

Capítulo 12
¿No hay testigos?

Carlos Marán rápidamente puso al corriente a los detectives respecto al curso de los hechos que los hicieron volver otra vez a las antiguas ruinas de Teotihuacán.

—Señores, la doctora y los que formamos parte de su equipo de investigación arqueológica somos auspiciados por la Universidad de Arizona para llevar a cabo las excavaciones actuales en la ciudad, con la total cooperación de las autoridades mexicanas. La doctora mantiene estrecho contacto con la junta directiva del Servicio Geológico de los Estados Unidos, que tiene acceso al sistema satelital de Erebus.

Este sistema inteligente de recopilación de datos orbita diariamente sobre Teotihuacán. El servicio geológico nos ha facilitado imágenes muy precisas obtenidas gracias al sistema satelital del radar que penetra en la tierra. Verán. Cuando se entierra algún objeto extraño o materia orgánica inusual, como restos humanos, por ejemplo, con la consecuente alteración progresiva del terreno, este mostrará un leve aunque significativo cambio de color en el área circundante. Aunque es imperceptible para el ojo humano a nivel del suelo, estos cambios de color sí serían visibles en un reconocimiento aéreo y, en nuestro proyecto, cuando se relacionaron con la capacidad del satélite de ver a través de la capa superior de la tierra, resultó evidente para la profesora que algo parecía ocultarse bajo la superficie en un punto cercano a donde ella desapareció.

La doctora estaba segura de que habíamos encontrado un cementerio antiguo, tal vez de la época en que se construyó originalmente Teotihuacán, o incluso más atrás en la historia, dada la distancia desde el sitio principal de la ciudad. Tal vez, dijo ella, esta podría ser el área donde aquellos trabajadores o esclavos, que murieron durante la construcción de la ciudad, habían sido enterrados y las tumbas podrían entregar pistas vitales acerca de la génesis de la ciudad.

Ella había salido para realizar un examen preliminar de la zona, esperando encontrar suficiente evidencia que justificara una excavación detallada en esa área. Por supuesto, nunca regresó y, a pesar de que yo busqué en el lugar y en sus alrededores, solo encontré su bolsa de herramientas, antes de regresar al centro principal para dar la alarma. Esas herramientas son importantes para la doctora, se los aseguro, y no las habría abandonado a menos que algo terrible hubiese ocurrido. Su radio y su teléfono están desaparecidos. Estoy muy preocupado, capitán. Por favor, deben encontrarla.

—Haremos todo lo que podamos para encontrarla, señor Marán. Ahora, si es tan amable, llévenos al lugar donde desapareció la profesora —dijo Tamayo.

Marán, con una mirada de preocupación grabada en su rostro, rápidamente condujo a los detectives a pie hasta el lugar donde Sophia había sido vista trabajando por última vez y donde él había descubierto el bolso con herramientas.

Tamayo y Morales no tardaron en iniciar su propio examen del sitio donde desapareció Sophia. Marán les mostró el lugar exacto donde había localizado el bolso con herramientas, el cual dejó prudentemente en el mismo sitio donde lo había encontrado.

A pocos metros del árbol bajo el cual estaba el bolso, el burro que él había mencionado anteriormente, pastaba satisfecho sobre el escaso pasto que crecía en la tierra polvorienta.

Tamayo y Morales se separaron y rápidamente hicieron un examen del área alrededor.

—¿Son estas sus huellas, señor Marán? —preguntó Juan señalando una serie de pisadas casi paralelas a las que ellos tres habían dejado al aproximarse al árbol.

—Por supuesto —replicó el menudo arqueólogo—. Ese es el camino exacto que hice cuando vine a buscar a la profesora.

—Entonces estas no son sus huellas —exclamó Tamayo señalando un segundo conjunto de pisadas que comenzaba en el extremo más alejado del claro.

Juan y Carlos Marán se aproximaron a Tamayo, pero este alzó su mano para detenerlos allí donde estaban.

—Parece como si la profesora encontró a alguien aquí. Observen. Se pueden ver sus pisadas, las más pequeñas, como si se hubiera acercado a otra persona, quien, por el tamaño de esas huellas, era un hombre. Tal vez conversaron un instante y luego él hizo algo para dominarla.

Tamayo indicó un área donde el terreno parecía haber sido alterado por alguna actividad frenética.

—Aquí se pueden ver las señales de una riña, pero ¿dónde está ella? ¿Se la llevó con él? ¿Cómo lo hizo?

Ambos detectives examinaron el área minuciosamente, pero las pisadas los llevaron no más allá de unos pocos metros hasta unos matorrales y luego simplemente se extinguían. Morales observó al burro que seguía disfrutando de las escasas raciones proporcionadas por la naturaleza en el claro.

—Solo tenemos un posible testigo —reflexionó— y no puede hablar para decirnos qué sucedió aquí.

—Tal vez sí puede —replicó Tamayo mientras se acercaba al animal y acariciaba su cuello.

—¿Cómo…?

—Observa esto, amigo mío, hay marcas en su espalda como si hubiera transportado un peso y ha estado sudando profusamente. ¿Qué animal suda de esta manera si todo lo que ha estado haciendo es pastar tranquilamente? No, amigo, este pequeño burro tiene algo que decirnos, solo que no sabe cómo hacerlo.

—Tú crees que, quienquiera que tomó a Sophia, usó al burro para llevársela, ¿es eso?

—Sí, eso es precisamente lo que pienso, amigo mío. Sabremos más cuando traiga algunos hombres aquí y le echemos un vistazo con mayor detención a este burrito con el personal forense.

Tamayo regresó con Marán al museo dejando que Juan buscara más a fondo en los alrededores del sitio del secuestro, pues eso era sin lugar a dudas, y una vez allá, rápidamente usó el teléfono del director para llamar solicitando un equipo de búsqueda y un oficial forense.

Mientras tanto, Morales estudió cada centímetro del claro buscando algo, cualquier cosa, que pudiera darle una pista de la identidad del secuestrador de Sophia. Lamentablemente, pronto tuvo que abandonar la tarea por infructuosa, obstaculizada, además, por la necesidad de evitar alteraciones en cualquier rastro de evidencia que pudiera contener el área próxima a las pisadas que habían encontrado.

Solo sentía que debía hacer algo para intentar resolver rápidamente el secuestro y asegurar el regreso de Sophia a salvo. Pero comprendió que eso no sería una tarea simple.

Cuando regresó al museo, Tamayo sostenía una estrecha conversación con Elizondo y De Tejado. Marán no se veía por ninguna parte. Tamayo les

explicó que había enviado al asistente al lugar de estacionamiento a esperar al equipo de forense con instrucciones de llevarlos de inmediato al lugar de la desaparición de Sophia. Tamayo sabía que les tomaría al menos una hora llegar allí y, de esa manera, aprovechaba el tiempo para hablar con el director del museo y con su asistente.

Desafortunadamente ninguno de ellos pudo decirle algo que fuera de utilidad. Elizondo admitió haber visto a Sophia temprano ese día, cuando ella le habló acerca de la imagen satelital y de su intención de investigar en el claro. No la había visto ni escuchado desde entonces.

Su asistente fue aún más impreciso, negando haberla visto en todo ese día. De hecho, no la veía desde la tarde anterior, cuando solo se saludaron al pasar uno frente al otro cerca del sitio de la excavación arqueológica principal. Él iba a estudiar los glifos en una de las tantas paredes de un templo de la ciudad y no tenía idea hacia dónde se dirigía ella. No era de su interés.

Tanto Tamayo como Morales sentían cada vez más desagrado hacia De Tejado cuando se topaban con él. Era un individuo demasiado frío, extremadamente académico y muy distante, sin una mínima cordialidad con el resto de la humanidad, para gusto de ellos.

Morales se sentía sorprendido con el hombre, pero luego pensó racionalmente que sus sospechas eran infundadas. Solo porque aparentaba ser tan frío como un pez, no significaba que podía tratarse de un asesino a sangre fría, ¿verdad?

Le había hecho saber sus temores a Tamayo, quien pensaba, sin embargo, que las sospechas de su amigo merecían ser examinadas más a fondo.

Mientras se dirigían a la escena de la desaparición de Sophia para reunirse con los investigadores, Cisco estuvo de acuerdo en acelerar la revisión de rutina de los antecedentes del director adjunto del museo tan pronto como regresaran a la oficina central. Morales aceptó la sugerencia y, en vista de su ansiedad, Tamayo telefoneó al sargento Torrado para solicitarle que la investigación de De Tejado se intensificara. Quería saber todo lo que él pudiera descubrir acerca del sujeto y quería saberlo ¡de inmediato!

* * *

El técnico forense asistente, Manuel de la Peña, había finalizado un examen minucioso y detallado del burro cuando los dos detectives llegaron al claro. Dos oficiales que habían acompañado al técnico hasta el lugar, permanecían cerca resguardando la escena del posible secuestro de Sophia.

De inmediato De la Peña le indicó a Tamayo que el burro había sido usado recientemente como animal de carga.

—Observe aquí, capitán. Hay marcas sobre el lomo del animal que muestran un aplanamiento reciente del pelo a lo largo de su espinazo y un cúmulo de sudor rancio donde fue colocada la carga. También hay restos de barro en las pezuñas, aún un poco húmedo y, como usted verá, aquí en el claro no hay ningún lugar con barro, ni acá ni en los alrededores. Lo más importante es que encontré cabellos incrustados en el cuello del animal los que creo son humanos.

De la Peña sostuvo una pequeña bolsa transparente con evidencia y ambos hombres observaron atentamente su contenido. Aunque no podían asegurarlo, eran de la opinión de que los cabellos pertenecían a Sophia Kanakarides y eso fue suficiente para que Morales tuviese la certeza de que la mujer había sido secuestrada en contra de su voluntad y llevada, posiblemente inconsciente, sobre el lomo del burro.

—¿Sabemos a quién pertenece el burro? —preguntó Morales a los que estaban cerca y podían escucharle.

Al no obtener respuesta, se dirigió a uno de los oficiales para pedirle que regresara al museo y preguntara a Elizondo si él o alguien de su personal podían identificar al propietario del animal.

Veinte minutos más tarde, el oficial López regresó con la noticia de que el burro había estado viviendo en el claro durante mucho tiempo, según todos podían recordar. Nadie sabía quién era su dueño, si es que lo tenía, aunque siempre parecía estar bien alimentado y el viejo abrevadero ubicado en el borde del claro siempre estaba lleno con suficiente agua para satisfacer las necesidades del animal.

La investigación había topado nuevamente con otro muro de piedra.

Manuel de la Peña continuó con su informe asegurando que allí definitivamente había ocurrido una especie de lucha donde se mezclaban las huellas de pisadas y el terreno se veía alterado.

No había podido encontrar ningún rastro o evidencia en ese lugar y, tal como los detectives habían descubierto antes, las pisadas desaparecían justo detrás del claro. Sin embargo, había hecho un importante descubrimiento. Les mostró a los detectives un pequeño trozo de roca pulida y afilada que había hallado a pocos metros entre los matorrales en dirección a un sendero tosco que se perdía más allá del claro.

—¡Obsidiana! —exclamó una voz justo detrás de ellos.

Ambos se volvieron para encontrar a Marán observando fijamente el hallazgo pulido, que brillaba al sol con su acabado negro.

—Es la sustancia con la cual los olmecas y los aztecas fabricaban sus herramientas, tal como se los comentamos.

—¡Maldito bastardo enfermo! —maldijo Morales, mientras la certeza de que Sophia había sido raptada por el asesino de los dos jóvenes se hacía sentir profundo en su mente.

—Pero ¿por qué la doctora Kanakarides? —aventuró Tamayo—. ¿Qué peligro podría representar para el asesino? Tal vez pensó que ella averiguó algo que pudiera revelarnos su identidad.

—O quizás la quiere a ella como su siguiente víctima —dijo Morales estremeciéndose ante su propia idea.

—Pero, la doctora dijo que creía que la siguiente víctima sería un niño.

—¡Al diablo!, eso solo fue una teoría, no algo definitivo —continuó Morales con su rostro desencajado de ira ante la idea de la posible suerte que corría Sophia Kanakarides—. ¡Quién sabe lo que ocurre en la mente de un enfermo hijo de puta como este!

Viendo la angustia de su amigo, Tamayo comprendió que debía tomar el control de la situación. Entendió que Morales había desarrollado rápidamente sentimientos por Sophia Kanakarides y que, si se le daba la oportunidad, buscaría en toda la zona con sus propias manos y de rodillas, en una cacería infructuosa de pistas.

Tamayo estaba casi seguro de que ya no había nada más que averiguar allí en la Ciudad de los Dioses. Las soluciones a este puzle estaban en otra parte, de eso estaba seguro.

—No podemos hacer nada más aquí por ahora, amigo mío. Tenemos que regresar a Ciudad de México y continuar nuestra investigación allá. Deberíamos examinar más detenidamente los antecedentes de las primeras dos víctimas. Puede haber algo que hemos pasado por alto y que los relacione con la profesora Kanakarides o con el asesino, o con ambos.

—Si hay algo, espero que lo hallemos a tiempo. Pero, si ellos hubiesen tenido alguna conexión con Sophia, de seguro ella lo habría mencionado.

—Tal vez Sophia no estaba al tanto de cómo se relacionaban con ella —insistió Tamayo—. Incluso esa conexión puede existir solo en la mente de su secuestrador.

—Debemos movernos rápido, Cisco, muy rápido. Lo cierto es que ella está en peligro y tengo una sensación muy negativa acerca de cómo podría terminar todo esto.

—Nos moveremos rápido, amigo mío, muy rápido. Lamento que tus vacaciones hayan tomado este giro desafortunado, pero tengo la suerte de contar contigo. Juntos resolveremos este caso y encontraremos a Sophia viva y en buen estado. Estoy seguro de eso.

Morales asintió indicando aprecio por los sentimientos de su amigo, pero no dijo una sola palabra. Su mente continuaba luchando por hacer frente a la indescriptible imagen de Sophia Kanakarides, atada y casi desnuda, tendida sobre una fría losa de piedra e incapaz de protegerse frente a un loco sosteniendo un cuchillo de obsidiana e inclinado sobre su cuerpo tembloroso dispuesto a comenzar su obsceno ritual asesino. Se estremeció involuntariamente, luchando por centrar su mente una vez más e intentando permanecer distante y profesional, como debía ser.

El viaje de regreso a la ciudad pareció hacerse eterno, a pesar de que no había demasiado tráfico y de que Tamayo mantuvo su pie presionado sobre el acelerador la mayor parte del tiempo, disminuyendo la velocidad solo cuando las condiciones se lo exigían.

Sin perder un minuto, ambos detectives comenzaron de inmediato a revisar todo lo que sabían del caso. Necesitaban descubrir una conexión entre Sophia y las dos víctimas o, al menos, descubrir una pista para identificar al asesino, enterrada en alguna parte de los escasos hechos conocidos por ellos.

Tamayo rápidamente puso a Torrado a trabajar apurando la investigación de los antecedentes del director adjunto del museo. De alguna manera estaba seguro de que De Tejado mantenía cierta conexión con el caso de una forma que ellos aún no habían determinado.

Mientras, Tamayo y Morales iniciaron un intenso examen de cada fragmento de información que ya tenían asimilado. Algo, en alguna parte, tenía que relacionar al asesino con las víctimas y con Sophia Kanakarides. Ellos únicamente debían descubrir cuál era esa conexión.

Morales sintió que su cabeza comenzaba a dolerle. Cerró los ojos mientras frotaba sus sienes. La visión de los cuerpos descompuestos de seis monaguillos muertos en la cripta de la iglesia en Parral, llenó su mente.

Capítulo 13
Despertando al terror

Lentamente recuperó su conciencia y de inmediato sintió la frialdad de su situación.

Intentó moverse, pero no pudo y su cabeza le dolía. Sintió como si estuviera despertando de un sueño muy profundo, a pesar de que su mente, en principio, se negaba a recordar qué había ocurrido para haberla llevado a su actual situación.

El sol había desaparecido o, al menos, ese fue el primer pensamiento que cruzó su mente mientras luchaba por abrir los ojos. La oscuridad que la rodeaba era absoluta y sintió algo frío contra su espalda.

«Esto no está bien. ¿Dónde se ha ido el sol? ¿Por qué siento tanto frío? ¿Qué demonios sucedió?».

Intentó moverse nuevamente, pero solo confirmó lo que había sentido en un principio. Simplemente no pudo; sentía su cuerpo paralizado.

Lentamente, la comprensión de lo que sucedía se deslizó por su mente. Ahora, cuando el aire denso que nublaba su cerebro comenzó a despejarse, regresó la horrorosa realidad de las últimas horas. Recordó al hombre, ¡vaya sorpresa! No había esperado encontrarlo allí y luego recordó haber visto el cuchillo que llevaba a un costado. Vagamente recordó, también, haberle preguntado de dónde había salido el cuchillo, pero luego todo pareció suceder muy rápido, tomándola por sorpresa. Y el horror.

Aunque ella había hecho la pregunta de manera inocente, creyendo que el hombre había encontrado el objeto en alguna parte en ese lugar, él debió pensar que Sophia sospechaba, pues enseguida la atrapó sin previo aviso, sujetándole los brazos en la espalda. Ella luchó intentado darle puntapiés, pero él demostró ser más fuerte y luego, repentinamente, todo se había vuelto oscuro.

Debió golpearla lo suficientemente fuerte como para dejarla inconsciente, a pesar de que Sophia no podía recordar el puñetazo. No pensó que él fuera

capaz de tal cosa, pero las condiciones en que se encontraba demostraban a todas luces sus capacidades y ahora ella estaba allí, en medio de la oscuridad, con demasiado frío y aún sin poder moverse.

Cuando sus ojos se acostumbraron a la oscuridad, pudo distinguir formas difusas y una configuración irregular del recinto en el cual se encontraba. Allí parecía no haber ventanas, pues si las hubiera, ella habría podido ver algún tipo de luz, incluso si las hubiesen oscurecido con pintura. Tal vez existían, pero estaban cubiertas con persianas metálicas o, simplemente, no existían.

Su desorientación era casi total. No tenía manera de saber o estimar la hora. Podía ser de noche o de día, no lo sabía, y descubrió que ese simple hecho era desconcertante y aterrador. Tal vez estuvo inconsciente por horas o días. Su mente no tenía manera de calcular cuánto tiempo había estado en ese terrible lugar.

Cuando su cabeza se aclaró un poco más, Sophia por fin consiguió entender plenamente por qué era incapaz de moverse. A medida que sus ojos se acostumbraban a la oscuridad en el frío e intimidante recinto, descubrió que estaba encadenada de las muñecas y los tobillos por grilletes metálicos sujetos a una pared. Esa era la frialdad que podía sentir contra su espalda.

Además estaba sujeta por una correa de cuero que le rodeaba la cintura y que también estaba fija a la pared.

Se dio cuenta de que estaba desnuda, bueno, casi desnuda. Le habían sacado la blusa, la falda y las botas, dejándola en ropa interior.

El miedo invadió su mente y su cuerpo como una inyección intravenosa cuando cayó en la cuenta del aprieto en el cual se encontraba.

Ahora sus ojos habían comenzado a enfocar un poco más claramente y entonces pudo examinar su entorno.

Distinguió apenas un indicio de complejos diseños pintados sobre la pared opuesta a ella. Representaban escenas similares a aquellas que había estudiado en las pirámides de Teotihuacán. No tenía dudas: se encontraba en una especie de versión recreada de un templo de la zona en ruinas. La imagen que se vislumbraba en medio de la pared de una representación del dios jaguar y de sus sacerdotes asistentes, le produjo escalofríos en la columna.

Ahora ya no le cabía duda alguna acerca del destino que le aguardaba en manos de su secuestrador, el hombre que la había sorprendido en el claro.

¿Por qué, pensó, había escogido ese momento para ir allá? ¿Por qué no había esperado una hora o, al menos, se había asegurado de llevar a Marán o a alguno del equipo con ella? Si lo hubiera hecho, tal vez no estaría aquí ahora.

Por el momento, Sophia comprendió que debía hacer algo para intentar escapar, pero ¿qué podía hacer? Luchó por soltarse de sus ataduras en un intento obvio pero inútil por liberarse de los grilletes. Su mente regresó a la idea de razonar con él, pero de inmediato la descartó como algo inútil. Este asesino ya había matado dos veces y ella conocía su identidad, por lo que parecía haber muy poca o ninguna posibilidad sobre la tierra de que él estuviera dispuesto a entablar una conversación amable para luego dejar que se marchara de allí.

Mientras su mente se esmeraba ante otra serie de planes para escapar igualmente desesperados e inútiles, se sorprendió al volver a la realidad con el sonido de una puerta al abrirse.

Cuando una luz resplandeciente se derramó a través de la puerta de entrada en el lado opuesto del recinto, vislumbró una figura destacada contra el pasillo brillantemente iluminado que se extendía detrás. ¡Era él!

Tomándose su tiempo antes de encender un interruptor cerca de la entrada y que accionaba una luz brillante proveniente de un tubo fluorescente que sobresalía del techo, el hombre se aproximó lentamente y Sophia por fin pudo ver el alcance de su demencia convenciéndose de que estaba totalmente desquiciado. Eso, y su propia situación fuertemente atada a unos grilletes, le confirmaron que no había razón para tener ningún tipo de esperanza.

El hombre permaneció de pie en el portal por un momento y luego comenzó a avanzar lentamente hacia ella cruzando la sala, vestido con un traje que solo podía provenir del museo, probablemente del mismo museo de Teotihuacán.

Tenía todo el aspecto de un antiguo sacerdote, con su cuerpo adornado con el atuendo más suntuoso imaginable. El manto que cubría sus hombros parecía estar confeccionado con capas de oro entrelazadas o láminas de oro y sobre su pecho colgaba una pechera semejante a un escudo adornada con una imagen estilizada de una criatura mitad hombre, mitad jaguar.

Columnas de plumas de brillantes colores colgaban desde su cintura sujetas a una faja y sobre su cabeza llevaba un yelmo labrado con la representación terrorífica de una cabeza de jaguar enseñando sus dientes y con el espacio suficiente entre ellos como para que mostrara su rostro a través de la abertura que representaba su hocico muy abierto. Sus brazos estaban pintados con tatuajes rituales como los que una vez adornaron los cuerpos de aquellos que ostentaban altas posiciones dentro del sacerdocio en aquellos días ya muy lejanos.

Esa cosa espantosa se adelantó hacia ella y Sophia intentó retroceder contra la pared, una proeza imposible en su actual estado, engrillada como estaba.

Bajó la mirada hacia la mano derecha del hombre cuando este se aproximó y pudo ver el terrorífico objeto que llevaba en ella. Fabricado a partir de la roca volcánica pulida y endurecida que había sido el material escogido para las herramientas de las antiguas culturas de Mesoamérica, la daga de obsidiana brillaba bajo la luz fluorescente que bañaba el recinto.

El hombre se acercó hasta donde estaba, engrillada contra la pared, se detuvo justo frente a ella y sonrió. La maldad y la locura desbordantes reunidas en esa sonrisa hicieron que la sangre de Sophia se congelara. Su rostro no mostraba emoción alguna y Sophia supo, sin lugar a dudas, que la mataría pronto, de una manera horrible y dolorosa.

—Sophia, mi querida profesora, bienvenida —dijo con una voz que ella reconoció muy bien—. ¿Qué opina de mi templo personal?

—¿Templo? ¿Cuál templo? Todo lo que yo veo es un apestoso y estrecho sótano. Eso es lo que es este lugar, ¿no es así? ¿Un sótano? Sin ventanas, sin aire, tan solo apropiado para su miserable proyecto asesino, yo diría.

—Valientes palabras, mi querida profesora, en efecto muy valientes, pero, como puede ver, esto es un templo. Yo soy Cuahátal, el último sumo sacerdote de mi pueblo y usted tendrá el honor de servirme a mí y a mis dioses.

—¿Cuahátal? Ahora resulta que hay un nuevo sacerdote. Nunca había escuchado ese nombre en alguna de las lenguas antiguas, ¿o lo inventó usted mismo? ¿Servirle a usted y a sus dioses? No, no lo creo. Todo lo que usted quiere es otra víctima para su cuchillo. Está loco si cree que se saldrá con la suya. Lo encontrarán muy pronto y cuando lo hagan…

—Cuahátal es el nombre que mi pueblo otorgaba al supremo sacerdote hace ya mucho tiempo. Tan solo la más alta autoridad de nuestra religión podía ostentar ese nombre y se transmitía de una generación a otra para ser llevado por el que se considerara más digno. Siempre ha habido un Cuahátal, aunque no esperaría que usted lo supiera, profesora Kanakarides. Sus conocimientos no son tan grandes como piensa.

—Por favor, déjeme ir —dijo Sophia, cambiando abruptamente de táctica —. Me interesa muchísimo aprender de esas cosas de las que habla. Si existen vacíos en mis conocimientos acerca de su pueblo, entonces deseo aprender, saber más.

—Oh, sí, usted aprenderá, profesora, y aprenderá todo acerca de la ceremonia muy pronto. Conocimiento de primera mano de un rito ancestral, el sueño de los arqueólogos, ¿no lo cree?

Sonrió nuevamente con esa sonrisa fría y maligna, y Sophia se estremeció aún más.

—Pero primero, usted será testigo del sacrificio que me convertirá en el ser más poderoso de mi mundo. La sangre del inocente se derramará en el cáliz sagrado y usted tendrá el privilegio de convertirse en mi audiencia, porque debe haber una audiencia. La ceremonia debe ser presenciada y mi transformación reconocida públicamente. Usted es ese público, profesora. Desafortunadamente, después de que finalice la ceremonia, usted comprende, no puedo permitir que se vaya, seguramente usted lo debe entender. Correría hacia el valiente capitán de la policía y le informaría de mi nueva identidad, y todo mi trabajo no habría servido de nada. No, mi querida profesora, cuando la sangre del sacrificio del inocente haya llenado el cáliz sagrado y el corazón del sacrificio descanse en el Chac Mool, usted también será ofrecida a los dioses. Su sangre se unirá a la del sacrificio en una ofrenda jubilosa que me confirmará para siempre como el ser más grande de la tierra. Me convertiré en el jaguar sagrado y seré todopoderoso para siempre.

Mientras las palabras del hombre retumbaban en sus oídos, Sophia se daba cuenta con absoluta certeza de que pretendía sacrificarla a ella y a un niño para sus supuestos dioses.

Entonces Cuahátal se desplazó hacia el centro del sótano donde Sophia había visto antes un objeto que sobresalía cubierto totalmente con una vieja lona. Con un gesto sorpresivo y exageradamente dramático, el hombre cogió la lona y, cual mago jalando un mantel para dejar la mesa completamente expuesta, la arrancó de un tirón del objeto que cubría y Sophia vio la figura grotesca de Chac Mool con su receptáculo manchado de sangre, listo y dispuesto a recibir el vital elemento de sus últimas víctimas.

No había esperanza, lo sabía. No podía haber manera de que Juan Morales o Cisco Tamayo lo resolvieran a tiempo. Estaba segura de eso. Incluso si lo lograban, ¿cómo sabrían dónde buscar? No tenía idea dónde estaba y tenía la certeza de que los detectives tendrían un arduo trabajo para hallar ese lugar, dondequiera que estuviese, o lo que fuera, aún si descubrían la identidad del hombre.

Mientras colgaba de sus grilletes firmemente atada contra la fría y dura pared del sótano, Sophia Kanakarides sintió la helada mano de la muerte deslizándose lentamente hacia ella. Sabía, sin lugar a dudas, que el hombre

estaba loco, totalmente demente con sus delirios y, a menos que se produjera un milagro que la liberase de su situación actual, ella pronto se convertiría en un instrumento involuntario y poco dispuesto para su loco juego de fantasía religiosa. A pesar de sus intentos por permanecer objetiva y profesional, comenzó a llorar en silencio.

El ser demente que se encontraba frente a ella se acercó y una mano fría y húmeda se deslizó por su mejilla, secando sus lágrimas.

—¿Por qué las lágrimas, profesora? Debería regocijarse. ¡Qué oportunidad concedida a tan pocos en la tierra! Será testigo de una ceremonia que se creía muerta hace mucho tiempo. Usted será mi propia cronista, aunque obviamente, no podrá escribir ni publicar las notas de lo que verá aquí. ¡Ja, ja…! —rio el hombre y Sophia sintió la maldad que emanaba de él, alcanzándola, envolviéndola.

Sorpresivamente, la mano de Cuahátal descendió para acariciar sus pechos y ella intentó escapar de su contacto, pero el hombre la presionó fuertemente contra la pared.

—No se preocupe, querida Sophia. No será atacada de ese modo, no, no por mí. El sexo viene más tarde para el sumo sacerdote, cuando haya completado todas mis tareas, pero hasta entonces, por supuesto, usted tampoco tendrá ningún interés en tales cosas, ni en nada más. ¿Es usted virgen, querida? Creo que no, pero los placeres de la carne se han acabado para usted.

Incapaz de controlarse por más tiempo, Sophia lloró desconsoladamente. Sentimientos de desesperación por lo irreversible la agobiaron y su cuerpo desfalleció sostenido por los grilletes.

El hombre que ahora se hacía llamar Cuahátal acarició una vez más el rostro de Sophia y sonrió.

Capítulo 14
Piezas faltantes

—¡Maldición, hace mucho calor aquí! —exclamó un enfurecido Francisco Tamayo—. Así es todos los meses, generalmente los días más calurosos de la semana.

Lamentablemente para los tres hombres reunidos en torno al escritorio de Tamayo, su comentario acerca del desperfecto en el sistema de aire acondicionado de la oficina central les había afectado, sin duda.

Morales, Torrado y, de hecho, cada uno de los empleados del edificio, hicieron todo lo posible por no verse afectados por la temperatura que se elevaba rápidamente. Sin excepción, todos los hombres se habían quitado la chaqueta quedando en mangas de camisa y aquellos que habían cometido el error ese día de usar camisa de manga larga, se las habían arremangado en un intento por mitigar el exceso de calor.

Morales secó el sudor de su frente con un pañuelo blanco que ya estaba empapado de tanto usarlo para ese fin. El ventilador eléctrico sobre el escritorio de Tamayo continuaba zumbando sin cesar con algo de éxito en redistribuir el sofocante aire caliente que parecía colgar pesadamente como una nube desde el techo de la sala.

—Ayudaría un poco si abrieras alguna ventana, Cisco —le dijo a su amigo, mientras miraba los grandes vidrios de los paneles de las ventanas que se extendían desde el suelo hasta casi llegar al techo, carentes de cualquier medio para poder admitir algo de aire hacia el interior.

—Es culpa del arquitecto idiota que diseñó este lugar, amigo mío. Decidió que colocando aire acondicionado, podía ahorrarse unos pocos pesos en lugar de colocar ventanas que se pudieran abrir, al menos no en los pisos superiores. Hay algunas que se abren en la planta baja, pero eso es todo, me temo. Estaría bien si hubiese incluido un sistema de aire acondicionado decente en sus planos en lugar de esta mierda de pésima calidad que tenemos ahora. Tomen, beban otro trago de agua —dijo alcanzándoles vasos plásticos

a Morales y Torrado, después de llenarlos del dispensador que había junto a la pared cerca de su escritorio—. Al menos, está fría.

Morales echó un vistazo al dispensador de agua.

—Está casi vacío, Cisco. Una vez que se acabe, nos deshidrataremos si no podemos salir de aquí y encontrar algún lugar donde refrescarnos. Con el sol penetrando por esa ventana, es como estar en un invernadero.

—Lo sé. De prisa, Torrado, ¿qué tienes para nosotros?

—Bien, capitán, me temo que la revisión de los antecedentes del señor De Tejado no parece ayudarnos mucho. Está limpio, hasta donde pude averiguar. El director adjunto del museo parece haber llevado una vida impecable. Nació en Guadalajara hace treinta y cinco años, sus padres son abogados y es un hombre muy exitoso. Está casado con Anna, no tiene hijos y posee una propiedad bastante grande en Coyoacán. Es un hombre bien educado, asistió a la universidad en Ciudad de México y posee grados en antropología y arqueología forense. Es considerado por sus colegas algo así como una autoridad en la cultura de los aztecas, los olmecas y los toltecas. Sé que ese punto por sí solo lo colocaría muy alto en nuestra lista de sospechosos, pero ustedes comprenderán que es muy usual que alguien en su posición posea tales antecedentes o posea ese conocimiento tan estrecho de las culturas originarias de México. Aparte de sus credenciales académicas, no hay nada en sus antecedentes que sugiera un comportamiento aberrante o alguna tendencia a conductas criminales. El hombre, a lo sumo, ha sido multado por una infracción de tránsito.

—Eso no significa que nunca haya hecho algo malo, solo que nunca ha sido atrapado —dijo Tamayo.

—Pero eso no nos da algo con qué proseguir, mucho menos un motivo para detenerlo e interrogarlo —replicó Morales.

—Es verdad —contestó Tamayo, con cierta desilusión en su voz. Había confiado en que algo aparecería en el historial de De Tejado, algo que pudiera llevarlos a descubrir algún secreto o dos en la vida del asistente del director del museo.

Aun así, como sospechoso, De Tejado seguía encabezando la lista mientras Morales y Tamayo aguardaban el informe de Raúl Sifuentes acerca de la vida personal de las dos víctimas. Al joven detective se le había asignado la tarea de ahondar en sus antecedentes a solicitud de Tamayo, quien tenía en gran consideración las habilidades del oficial. Necesitaba resultados rápidos y sabía que Sifuentes era el hombre indicado, si es que había alguien en su equipo que pudiera lograrlo.

Torrado dejó que ambos capitanes de la policía esperaran a Sifuentes y regresó a sus deberes. Francisco Tamayo deseaba ir más allá, incluyendo en su investigación los antecedentes de todo el personal del museo de Teotihuacán. Pero el tiempo era esencial y ambos amigos sabían que esa tarea demandaría muchas horas a Torrado, ciertamente más de las que ellos sentían que le quedaba a Sophia si, como creían, había caído ya en manos del asesino.

La verdad es que el tiempo se había detenido para Morales. Sus ojos vagaban ansiosos sobre el reloj de pared en la oficina de Tamayo, cuyo segundero parecía flotar entre cada clic mientras se movía alrededor de la esfera. Los segundos se transformaban en minutos y los minutos en horas mientras él y Tamayo revisaban y volvían a revisar cada trozo de información que habían reunido y, la verdad sea dicha, había muy poco en lo cual basarse.

Tamayo desapareció por un instante para hacer una visita a la morgue, pero el doctor Hernández no había obtenido nada nuevo. Lo había intentado, pero no pudo darles más información. Los cuerpos de ambas víctimas habían entregado todo lo que podían. El asesino era muy inteligente, de eso podían tener certeza. La casi desnudez de los cuerpos, la ausencia de vestimenta que pudiera haber contenido rastros importantes de evidencia, todo eso actuaba a favor del asesino y dejaba a los detectives buscando pistas infructuosamente.

Juan Morales continuaba preocupado.

Habían pasado muchos años desde que se había divorciado de Elena. Como muchas de las esposas de policías, había sido incapaz de enfrentarse al estrés, a la presión y a la constante preocupación de que su marido pudiera salir de casa un día y no regresar. Lo imaginaba tirado en una zanja en cualquier lugar, baleado por un traficante de drogas demente o algún otro delincuente. Era demasiado como para soportarlo.

Su matrimonio, como el de muchos oficiales del cuerpo de policía, había terminado prematuramente en un tribunal de divorcios. A pesar del catolicismo de Morales, el divorcio había producido una ruptura entre Juan y su hermano Rodrigo, el sacerdote, pues este fue incapaz de aceptar que Juan se desviara de las enseñanzas de la Iglesia Católica. El posterior quiebre sicológico de Rodrigo y su trágico final dejaron a Juan con cicatrices que se negaban a sanar.

Ahora, habiendo conocido a Sophia y pensando que tal vez él le gustase tanto como ella le gustaba a él, Morales esperaba secretamente que su futuro pudiera ser un poco más prometedor que su pasado reciente.

Su buen amigo Cisco Tamayo ya había notado lo que pasaba con Juan, como era obvio. Los dos siempre habían tenido problemas para mantener

secretos entre ellos, así de bien se conocían uno al otro.

Con la desaparición de Sophia, Morales había sido arrastrado de nuevo al pantano de la desesperación que antes lo había atrapado tan intensamente después de la muerte de su hermano. La idea de que la próxima vez que la viera podía estar muerta y expuesta en alguna parte de las ruinas de Teotihuacán lo hacía sentir como si estuviera viviendo una pesadilla. Tenía que encontrarla antes que eso sucediera.

Necesitaba que Sifuentes encontrara algo, cualquier cosa que conectara a las víctimas con el asesino. Tan solo una pista, es todo lo que quería, para que él y Tamayo tuvieran algo en qué basarse.

Mientras el reloj de pared continuaba su inexorable marcha hacia una tragedia inevitable, la puerta de la oficina de Tamayo se abrió y un sudoroso Raúl Sifuentes se abrió paso con su frente casi inundada de sudor y su chaqueta sobre los hombros.

Morales lo observaba expectante mientras el oficial entregaba su informe a Tamayo.

—Capitán, estuve en la tienda donde trabajaba Juárez. Una de las dependientas me dijo que creía que Bernardo tenía un «secretito». Me sugirió que fuera a visitar a Alfredo Moro, quien administra el bar de la esquina en la calle donde se encuentra la tienda. Moro me contó que Juárez solía encontrarse con otro hombre allí. Es un lugar donde se reúne la comunidad gay local, aunque Bernardo no tenía un amigo en especial, de acuerdo a lo dicho por Moro. En cuanto a María Tévez, no pude encontrar conexión entre ella y Juárez aparte de la proximidad de sus lugares de trabajo y al hecho de que vivían en la misma zona. Definitivamente ella no era lesbiana. Al parecer tenía cierta popularidad entre los jóvenes de la localidad y había tenido algunos pretendientes en el último tiempo, aunque nada duradero y con nadie en particular en ese momento. Naturalmente puedo profundizar un poco más en esta investigación, pero eso llevaría más tiempo, y usted dijo que quería un informe rápido.

—Gracias, Sifuentes. Lo ha hecho muy bien. Ahora vaya e intente refrescarse en alguna parte.

El joven detective desapareció casi tan rápido como había aparecido, ansioso por encontrar un lugar donde pudiese escapar del calor opresivo del edificio.

Tamayo y Morales consideraron que quizás la información de Sifuentes podría llevarlos a alguna parte.

—Entonces, Bernardo Juárez era gay —dijo Tamayo.

Aunque la homosexualidad era considerada como un pecado por la Iglesia Católica Romana, la comunidad gay en Ciudad de México había crecido con los años y ahora ya no era algo que la gente mantuviera como un secreto muy bien guardado. Sin embargo, aún existía una gran mayoría que consideraba aberrantes tales prácticas y Bernardo se había enfrentado no solo a las burlas, sino también a una abierta hostilidad de parte de algunos que estaban al tanto de su homosexualidad.

¿Pudo eso por sí solo haber dado un motivo para su asesinato? Y si así fuera, ¿dónde encajaba María Tévez en la ecuación? Si el asesino demostraba ser alguien que odiaba a los homosexuales, eso no explicaría la muerte de la muchacha. No habría un motivo. No, allí tenía que haber algo más, algo más profundo, de eso estaban convencidos.

Por ahora, sin embargo, solo habían logrado obtener algo más de información, tan solo un poco más de la que poseían hace un instante.

Morales propuso la teoría bastante aceptable de que tal vez Bernardo era bisexual y que él y María se habían involucrado sentimentalmente, lo que provocó los celos de alguno de los amigos gay de Juárez.

Tamayo estuvo de acuerdo en que tal escenario podría haber dado un motivo, aunque nuevamente no tenían evidencia que sustentara tal teoría.

Ni Morales ni Tamayo tenían algún prejuicio hacia Bernardo o hacia aquellos que compartían su orientación sexual. Ambos hombres habían trabajado como detectives lo suficiente como para saber que el bien y el mal existen en todos los ámbitos de la vida, y que la tendencia sexual de una persona no tiene relación con la posibilidad de que esa persona caiga en una vida de crímenes. Sin embargo, debían considerar que Bernardo Juárez pudo haber provocado la ira de una o más personas que mantenían fuertes sentimientos negativos hacia él, ya sea debido a su homosexualidad, o tal vez contra la comunidad gay en general.

Pero, si ese era el caso ¿dónde se ajustaba el elemento del sacrificio ritual en este cuadro? ¿Podía la naturaleza ritual de los asesinatos ser tan solo una pantalla, una manera de distraer y desviar la investigación policial? O, más terroríficamente que todo, ¿estaban enfrentándose con alguien que genuinamente creía ser un sacerdote de alguna de las antiguas religiones y que consideraba un deber sagrado sacrificar a sus víctimas como ofrenda a los dioses? Si era así, Tamayo y Morales sabían que tal persona sería mucho más difícil de rastrear y atrapar pues, sin duda, cubriría muy bien sus huellas, probablemente viviendo una vida normal ante los demás mientras realiza sus ritos infames en un lugar apartado de su existencia diaria.

El caso había tomado la apariencia de un rompecabezas con muchas piezas importantes extraviadas. Ambos sabían que debían encontrar esas piezas y colocarlas en el lugar correcto del puzle, si aún estaban a tiempo de salvar a Sophia Kanakarides, para quien seguramente el tiempo se estaba acortando.

Capítulo 15
Primera pista

Después de una tarde frustrante, ambos detectives regresaron al apartamento de Tamayo para ducharse y cambiar su ropa. Morales quería permanecer en la oficina central o, incluso, salir a las calles y hacer más preguntas a los amigos de las víctimas. Su idea era dedicarse a hacer algo, lo que fuera.

Tamayo había insistido en regresar al apartamento, alimentar a Jerry, tomar un descanso, ducharse, cambiarse de ropa y ordenar sus ideas lejos del bullicio y la confusión de la oficina. Le había prometido a Morales que, tan pronto como se hubieran refrescado adecuadamente, e insistió que eso también incluía alimentarse, se reportarían a la oficina y regresarían a la tarea de encontrar a Sophia viva, sana y salva.

—Tienes razón, Cisco. Ambos trabajamos mucho mejor con algo de comida en nuestro estómago y yo, y también tú, amigo mío, definitivamente necesitamos una ducha —dijo Morales, levantando sus brazos para notar el olor más bien desagradable que emanaba de sus axilas.

El gato Jerry parecía estar muy complacido de verlos y corrió a restregarse contra la pierna de su nuevo amigo tan pronto como Juan cruzó la puerta.

—Hola, pequeño —dijo Morales—, desearía que pudieras darme una pista en este misterio. ¿Qué tal un poco de intuición felina, eh?

—No esperes nada de él —murmuró Tamayo—. Tan pronto como tiene alimento en su barriga y un lugar tibio para dormir, se siente feliz y satisfecho. Si se trata de otra cosa, olvídalo.

—¡Amigo mío! —exclamó Morales entusiasmado—, me has dado una idea. ¿Quién dice que tu gato no puede ayudarnos? ¡Madre mía, Cisco, olvidamos el burro!

—¿El burro?

—Sí, el burro. Nadie sabe a quién pertenece pero siempre parece estar alimentado y con agua. El animal aparentemente fue usado para transportar a

la doctora, por lo que es seguro presumir que el propietario sea también el secuestrador. Deberíamos poner bajo vigilancia al burro en el claro y ver quién viene a alimentarlo.

Francisco Tamayo sonrió en un gesto de esperanza.

—Pero, Juan, amigo mío, eso es tan simple que solo podría ser idea de un genio. Pero, presta atención, ¿sería tan estúpido el asesino como para ocuparse tan abiertamente del animal cuando sabe que nosotros ya descubrimos que usó al burro para ayudarse en el secuestro de la profesora Kanakarides?

—¿Quién sabe? Seguramente vale la pena intentarlo, Cisco. Si usa al animal regularmente, debe alimentarlo con el objeto de mantenerlo en forma para su papel de bestia de carga. Incluso si envía a alguien más a alimentarlo, esa persona podría llevarnos hasta él, quienquiera que sea.

—Yo dudo que sea tan estúpido, Juan, pero te concedo que vale la pena el intento.

De inmediato Tamayo telefoneó a la oficina e instruyó a Torrado para que enviara a dos hombres a vigilar el claro e identificar a cualquiera que llegase a alimentar al burro. En un principio, Torrado escuchó la orden muy divertido ante la idea de vigilar a un burro en medio de la noche, pero, después de que Tamayo le explicara la teoría de Morales, él también entendió la importancia y envió a dos hombres con la orden precisa de mantenerlo vigilado hasta que alguien llegara a alimentarlo.

Al fin Juan Morales sintió que estaban haciendo algo que valiera la pena dentro de su gran esfuerzo por encontrar a Sophia y, después de ducharse y comer enchiladas de pollo muy bien preparadas por Francisco Tamayo, se sintió listo para proseguir en la búsqueda, esta vez con un grado de esperanza. Resultaba sorprendente lo que la comida y una ducha caliente podían hacer con la confianza de un hombre.

* * *

A solas en medio de la oscuridad, Sophia había perdido casi toda la capacidad de sentir algo en sus manos y pies. La tensión de los grilletes alrededor de las muñecas y de los tobillos prácticamente había cortado la circulación de su sangre hacia sus extremidades y el dolor de colgar en una posición antinatural contra la pared se había vuelto casi insoportable. Le dolía el cuello y la cabeza había comenzado a caer sobre su pecho.

La dura correa que rodeaba su cintura y la mantenía atada, era como una prensa de sujeción que cortaba la respiración proveniente de sus pulmones.

El hambre comenzaba a atormentarla. No podía recordar cuando había comido por última vez y la pérdida de la noción del tiempo hacía imposible cualquier intento por recordarlo.

Sentía la lengua hinchada y seca. Tenía una sed intensa y se sentía más débil de lo que recordaba haber estado alguna vez. El hombre no le había dado comida ni agua desde que la había colgado en el sótano oscuro. Sophia suponía que él no consideraba necesario alimentarla si pronto iba a morir.

Ya se había resignado a ese hecho cuando comprendió que la probabilidad de que alguien sospechara de él como el asesino era prácticamente nula, lo que implicaba que no la encontrarían a tiempo. Moriría ahí en ese frío y sucio sótano, y sería de manera horrible.

Intentó borrar la idea de lo que él pretendía hacerle, pero los pensamientos siempre regresaban a su mente. Observó la tarima de piedra en el centro del recinto, donde la encadenaría antes de comenzar a abrir su pecho y dejar al descubierto su corazón palpitante. Se preguntaba si antes la drogaría para dar cierta santidad al dolor de la incisión y al desgarro de su torso. ¿Estaría viva aún, se preguntaba, cuando le sacara el corazón para depositarlo en el Chac Mool, la vasija para el sacrificio donde haría su ofrenda a los dioses? Esperaba morir mucho antes de eso, pero no lo sabía con certeza, y el hecho de no saberlo la aterrorizaba casi tanto como la idea del sacrificio mismo.

No tenía idea de cuánto tiempo había estado colgando allí contra la pared. El hombre no había regresado desde la primera y única vez que le había hablado para contarle de sus planes. Sabía que cuando regresara, con toda probabilidad traería con él a algún pobre niño desgraciado, la pieza final de su infame plan para lograr su «transformación». El niño sufriría una muerte horrible y ella muy pronto le seguiría a la eternidad. Por primera vez en muchos años, colgando firmemente atada contra la fría pared de piedra del oscuro y solitario sótano, Sophia Kanakarides comenzó a rezar.

* * *

Morales y Tamayo regresaron a la oficina central de la policía justo antes de las 10 p.m. No había habido señales del equipo que vigilaba al burro ni tampoco más información de los otros oficiales trabajando en el caso.

El equipo completo de Tamayo, que constaba de veintidós hombres, estaba trabajando a tope intentando encontrar a Sophia antes que el tiempo se

acabara.

Torrado no se encontraba en la oficina cuando ellos llegaron allí, pero había dejado una nota escrita a toda prisa sobre el escritorio de Tamayo. Una de las amigas de María Tévez había telefoneado.

Había tenido cierto temor de presentarse ante la policía cuando comenzaron las indagaciones, pero tenía información que solo entregaría en persona a algún detective. Torrado había acudido para reunirse con ella. Su nota no decía dónde, por lo que ambos capitanes no tenían alternativa más que sentarse y esperar.

El reloj de la oficina continuó su inexorable marcha hacia otro día, para mayor fastidio y disgusto de Juan Morales.

¡Demonios!, quería hacer algo en lugar de solo sentarse ahí a esperar noticias.

Un poco antes de las once, la puerta se abrió de pronto y Torrado entró en la oficina de Tamayo sin respiración debido al excesivo esfuerzo por subir corriendo las escaleras. El ascensor se había estropeado, otra vez. Sin embargo, según él, su visita a la amiga de María había resultado fructífera. Al fin podrían tomarse un descanso de verdad.

—Señor, creo que podría tener algo. La muchacha, que se llama Alejandra Blanco, conoce a María Tévez desde hace dos años. Unos días antes de que desapareciera, María le dijo a Alejandra que había visto a un joven que ambas conocían, Bernardo Juárez, entrando en el coche de un hombre bien vestido frente al bar que se encuentra al final de la calle. María aseguraba que Bernardo y el hombre estaban cogidos de la mano antes de entrar en el auto y que Bernardo se veía más feliz de lo que ella lo había visto en mucho tiempo. Lo que le pareció extraño fue que el hombre no parecía ser el típico cliente que frecuenta esos bares y cafés. Se veía muy rico, muy bien educado en sus modales y en su apariencia. Ella pensó que podía ser algún intelectual, para nada del tipo de Bernardo. Alejandra asegura que María los vio juntos nuevamente dos días después y que Bernardo le hizo señas saludándola desde el otro lado de la calle y, cuando lo hizo, el hombre se volvió furioso y le gritó algo a Bernardo. Lo que dijo, María no pudo oírlo debido al ruido del tráfico, pero tan pronto como Bernardo entró al coche el hombre se alejó conduciendo muy de prisa.

—¿Dijo esta muchacha si María describió al hombre más a fondo? —preguntó Morales.

—No, señor, pero sí le dijo a Alejandra que el coche tenía un adhesivo publicitario en la ventana trasera. Lo vio cuando el coche se alejó de prisa y lo

grabó en su mente. Tenía la imagen de una pirámide y las palabras «Visite Teotihuacán, joya tradicional de México».

—De Tejado —escupieron ambos detectives casi al mismo tiempo.

—¡Lo sabía! Tiene que ser él —dijo Morales.

—¡Bastardo enfermo! —exclamó Tamayo—. Probablemente llevando una doble vida. Una esposa linda y luego sale de noche a cazar jovencitos para satisfacer sus otros deseos.

—Así es —aseguró Juan— y luego se da cuenta de que esta chica lo ha visto con Juárez y puede reventar su matrimonio, su carrera y, probablemente, todo lo demás en su muy bien ordenada vida, entonces ¿qué puede hacer? Asesina a Juárez y luego se da cuenta de que tiene que deshacerse también de la muchacha pues es la única testigo que puede relacionarlo con el joven. Asesina a ambos y lo hace parecer como una antigua ceremonia sacrificial. ¿Recuerdas que parecía muy interesado en que pensáramos que los asesinatos no tenían nada que ver con Teotihuacán? Pues bien, no quería que dedujéramos que un académico se involucra con un jovencito de los barrios bajos, tanto como él lo estaba. Eso nos habría hecho mirar más de cerca a cada uno si hubiésemos pensado de esa manera.

—Todo encaja, Juan, eso es seguro —dijo Tamayo, pensando que al fin estaban tomando el control del caso—. Vamos, amigo mío, debemos hacer una visita a domicilio. Torrado, toma un coche y un par de hombres y síguenos hasta la casa de De Tejado. La dirección está allí en la carpeta. Es en algún lugar en el distrito de Coyoacán.

—Sí, señor —replicó Torrado recogiendo la carpeta al pasar junto al escritorio de Tamayo—. Tú y tú —dijo a dos de los detectives que estaban revisando un cerro de papeles al otro lado de la oficina—, vienen conmigo, ¡ahora!

En cinco minutos, la pequeña patrulla de policías cruzaba a toda velocidad el límite de la ciudad hacia el casco antiguo de Coyoacán.

Mientras se aproximaban al hogar de Álvaro de Tejado, cada hombre dentro de ambos coches policiales sentía ese torrente de adrenalina que la mayoría de los oficiales experimenta cuando se enfrenta a alguien que considera un oponente peligroso y mortal.

Esa noche no tenían alternativa. De Tejado debía ser atrapado vivo, eso era un hecho, pues era el único que podía decirles dónde estaba Sophia, si acaso seguía con vida, pero, al mismo tiempo, todos estaban conscientes de que el hombre había asesinado ya dos veces y fácilmente podía matar otra vez si sentía la necesidad de protegerse.

Cada uno revisó su arma de servicio sosteniéndola de manera segura mientras se acercaban a la casa que surgía ante ellos a oscuras. Las órdenes de Tamayo eran disparar para herir, no para matar, pero si el bastardo se resistía, debían abatirlo y detenerlo en seco. De Tejado se había transformado en la presa, ya no era más el cazador. Los policías, especialmente Tamayo y Morales, habían asumido ese rol ahora.

Tamayo frenó el coche en un costado del camino tan silenciosamente como pudo, seguido por Torrado y los dos detectives, Villa y De la Luz.

El grupo se mantuvo en silencio con Tamayo dando instrucciones por medio de señas con la mano y el cerco comenzó a estrecharse alrededor de la casa del nuevo, de hecho, del único sospechoso que tenían.

Si Sophia aún vivía, Tamayo y Morales debían actuar de manera tal de darle a ella, al menos, una oportunidad de luchar.

Cuando la puerta de la casa se abrió de golpe bajo el peso conjunto de los tres fornidos detectives, los hombres fueron recibidos por la oscuridad. Tamayo instintivamente estiró el brazo y encontró un interruptor. De inmediato, el pasillo se iluminó gracias a un hermoso y costoso candelabro con decenas de diminutas ampolletas con forma de vela. Frente a ellos, una amplia escalera circular se dirigía hacia el piso superior formando un elegante arco y conducía hacia una terraza amplia y extensa con un rellano y con numerosas puertas que se comunicaban con él.

Lo que hizo que los detectives se pararan en seco y que provocó que uno de los más jóvenes vomitara su último alimento en el acceso a ese grandioso pasillo con suelo de mármol, fue la imagen de los cuerpos de Álvaro de Tejado y de su esposa Anna, colgando de la balaustrada de la terraza, con sus gargantas cortadas y la sangre goteando sobre el mármol pulido.

Ambos estaban desnudos de la cintura hacia arriba con el pecho abierto y, a pesar de que los detectives estaban a nivel del suelo, supieron sin ninguna duda, que el corazón del director adjunto del museo y el de su esposa, ya no estaban en su lugar y también supieron, lamentablemente, que el rastro del asesino y la oportunidad de salvar a Sophia Kanakarides habían desaparecido completamente.

Capítulo 16
¿Otro sacrificio?

Su mente se estaba volviendo insensible. El tiempo había perdido todo significado para Sophia. ¿Habían pasado horas o días desde que ella fuera secuestrada y traída hasta este terrible lugar? El silencio y la oscuridad ayudaban a incrementar su sensación de desorientación. Ahora le dolía terriblemente el pecho debido al constante esfuerzo ocasionado por su cuerpo atado cayendo hacia adelante. Su cabello colgaba lacio cruzando el rostro y cubriendo el ojo izquierdo cuando su cuerpo caía en esa dirección. No había tenido energía suficiente como para apartarlo agitando su cabeza.

¿Cuál sería el propósito?

No podía ver nada excepto sombras en la oscuridad. En ese momento pensó que su situación se asemejaba a la agonía de la crucifixión en manos del Imperio Romano. Recordó vagamente haber leído que el hecho de colgar hacia adelante en la cruz era lo que producía un alza de presión en el pecho y en los pulmones, llevando a la víctima lenta y dolorosamente a la asfixia.

Sentía todo el cuerpo muy frío, casi insensible al roce de los grilletes con sus muñecas y sus tobillos, y comprendió que, para cuando él la depositara sobre aquella losa y comenzara a cortar su pecho, ella probablemente ya habría perdido toda sensación en su cuerpo. Tal vez el dolor no sería tan malo después de todo.

De improviso, Sofía se puso tensa cuando la puerta del sótano se abrió permitiendo que un rayo de luz proveniente del pasillo exterior se filtrara dentro del recinto.

Había regresado. El hombre que se hacía llamar Cuahátal había vuelto y, cuando activó el interruptor, una vez más el sótano se bañó con el resplandor de la luz fluorescente y Sophia vio que el individuo no estaba solo.

La desesperación apuñaló el corazón de Sophia cuando vio a la niña que arrastraba bajo el brazo como una muñeca de trapo. No pensó que fuera tan fuerte y, sin embargo, llevaba a la niña como si no tuviera peso. La pequeña

no tendría más de cinco o seis años y obviamente había sido drogada de alguna manera para dejarla insensible.

Cuahátal no dijo una sola palabra a Sophia cuando dejó a la niña sobre la losa de piedra, la piedra de los crímenes, y rápidamente le quitó la ropa antes de hurgar dentro de un cofre de madera que se encontraba junto a la losa y extraer varios artículos de su interior. Su silencio mientras lo hacía, aumentó el terror de Sophia.

Enseguida procedió a vestir nuevamente a la pequeña con un traje de lo que parecían ser plumas brillantes de un arco iris de colores y coronada con una grotesca máscara dorada que representaba el rostro de una de las antiguas divinidades olmecas.

Sophia no recordaba el nombre, pero había visto representaciones similares en antiguos frescos y glifos que existían en diversos templos y pirámides de las culturas mesoamericanas.

Después de vestir a la niña, la trasladó hasta la pared opuesta a Sophia y pronto la pequeña estuvo encadenada al muro de manera muy similar a ella. Por el momento, su trabajo había finalizado y se volvió entonces para enfrentar a Sophia, sonriéndole casi con reverencia mientras le hablaba.

—Entonces, mi querida profesora, la hora se aproxima. Pronto será testigo privilegiada de una ceremonia que muy pocos seres vivos han visto en este mundo. Cuando la sangre del sacrificio fluya dentro del cáliz y el corazón de la niña palpite por última vez mientras descansa en el recipiente de Chac Mool, usted verá la transformación cuando yo llegue a ser uno con los dioses. Todo el conocimiento de las divinidades ancestrales fluirá por mis venas. Su poder me pertenecerá y mi forma humana se fundirá con la del gran dios Jaguar hasta convertirnos en uno solo, juntos por toda la eternidad. Me volveré eterno, inmortal, todopoderoso y me elevaré hasta convertirme en el líder de nuestro pueblo. Ellos me seguirán tal como siguieron a los antiguos sacerdotes emperadores de nuestra tierra y yo los conduciré hacia una nueva prosperidad y conquistaremos a los infieles del mundo.

A través de sus labios agrietados y secos, Sophia solo pudo susurrar unas palabras.

—¡Vete a la mierda, bastardo loco y enfermo! —dijo justo antes de que la abofeteara con el dorso de la mano.

Sophia sintió en su rostro toda la fuerza del golpe y su cabello salió volando cuando su cabeza se sacudió hacia un lado debido a la fuerza del impacto.

—¿Enfermo? No. ¿Loco? ¿Un bastardo? No, profesora. Equivocada en sus tres cargos, me temo. Sé exactamente lo que estoy haciendo y pronto usted verá la verdad de mis palabras. La ceremonia de purificación final ocurrirá muy pronto y una vez que usted haya sido testigo del nacimiento del nuevo dios de nuestro pueblo, será agregada a la lista de aquellos que han entregado su sangre y su vida para asegurar la continuación de nuestra senda. Los dioses recibirán su corazón tibio palpitante y su cuerpo se unirá a los otros en la ciudad ancestral, otro esqueleto para los carroñeros que frecuentan los senderos olvidados de la Ciudad de los Dioses. Ahora debo dejarla por un momento, señorita Kanakarides, pero, cuando regrese, será para finalizar lo que ya ha comenzado. Cuando el sol esté en su cenit, tendrá lugar el sacrificio y me convertiré en el dios Jaguar vivo de mi pueblo.

Cuahátal estiró su brazo y acarició con gentileza el rostro de Sophia, dejando que su mano se deslizara por su cuello, acariciando suavemente sus pechos y dejando que su mano permaneciera allí por un instante.

Sophia se estremeció e intentó sin éxito apartarse de su repugnante contacto. Entonces se armó de la última pizca de energía que le quedaba y escupió directo al rostro de su torturador enmascarado. El hombre retrocedió sonriendo con esa sonrisa malévola que ella había visto antes y murmuró:

—No se preocupe, pequeña Sophia. No violaré su cuerpo, porque eso profanaría la pureza de la ceremonia. Y no tema porque haré de su muerte una ocasión de júbilo. El dolor no será nada comparado con la alegría que sentirá al ser escogida como una ofrenda para los poderosos dioses ancestrales.

—¡Pureza! ¿Qué demonios sabe usted de pureza, pequeño malparido inútil? Antes necesita entender correctamente las cosas. Los sacerdotes olmecas, toltecas y de casi todas las otras civilizaciones precolombinas dejaron constancia de su complacencia en orgías sexuales salvajes con una serie de jóvenes concubinas especialmente seleccionadas antes de sus rituales religiosos públicos. ¿Qué lo hace a usted diferente o podría ser que no conoce la historia tan bien como debiera?

La bofetada que le propinó sobre el rostro en respuesta a sus burlas, empujó la cabeza de Sophia hacia atrás haciendo que se golpeara contra la pared tras ella, lo que aumentó su dolor con respecto al puñetazo.

—Usted cree ser muy inteligente, pequeña zorra, ¿no es así, «profesora» Kanakarides? —dijo enfatizando su título profesional como si se mofara—. Y ¿qué la hace pensar que sabe todo lo que hay que saber acerca de esas cosas? Tan solo porque ha estudiado esas civilizaciones originarias y ha descifrado lo que cree que es la verdad a partir de unos pocos glifos y pinturas en paredes,

eso no significa que lo sepa todo. Existen muchos detalles más relacionados con la ceremonia que estoy por realizar, que los que podría esperarse que supiera una simple norteamericana. ¿O me ridiculiza debido a que está desilusionada por no participar en una de esas supuestas orgías sexuales? ¿Le gustaría que la bajara de esa pared, la tendiera sobre el altar y la violara mientras está encadenada y sin ayuda? ¿Es eso lo que desea realmente, querida Sophia? ¿Está hambrienta de mi contacto?

Sophia se encogió en su interior ante la sola idea de ese vil monstruo penetrándola, violándola íntimamente, antes de someterla al más horrible acto inimaginable de asesinato ritual. Intentó mover su cabeza, pero nada parecía funcionar: sus músculos simplemente no podían seguir las instrucciones de su cerebro.

—¿Qué, no responde? —se burló dejando que su mano una vez más siguiera el contorno de sus pechos y luego lentamente la acariciara bajando hasta que sus dedos se detuvieron justo sobre su braga, solo para que él, de improviso, retirara la mano apartándola del cuerpo de Sophia—. Pienso que no. Y, de cualquier manera, ¿por qué querría yo participar de los placeres de la carne con usted, una extranjera incrédula, cuando hay muchos de mi propio pueblo, allá afuera, esperando ser honrados por su sumo sacerdote? Ah, sí, y otra cosa, querida profesora, debería mirarse. Es un desastre, necesita un baño y, definitivamente, apesta.

Sophia intentó pensar en algún insulto para lanzarle de vuelta, pero las palabras se perdían en el adormecimiento de su cerebro. Se había obligado a sí misma a tranquilizarse mientras se encontraba en esa posición, encadenada a la pared, y comprendió que, sin que él se lo dijera, seguramente presentaba una imagen triste y lamentable y, sí, probablemente también olía mal. Sabiendo que era inútil luchar o intentar dialogar más a fondo con ese loco que tenía su vida en sus manos, simplemente se dejó caer colgando de los grilletes y dejó que su cabeza cayera sobre su pecho, resignada y abatida.

Cuando la grotesca figura salió como un huracán del sótano, la puerta se cerró suavemente y Sophia se vio otra vez engullida por la oscuridad.

Seguía sin saber cuánto tiempo había transcurrido. Había dicho que regresaría cuando el sol alcanzara su cenit, es decir a mediodía, pero ¿cuánto faltaba para eso?

Podían quedarle un par de horas de vida, tal vez tres. Eso se había convertido en la parte más difícil de todo esto: la incertidumbre.

Intentó llamar a la niña atada a la pared frente a ella, pero su boca ahora estaba más seca y sus labios muy agrietados con el aire irrespirable del sótano

y la falta de agua, que ningún sonido escapó de sus labios, excepto un jadeo apenas audible que difícilmente tenía sentido.

Como lo poco que le quedaba de vida se iba lentamente, Sophia Kanakarides suspiró y cayó aún más hacia adelante, logrando que la presión en su pecho se incrementara casi hasta proporciones insoportables y esperó con sus sentidos adormecidos intentando a duras penas prepararse para el inevitable abrazo de una muerte inminente.

Capítulo 17
Es asunto del burro

Juan Morales y Francisco Tamayo se encontraban sentados en el espacioso comedor de la casa de Álvaro de Tejado. Ambos habían tenido la certeza de que De Tejado era su hombre, pero ahora se veían alicaídos con la mirada propia de quien no sabe qué hacer.

Los cuerpos de Álvaro y Anna habían sido bajados de la balaustrada de la terraza y ahora iban camino a la morgue, donde el doctor Hernández realizaría los exámenes posmortem requeridos. Un examen preliminar había mostrado que a la infortunada pareja le habían cortado la garganta. Las incisiones eran tan profundas que evidenciaban la fuerza de su atacante y tal vez la ira y la furia con la cual había actuado.

Al igual que con las dos víctimas anteriores, la cavidad torácica de ambos había sido abierta para extraerles el corazón, aunque en esta oportunidad no había sido un cuchillo de obsidiana el que había hecho las funestas y fatales incisiones. Sobre el piso encontraron un cuchillo de hoja larga muy afilado a los pies de la escalera de caracol y era obvio que había sido usado como arma asesina.

Las muñecas de Álvaro mostraban marcas de ligadura y sus tobillos estaban atados mientras colgaba. Para ambos detectives estaba claro que el asesino había sometido e inmovilizado primero al esposo, evitando que pudiera proteger a su esposa y luego había asesinado a la infortunada mujer, probablemente ante sus propios ojos, para entonces proceder a matar a Álvaro del mismo modo como lo hizo con Anna.

Por las salpicaduras de sangre presentes en la escena del crimen, Morales dedujo que esta vez las víctimas habían muerto antes de que el asesino las abriera para sacarles el corazón, casi como si ese acto final fuera una ocurrencia de último minuto.

—Esto no fue parte de su ritual, Cisco, estoy seguro. No sé por qué asesinó a los De Tejado, o qué parte tenían ellos en este asunto, pero los mató

con un cuchillo ordinario y les sacó el corazón después de eso para hacernos pensar que el crimen era parte de su ceremonia demencial, pero no fue así, lo juro.

—Concuerdo contigo, amigo mío —replicó Tamayo—, pero ¿dónde calza De Tejado en todo esto? Estábamos tan seguros que él era el asesino, que incluso yo habría apostado mi reputación en eso hace una hora atrás y ahora estamos aún más lejos de una solución.

—El tiempo se acaba para nosotros y, lo más importante, para Sophia, si es que él todavía no la ha matado. El asesino es inteligente y muy bueno cubriendo sus huellas. Tal vez estamos buscando en el lugar equivocado. Quienquiera que esté haciendo esto puede no tener nada que ver con Teotihuacán, como lo sugirió De Tejado.

—Si ese es el caso, Juan, entonces estamos de vuelta al inicio sin una pista con qué proseguir.

El teléfono celular de Tamayo comenzó a llamar y Cisco lo buscó en el bolsillo interior de su chaqueta. Lo extrajo y se dispuso a escuchar una voz muy alterada desde el otro extremo de la línea.

Escuchó atentamente por más de un minuto sin hablar y luego respondió con determinación:

—De acuerdo, quiero que lo siga a una distancia segura y discreta. Bajo ningún concepto él debe saber que usted está ahí. Manténgase en contacto conmigo por medio de la radio del coche cada dos minutos. Hágame saber dónde está y dónde cree usted que se dirige. Recuerde, él es un asesino. No dudará en matar otra vez si piensa que está tras él. Sea cuidadoso, amigo mío, pero cualquier cosa que haga, ¡no lo pierda de vista!

Cuando guardó el teléfono en su bolsillo, se volvió hacia Morales con una mirada de triunfo.

—Era De la Peña desde el lugar donde vigila al burro. Hace media hora, un hombre apareció con comida para el animal. Lucía como un campesino y mi equipo lo siguió cuando abandonó el claro. Caminó cerca de medio kilómetro hasta donde estaba estacionada una camioneta y luego miró a su alrededor para asegurarse de que no había sido visto. Imagina la sorpresa de De la Peña cuando el hombre se quitó su sombrero y su poncho y volvió a vestir su traje citadino. Tan pronto como se sacó el sombrero, De la Peña lo reconoció por la investigación en las ruinas. Ahora lo está siguiendo.

Morales y Tamayo corrieron hasta el coche y Tamayo presionó el acelerador. Hubo un chirrido de neumáticos y un olor a goma quemada

cuando el escarabajo aceleró más allá de sus posibilidades perdiéndose en la noche a toda velocidad.

—¿Hacia dónde vamos? —preguntó Morales mientras Tamayo conducía a una velocidad vertiginosa.

—Voy por la autopista principal hacia Teotihuacán. De la Peña me dirá cuando él vire en algún lugar y así podremos unirnos a la persecución a distancia.

—¿Por qué no pensamos en él? Debería haber estado claro para nosotros que disponía del tiempo, de la oportunidad y del conocimiento para llevar todo a cabo.

—Estábamos mirando hacia cualquier parte, amigo mío, y él levantó una muy buena cortina de humo. ¿Por qué habríamos de pensar en señalarlo a él si aparentaba ser un paradigma de perfecta honradez?

—Yo solo espero que nada le haya sucedido a Sophia —dijo Morales con todo un mundo de preocupación en su voz—. Si la ha lastimado, le haré…

Repentinamente el radio cobró vida. No era De la Peña como esperaban, sino el operador de la oficina central con un mensaje para Tamayo.

Una niña de seis años, Rosario Clemente, había sido reportada como desaparecida hacía menos de dos horas. La pequeña estaba jugando en la calle y la habían visto entrar en un coche con un hombre bien vestido, quien se alejó rápidamente tan pronto como ella entró en el vehículo.

Sus padres no notaron su desaparición hasta que un amigo fue a decirles que Rosario se había marchado. El amigo también era un pequeño de seis años y no tenía noción de la hora, por lo que los padres no sabían cuándo había sido raptada Rosario. Desde el momento en que ella salió de su hogar para jugar con su amigo, era posible que fuera secuestrada por el hombre hasta cinco horas antes del momento de la denuncia.

Tamayo se abstuvo de reprender al operador con preguntas acerca de por qué no había sido informado del secuestro tan pronto como fue denunciado e ingresado en los registros. No era error del pobre operador. Tendría que averiguarlo más tarde.

—Maldición, Juan, nuestro asesino ha ido y ha secuestrado a una niña. De verdad piensa llevar a cabo el sacrificio de un inocente.

—Entonces Sophia aún podría estar con vida —dijo Morales—. ¿Recuerdas? Ella dijo que el asesino necesitaba tener público para el sacrificio, por lo que tal vez eso es lo que pretende de ella, que sea su audiencia mientras mata a esa pobre pequeña.

—Sí, amigo mío, y después que mate a la niña, ¿qué viene? No puede dejar ningún testigo, ¿no es así? Debemos atraparlo antes que mate a la pequeña. Solo espero que esta vez no lo perdamos.

En ese momento la radio crujió volviendo a la vida otra vez. Era De la Peña.

—Señor, él sospechoso salió de la carretera principal. Se dirige a Coyoacán.

—¡Maldito sea! Recién venimos de allá. Me daré la vuelta ahora mismo. En el nombre de Dios, De la Peña, no pierda de vista al bastardo. Haga lo que sea necesario, pero no lo pierda.

—No lo haré, señor, confíe en mí.

Con un chirrido de frenos y más goma quemada en los neumáticos, Tamayo realizó un giro experto con el freno de mano y dirigió su coche en la dirección desde donde recién venían.

Él y Morales comenzaron a sentir nuevamente el torrente de adrenalina, esa sensación que tenían siempre en las persecuciones, pero esta vez, a diferencia de antes en la tarde, sintieron que estaban sobre la pista del verdadero asesino y que estaban cerca, muy cerca de atraparlo. No podían dejarlo escapar. La vida de Sophia y la de la pequeña Rosario dependían de ellos y de lo que hicieran en los próximos minutos, si ambas rehenes aún estaban con vida, obviamente.

Capítulo 18
La revelación

Después de confirmar que los pernos de seguridad estaban firmes en la gruesa y pesada puerta de caoba que permitía el ingreso a la casa, Cuahátal, porque ese era él ahora, el sumo sacerdote del pueblo olmeca, caminó rápidamente hacia la puerta que se abría a la escalinata para bajar al sótano.

Una vez allí, se quitó la ropa de ciudadano formal y se deslizó dentro del atuendo ceremonial que representaba su sacerdocio y que había dejado colgando en el rellano, antes de bajar al sótano para preparar la ceremonia. Descendió los escalones, abrió la puerta de par en par y encendió la luz que colgaba del techo del sótano. La fluorescencia llenó el recinto.

Sophia Kanakarides colgaba, ya sin fuerzas, de los grilletes en la pared opuesta. Al parecer su lucha la había abandonado. Se había vuelto extremadamente débil debido a la sed constante y al hambre, y el penetrante frío del sótano sin calefacción y sin ventanas había minado su energía. Era extraño que aun aquí en el corazón de Ciudad de México, se podía encontrar un lugar oscuro y frío, alejado de la calidez del sol, pero ese era justamente el tipo de lugar que él necesitaba para su trabajo ceremonial. El sol estaría bajo sus órdenes más tarde, pero no hasta que él hubiese finalizado su transformación.

La niña apenas estaba consciente y aún sufría los efectos del brebaje narcotizante que él le había forzado a beber poco después se subirse, sin saberlo, al coche. ¡Ah, la ingenuidad de los jóvenes y de los niños inocentes! La pequeña se había entusiasmado con la idea de ir a ver sus seis cachorritos, la más vieja mentira del libro, y, a pesar de que sus padres le habían advertido de los peligros de subirse al auto de extraños, la tentación había sido lo suficientemente fuerte como para que olvidara sus consejos.

El hombre le quitó los grilletes liberándola de sus ataduras contra la pared y la llevó a la gran losa de piedra en el centro de la sala. Trabajando con la habilidad de un experto, rápidamente ató sus muñecas y tobillos a los cuatro

aros de hierro en las esquinas de la losa usando las cuerdas que tenía para ese propósito. Enseguida abrió la especie de blusa que le había colocado antes, exponiendo su pecho, listo para el cuchillo.

Después se dirigió hacia un balde con agua que estaba en una esquina del sótano y lo trasladó hasta donde colgaba Sophia. Sin mediar pausa alguna, arrojó el contenido del balde sobre la cabeza y el torso de la doctora. El impacto del agua la volvió a la vida y su cabeza se levantó sacudiéndose cuando el frío la sacó de su letargo.

—Ahora, profesora —dijo presumiendo— la hora ha llegado. Será testigo de mi transformación final y formará parte de la gran ceremonia de Cuahátal, el sacerdote Jaguar. Espero que esté preparada para morir con la dignidad que corresponde a un sacrificio para los dioses.

—¡Vete al infierno, maldito loco de mierda! —fue la respuesta apenas audible de Sophia.

—No muy fina su respuesta, mi querida profesora —prosiguió— pero, desde luego, usted es norteamericana. ¿Qué más debería esperar? No tiene sentimientos por la historia o por la espiritualidad del acto que estoy pronto a realizar.

—¿Historia? ¡No tiene idea de historia, charlatán! —gritó Sophia con lágrimas corriendo por sus mejillas—. Esa pequeña niña no ha hecho nada para merecer esto. Usted no es un sacerdote. Es un asesino, un sucio carnicero asesino.

—¡Suficiente! —dijo registrando por debajo de su toga para extraer un trozo de tela de algodón. Con él hizo una mordaza rudimentaria que colocó en la boca de Sophia, asegurándose de que así permaneciera en silencio mientras realizaba su ritual.

—Ahora, ya es momento de comenzar.

Abrió el cofre de madera junto a la losa y extrajo el cuchillo, cuya hoja de obsidiana negra pulida resplandecía. Obviamente era genuino, no una reproducción.

Sophia comprendió que no había nada que pudiera hacer para salvar a la niña o a ella misma y cerró sus ojos tan estrechamente como pudo cuando la figura se aproximó rodeando el cuerpo postrado de la pequeña Rosario Clemente.

El hombre comenzó a hablar en una lengua desconocida para Sophia, aunque no tuvo duda alguna que estaba suplicando a su dios para que aceptara el sacrificio de la niña, su sangre y su corazón, a cambio de concederle la inmortalidad que reclamaba.

De pronto guardó silencio y el cuchillo se elevó más alto en el aire sobrepasando su cabeza. Sophia aún no podía mirar, pero el silencio le dijo que la pequeña pronto moriría. Supo lo que iba a suceder.

—¡Suelte el cuchillo! —gritó una voz desde la puerta de entrada al sótano.

—Dijo que lo suelte, Elizondo, bastardo enfermo —dijo la voz de Juan Morales.

Héctor Elizondo, director del Museo de Antigüedades de Teotihuacán, alias Cuahátal, giró en redondo para ver a los dos policías parados en la puerta con sus armas desenfundadas, apuntándole. Pudo distinguir el sonido de otros detrás de ellos.

Su santuario había sido violado.

—Por última vez, amigo, ¡suelte el maldito cuchillo! —gritó otra vez Tamayo.

—Ustedes no me detendrán. Estoy muy cerca, demasiado cerca, ¡seré inmortal! —gritó, volviéndose hacia la figura de la pequeña Rosario y levantando el cuchillo una vez más.

—Seguro lo será —dijo Juan Morales muy calmado mientras rápidamente lo apuntaba y abría fuego con su revólver.

El disparo alcanzó a Elizondo por la espalda en su hombro derecho, haciendo que soltara el cuchillo. Luego volvió a girar, gritando de dolor, al enfrentar a los detectives. En pocos segundos, el lugar pareció llenarse de policías cuando De la Peña y el equipo que vigilaba al burro siguieron a Tamayo y a Morales dentro del estrecho sótano.

Juan forzó a Elizondo doblándole las manos tras su espalda y, sin mucha sutileza o compasión, le colocó las esposas, provocando los gritos del asesino. Mientras el hombre maldecía, fue sacado del sótano por De la Peña y su gente para ser llevado primero al hospital y de allí a una celda en la oficina central de la policía.

Entonces Morales y Tamayo dirigieron su atención a Rosario y a Sophia.

Mientras Tamayo liberaba gentilmente a Rosario sacándola de la losa de sacrificios, Morales se dirigió hacia donde Sophia colgaba sin fuerzas desde los grilletes.

Ella había visto lo sucedido desde el momento en que Morales le gritó por primera vez a Elizondo para que soltara el cuchillo, pero apenas había tenido tiempo de creer lo que estaba ocurriendo ante sus ojos. Ahora Juan estaba frente a ella quitándole con cuidado la mordaza de la boca y abriendo los grilletes que corroían sus muñecas y tobillos.

Usando el propio cuchillo de Elizondo, cortó la correa que la sujetaba firmemente por la cintura contra la fría pared. Cuando los grilletes se desprendieron, Sophia cayó hacia adelante, pero esta vez los fuertes y acogedores brazos de Juan estaban allí para sostenerla. La mantuvo junto a su pecho, soportando su peso cuando las piernas de Sophia estuvieron a punto de colapsar haciendo que se derrumbara.

Después de algunos instantes, ella encontró la fuerza suficiente susurrarle al oído:

—Gracias, pensé que estaba muerta. Gracias, Juan, le debo la vida.

—Sshh, ya habrá tiempo para hablar más tarde. Debemos llevarla a un hospital. Necesita un tratamiento y descansar, pero estará bien, Sophia, se lo prometo por mi vida, estará bien.

Sophia desfalleció nuevamente y, esta vez, Juan Morales alzó en brazos a la arqueóloga mientras Tamayo hacía lo propio con la pequeña Rosario, sacándolas del sótano por las escaleras y saliendo a la noche, donde las parpadeantes luces estroboscópicas rojas y azules de los equipos de respaldo y de las ambulancias paramédicas aguardaban para recibirlas a ambas. El vehículo que trasladaba a Elizondo ya había partido acompañado de escolta policial.

Morales miró a Tamayo que entregaba a Rosario, drogada pero ilesa, a los paramédicos, quienes la depositaron cuidadosamente en la ambulancia y le inyectaron suero por goteo en su brazo. Era importante suministrar algunos fluidos en su cuerpecito para ayudarle a contrarrestar la droga que se le había dado a beber.

La ambulancia ya casi partía del lugar cuando Morales hizo una seña a su amigo, quien supo el significado de su gesto. Rápidamente, Juan saltó en la parte trasera de la ambulancia. Mañana habría tiempo suficiente para aclarar todo con su amigo. Después de todo, él estaba de vacaciones y, en realidad, solo era un invitado en este caso.

Juan Morales sostuvo la mano de Sophia durante todo el trayecto hasta el hospital y solo la dejó ir cuando los médicos la introdujeron en la sala de emergencia, haciéndolo esperar fuera.

Una hora más tarde, el doctor tratante de Sophia encontró a Morales sorbiendo su café desde un vaso plástico en el corredor externo de la sala de emergencias. Estuvo bastante tiempo convenciendo a Morales de que Sophia se pondría bien, que dormiría al menos por ocho horas debido a los medicamentos que había recibido y que el propio Morales debería ir a casa a dormir algo.

Finalmente Juan accedió a retirarse, prometiéndole al médico que estaría de vuelta al amanecer.

Regresó al apartamento de Tamayo para encontrar que su amigo ya había caído en un sueño profundo sobre el sofá. El cansancio finalmente había atrapado a Francisco Tamayo.

Cuando se deslizaba dentro de la cama aquella noche, agradecido a Dios por que Sophia había sido encontrada sin daño, se le unió otra vez el amigo felino de Tamayo y ambos pronto se acurrucaron, el gato ronroneando feliz y Morales roncando como si durmiera el sueño de la muerte pues finalmente su propia fatiga tomó el control de su mente. Mañana sería un día de preguntas y, con ellas, vendrían las respuestas.

Mientras dormía, la mente de Juan Morales se llenó de una sola imagen: el rostro de Sophia Kanakarides. Tal vez esa era una de las preguntas a la que debía encontrar una respuesta, no solo ante las consultas de la policía, sino para él mismo.

Capítulo 19
Cambio de planes

Las respuestas que buscamos en la vida no siempre son las que queremos o las que, en efecto, son bienvenidas. Sin embargo, en el extraño caso de Héctor Elizondo, la policía se mostró satisfecha por su trabajo al recabar la mayor parte de la información luego de una serie de entrevistas con el hombre que se hacía llamar Cuahátal.

Estos interrogatorios comenzaron la mañana después de su arresto, con Tamayo y Morales sentados junto al individuo mientras se recuperaba de la herida por el disparo en su hombro y continuaron en una sala de interrogatorios en la oficina central de la policía después de que fuera dado de alta en el hospital.

Luego de heredar la casa de sus padres, Elizondo había dedicado su vida a su carrera. Nunca se había casado y su tiempo lo destinaba solo a estudiar las culturas antiguas de su tierra natal. En algún momento de su vida, Héctor Elizondo había comenzado a perder la noción de la diferencia entre el pasado y el presente. La persona de Cuahátal había comenzado a penetrar en su psiquis cerca de dos años antes de que comenzaran los asesinatos y él consintió, de manera gradual, que el mítico sumo sacerdote de los olmecas invadiera su mente hasta que la línea divisoria entre la personalidad de Elizondo y la de Cuahátal comenzó a fundirse en una sola.

Había dedicado mucho tiempo y un cuidado meticuloso para convertir el sótano de su casa en su propia versión de un templo olmeca, finalizando con una piedra para sacrificios y el Chac Mool para recibir el corazón de sus víctimas, la ofrenda a los dioses.

Al finalizar su trabajo, se sintió preparado para comenzar. Creía firmemente que sacrificando primero dos adultos jóvenes vivos seguidos por una víctima infantil para el popular dios colectivo de la guerra y la fertilidad, lograría la transformación en el dios Jaguar vivo de los olmecas, el hombre-jaguar de la leyenda, y su inmortalidad estaría asegurada.

Su mente se había deslizado muy lejos en la niebla del tiempo hasta el punto en que creía firmemente que conduciría a «su pueblo» a una nueva era de prosperidad y poder.

La elección de Bernardo Juárez como su primera víctima había sido deliberada.

Deseaba que su primera víctima fuese «pura». Por consiguiente, su elección de un miembro de la comunidad gay había sido hecha de acuerdo al tipo de lógica de Elizondo: si un hombre era homosexual se desprendía que no había tenido sexo con una mujer.

Entonces comenzó a explorar los bares gay más conocidos de Ciudad de México en busca de un probable candidato. Se había reunido con Bernardo un par de veces y lo consideraba la víctima «perfecta» para el primero de sus sacrificios rituales.

En su tercer encuentro, convenció al joven para que lo acompañara a su casa, prometiéndole una gratificante tarde de amor. Aunque Elizondo no era gay, fue lo suficientemente convincente con su fingida sinceridad como para engañar a Bernardo para que aceptara su invitación.

Una vez que traspasó la puerta de la casa de Elizondo, Bernardo Juárez estaba prácticamente muerto. El hombre lo había atiborrado con alcohol generosamente envenenado con suficientes drogas tranquilizantes como para dejar al muchacho semiinconsciente. Luego lo había arrastrado escaleras abajo hasta el sótano donde lo había encadenado a la piedra del sacrificio.

Después de vestir su atuendo de sumo sacerdote, Elizondo procedió a realizar el primero de sus asesinatos rituales y la sangre del pobre Bernardo Juárez se escurrió por las grietas de la piedra de sacrificios hasta caer en el cáliz que el mismo Elizondo había fabricado. Mientras Bernardo yacía sangrando por la herida en su garganta, Elizondo había procedido a abrir el pecho del joven para sacar el corazón y colocarlo en el Chac Mool como su primera ofrenda «viva» a su dios.

Los detectives solo pudieron suponer el terror y el dolor sufrido por el joven que yacía sin ayuda y semiinconsciente mientras Elizondo realizaba su macabro y mortal rito.

Después de la muerte de Bernardo, Elizondo había bebido un poco de la sangre para luego verter el resto en el Chac Mool y quemar el corazón, permitiendo que la sangre se evaporara lentamente, después de proferir una serie de conjuros en alabanza y ofrenda a su dios.

Luego había trasladado el cuerpo en su camioneta a un lugar cercano a Teotihuacán donde mantenía a Miguel, su burro, hacía varios años. Cuando

inicialmente encontró al animal, este vagaba por el claro pernoctando en ese sitio. Elizondo desconocía a quién pertenecía originalmente, pero lo había encontrado y adoptado, y parecía tenerle un real afecto.

Además, había decidido que sería una herramienta útil para ayudarle a deshacerse del cuerpo de sus víctimas. Al usarlo, había logrado confundir a la policía, quienes se preguntaban cómo el asesino había sido capaz de deshacerse de los cuerpos sin dejar ninguna pista. Nadie pensó en huellas de pezuñas. En cuanto a por qué escogió dejar los cuerpos tan cerca de su lugar de trabajo, fue simplemente por un asunto de arrogancia. Nunca pensó que alguien sospecharía que el director del museo pudiera estar involucrado en los asesinatos y eligió la Calzada de los Muertos como su vertedero, básicamente debido al nombre que los aztecas habían dado a la avenida. Pensó que era «apropiado».

María Tévez había caído en sus garras casi por accidente. Mientras rastreaba el área donde había visto por primera vez a Bernardo, Elizondo tropezó con María en la tienda donde ella trabajaba. Desafortunadamente para la muchacha, ella le mencionó que lo había visto con Bernardo dos noches antes y Elizondo decidió que María debía morir por dos razones. Primero, él necesitaba un sacrificio, y dos, quién mejor que un posible testigo que podía colocarlo a él en compañía de Bernardo, si comenzaban a hacerse preguntas.

Había seguido a la joven cuando abandonó su trabajo aquella tarde y, al momento en que se adentró en un callejón solitario que usaba como atajo hasta su hogar, se abalanzó sobre ella por la espalda, dominándola rápidamente y arrojándola dentro de su coche. Pronto fue eliminada del mismo modo que Bernardo.

Tal como habían supuesto los detectives, los asesinatos de Álvaro de Tejado y de su esposa Anna no fueron planificados y no formaban parte del ritual de Elizondo.

El director adjunto había sido lo suficientemente desafortunado como para descubrir que había desaparecido uno de los trajes de la colección del museo correspondiente a las prendas antiguas para ceremonias religiosas. Cuando se lo informó a Elizondo, quien obviamente había sacado las ropas para su propio uso en su rol como sumo sacerdote, el director intentó restarle importancia a las preocupaciones de su asistente, pero cuando De Tejado insistió en que debía informar el posible robo de un artículo tan valioso, Elizondo había entrado en pánico.

Después de prometerle que él mismo informaría la desaparición, Elizondo había visitado aquella noche a De Tejado en su hogar. Los detectives habían

visto en vivo y en directo las consecuencias resultantes de su «visita social».

Al ser interrogado respecto a Sophia Kanakarides, Elizondo relató con regocijo cómo había visto a la arqueóloga cruzando el sitio hacia el claro y la había seguido, con la absoluta intención de que ella fuera la «audiencia» para su transformación final. Ella no había sospechado nada cuando se le acercó primero y comenzó una breve charla. Después de todo, ¿por qué debería sospechar? Sophia había luchado más de lo que él esperaba cuando intentó someterla, aunque finalmente se impuso su superioridad física.

De todas sus víctimas, admitió que ella era la que lo entusiasmaba más ante la idea de matarla. Morales y Tamayo creyeron haber detectado una especie de señal erótica cuando lo admitió, como si obtuviera algún tipo de gratificación sexual por matar a la hermosa Sophia.

Morales sintió asco.

La pequeña Rosario había sido el secuestro más fácil para Elizondo, quien no mostró remordimiento alguno por haber estado casi a punto de hundir su cuchillo en la niña cuando Morales abrió fuego, poniendo término así a su ritual obsceno.

Juan deseaba haber irrumpido mucho antes en el sótano, pero los seguros que Elizondo había colocado en la puerta principal eran demasiado fuertes, tal como lo había planeado, y la policía perdió tiempo valioso intentando entrar en la casa y debieron romper una ventana de la planta baja para luego dirigirse hacia el sótano. Unos pocos segundos más tarde y Elizondo habría tenido la sangre de otra víctima en sus manos.

Así fue como el interrogatorio oficial fue respondido por Elizondo, más o menos satisfactoriamente en lo que concernía a la policía. Sabían que el asesino probablemente nunca respondería completamente por sus crímenes, aunque pasaría el resto de su vida, y eso fue lo que finalmente sucedió, tras las rejas de una institución de seguridad psiquiátrica, bajo la más estricta supervisión. El sumo sacerdote Cuahátal nunca más merodearía por las calles de Ciudad de México ni arruinaría el entorno de la ancestral Teotihuacán con los cuerpos sin vida de las víctimas de sus ritos infames.

Pero para Juan Morales, había otros asuntos personales que requerían respuesta.

Había visitado a Sophia en el hospital todos los días durante una semana hasta que los médicos consideraron que ella estaba bastante bien como para darle el alta. Estaba eternamente agradecida del detective mexicano que había salvado su vida y pasarían mucho tiempo juntos durante el resto de las vacaciones de Morales.

Para sorpresa de Juan, y para su mayor regocijo, Sophia había comenzado a responder a sus sentimientos. En un principio, ella había permitido que Morales sostuviera su mano mientras se sentaba a conversarle junto a su cama y luego, armándose de todo su valor, dos días antes de que Sophia saliera del hospital, Juan se había inclinado para besarla gentilmente en la mejilla al despedirse. Sophia alzó su brazo cuando él comenzaba a levantarse y lo obligó a acercarse otra vez, pero ahora fue ella quien tomó la iniciativa y lo besó intensamente en los labios.

Cuando Juan se irguió para mirarla, supo que su vida había cambiado. Las cosas nunca serían lo mismo nuevamente para él. En cuanto a si esta relación, si podía ser llamada así, duraría más allá de su estadía en Ciudad de México, por ahora se atrevió a soñar, pero se sintió pesimista respecto a un compromiso a largo plazo. Después de todo, eran de mundos diferentes. ¿Estaba él dispuesto a admitirlo tan fácilmente?

A Francisco Tamayo no le importaba ver menos a su amigo de lo que había esperado verlo durante esas vacaciones. Siempre estaría agradecido de Morales por ayudarle a resolver los asesinatos y feliz de que su amigo hubiera encontrado a alguien que parecía distraerlo de la melancolía que se había apoderado de Juan desde la muerte de su hermano.

Morales y Sophia se acercaban más cada día, hasta que, el día antes en que él debía volver a Hidalgo del Parral, Sophia lo invitó a pasar la noche con ella en su apartamento de la ciudad, el que usaba mientras durara su estadía allí y que era propiedad de la universidad.

Su romance comenzó lenta y tiernamente con una cena romántica, cocinada por Sophia, seguida por muchos besos y caricias, hasta que finalmente ella se levantó del sofá y, tomándolo de la mano, lo condujo hasta su habitación.

Sin poder contenerse por más tiempo, prácticamente se quitaron uno al otro la ropa y Juan cayó sobre ella en la cama, penetrándola casi de inmediato cuando sus cuerpos desnudos entraron en contacto. Luego, la ternura se unió a la intensa pasión mientras ambos amantes disfrutaban uno del otro, una y otra vez, en una larga e intensa noche.

Morales nunca había experimentado el amor a ese nivel. Supo que no volvería a ser el Juan Morales de antes. Era un hombre renovado, fortalecido y lleno de chispa para una nueva vida. Si no lograba tener nada más, siempre estaría agradecido de Sophia por ese momento.

—Debes saber que estoy locamente enamorado de ti —dijo sin aliento, después de hacer el amor varias veces esa noche.

—Y yo de ti, Juan.

—No sabes lo feliz que me hace escucharte decir eso.

—Yo también me siento feliz, ya lo sabes —le sonrió Sophia.

—Entonces, ¿qué viene ahora para nosotros?

Casi temía escuchar su respuesta.

—Juan, mi amor —comenzó a hablar Sophia y Juan supo que diría algo que él no quería escuchar—. Llevamos vidas muy diferentes. Mi profesión me lleva a recorrer el mundo y, además, trabajo en horas bastante extrañas. A menudo estoy en terreno durante días o semanas sin descanso. Casi no tengo raíces. Soy una especie de gitana. A veces recibo una llamada por una orden de trabajo y tengo que partir en poco tiempo, lo que hace que mi vida doméstica sea errática, por decir lo menos. Tú tienes raíces y un trabajo que te llena la vida. Estás comprometido con tu carrera y yo te admiro muchísimo por eso. Lo que haces es importante y lo que ha sucedido aquí en Teotihuacán me ha demostrado, sin lugar a dudas, cuán importante es. Salvaste mi vida, Juan, como estoy segura que has salvado a otros antes y lo harás de nuevo en el futuro. No podría apartarte de eso y creo que tú no querrías que lo hiciera.

Morales suspiró. Había esperado algo como eso y, tomando una de sus manos, la acarició suavemente mientras decía:

—Entonces, ¿me estás diciendo que no tenemos futuro, a pesar de lo que sentimos el uno por el otro?

—No sé qué estoy diciendo, Juan. Mañana debes irte y mi estadía aquí también terminará muy pronto. Tal vez el futuro nos vuelva a reunir. Dicen que el amor siempre encuentra la manera, ya sabes.

—¿Eso dicen? —preguntó Juan con una profunda tristeza en su corazón —. Lo que sea que suceda, Sophia, siempre te amaré. Necesito que lo sepas.

—Y yo siempre sentiré lo mismo —respondió, acercándolo a ella una vez más para hacer el amor, apasionada y locamente, hasta que, totalmente agotados, se durmieron uno en brazos del otro y se despertaron solo cuando el sol arrojó sus cálidos rayos a través de las ventanas de su dormitorio, apenas cubiertas por las cortinas.

Al día siguiente, la hora de la partida de Juan llegó demasiado aprisa para ellos. Sus vacaciones finalizaban y no solo él debía regresar a su vida en Parral, sino que Sophia debía finalizar su trabajo en las excavaciones en Teotihuacán.

Ese día, Morales se despidió de Tamayo, prometiendo regresar pronto, y luego hizo lo propio con Sophia, abrazándola y besándola apasionadamente, y

cada uno prometió al otro mantenerse en contacto y volver a reunirse lo antes posible.

Si eso realmente volvía a suceder, Morales no podía estar seguro. ¿Tendría tiempo realmente la adinerada y hermosa arqueóloga norteamericana para un pobre y poco mundano policía mexicano una vez que el paso del tiempo atenuara el recuerdo de la dura experiencia vivida por Sophia y la intensidad de la pasión que habían compartido durante tan poco tiempo?

Como en todas las cosas, y de acuerdo con la costumbre de «mañana» que tanto se difunde en la mentalidad latinoamericana, Juan Morales condujo su viejo Pinto por el camino de regreso a Parral con la esperanza en su corazón, pero con la lógica en su mente. Nunca olvidaría a Sophia, pero, a pesar de sus palabras de la noche anterior, ¿lo olvidaría ella?

Epílogo

Seis meses habían transcurrido desde los sucesos en Teotihuacán.

Sophia Kanakarides continuó con su trabajo en las excavaciones, encontrando más información que la llevaría muy lejos hasta obtener aún más respuestas acerca de los pueblos increíblemente talentosos y cultos que una vez habitaron aquella gran ciudad.

Carlos Marán ya no era su asistente, pues había postulado para el cargo de director del museo de antigüedades, quedando gratamente sorprendido al ser aceptado en el cargo que una vez había ostentado Héctor Elizondo. Sophia estaba muy complacida por su cargo y le deseaba lo mejor. Naturalmente, aún lo veía a menudo en el transcurso de su trabajo y también se mostró muy contenta de que Carlos hubiera asumido la tarea de velar por Miguel, el burro, que se había vuelto casi una celebridad al ser testigo de mucho de lo sucedido, junto con proporcionarle a la policía la pista definitiva que los había conducido hasta Elizondo para salvarla a ella.

Sophia regresó a Estados Unidos, donde entregó un informe con los resultados de sus estudios, los que fueron decepcionantes, por decir lo menos, para la Universidad de Arizona, auspiciadores del trabajo.

Al parecer, a la Facultad parecía interesarle más su participación en los extraños y trágicos sucesos que tanto habían estropeado su estadía en Teotihuacán.

Sin mucho éxito, intentó evitar que las conversaciones derivaran en los aspectos más sensacionalistas del caso, pues su audiencia naturalmente insistía en conocer todos los detalles escabrosos que ella estuviera dispuesta a proporcionar.

Luego prosiguió con la realización de una breve excavación de tres semanas, asistida por un pequeño grupo de estudiantes en un supuesto cementerio inca del Perú.

Había llegado información de que cerca del río Urubamba y a pocos kilómetros de Aguas Calientes, el pueblo más cercano a la capital inca de

Machu Picchu, se habían descubierto restos óseos ancestrales en una tumba de poca profundidad.

Ante la invitación del gobierno peruano, Sophia y su equipo acudieron para encontrar que el supuesto cementerio ancestral no era otra cosa que los restos de una aldea desierta, tal vez de unos cien años atrás, y que el sitio del entierro era solo el lugar donde los aldeanos sepultaban a sus muertos. Naturalmente resultaba interesante, pero no se trataba de un cementerio inca.

Ahora había llegado su turno de tomar un descanso, unas bienvenidas vacaciones.

Sophia Kanakarides se encontraba tendida tranquilamente disfrutando del sol en la playa sobre una silla playera proporcionada por el hotel Holiday Inn de Puerto Vallarta, en la hermosa costa mexicana del Pacífico.

Su bikini blanco contrastaba con su bronceado y las bien torneadas curvas de su cuerpo, sus largas y flexibles piernas y su cabello colgando libre y descuidado, de la misma forma que estaba el día que puso sus ojos sobre Juan Morales por primera vez, varios meses atrás.

Suaves olas rompían sobre la arena brindando un ligero y natural arrullo mientras Sophia observaba el mar. El sol caía inclemente y solo se toleraba gracias a una brisa suave y adormecedora que ondulaba la cresta de las olas cuando se aproximaban a la costa, rompiendo suavemente sobre la arena dorada.

A la distancia, el sonido de la banda de mariachis del hotel flotó con la brisa y los compases de «Guantanamera» cruzaron la arena blanca para ofrecerle una suave serenata allí donde ella estaba.

Una silueta surgió por un ángulo de su visión y una sombra se proyectó larga sobre ella, obscureciendo completamente la luz del sol.

—Su bebida, señorita —entonó una suave voz desde lo alto.

Sophia alzó sus lentes de sol colocándolos sobre su cabeza y alzó la vista sonriendo.

—Te tomaste tu tiempo, Juan —dijo Sophia cuando Juan Morales le pasó su cerveza helada que tenía en la mano. Llevaba también otra para él.

Mientras se acomodaba sobre otra silla de playa junto a ella, levantó una mano para aprisionar la mano de Sophia.

—Lo siento, tuve que luchar contra una multitud de hermosas mujeres que deseaban mi cuerpo —rio él.

—No se atreva, señor Morales —lo reprendió fingiendo ira y rio junto con él.

El sol se elevó más alto cuando Juan, tendido en la silla playera, se acercó a ella y ambos cerraron los ojos relajadamente satisfechos, esperando ansiosos un atardecer de buena comida y baile, y luego otra noche de cálido e íntimo amor en su habitación del cuarto piso, con vista a la playa donde el rumor de las suaves olas del Pacífico, que avanzaba sigilosamente sobre la arena, los acompañaría mientras hacían el amor.

La primera semana que pasaron juntos fue idílica para ambos. Sin querer apartarse uno del otro, habían descubierto una nueva intimidad, más allá de la intensa pasión que había marcado inicialmente su romance en Ciudad de México.

Su amor crecía con cada día que transcurría, pero, aun así, el futuro se veía incierto.

Ahora tenían otros siete días por delante para disfrutar.

¿Después de eso?

Bueno, siempre había un mañana…

F I N